



Dueña de mi
CORAZÓN
Sandra Gabriel

Dueña de mi corazón

Sandra Gabriel

Dueña de mi corazón

Obra: Dueña de mi corazón © 2020

Autor: Sandra Gabriel ©; todos los derechos reservados.

Diseño de portada y contraportada: Fernando Carús

Corrección: Sandra Cuervo

Sello: Romantica's Sandra

Primera edición: mayo del 2020

Esta es una obra de ficción producto de la imaginación de la autora. Los lugares y los personajes son ficticios. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier formato o medio sin permiso previo del titular del *copyright*. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Dedicado a mi tía Piluchi,
porque tu fuerza es un ejemplo para todos.

Te ofrecí mi corazón fue mi primera novela publicada. Aquí conoceréis parte de los hechos que originaron que Rashid se ganara el sobrenombre del Carnicero, así como la verdadera historia de amor de Kalim y Zulima.

Para aquellos que queráis saber más sobre Rashid, encontraréis su historia en la novela *Te ofrecí mi corazón*.

Prólogo

Katri – Capital de Salima.

Rashid observaba con tristeza cómo Kalim y Zulima se abrazaban. Hacía tiempo que sospechaba que se amaban, aunque hasta ese día no había sido consciente de cuánto.

—Te juro que no te olvidaré —afirmaba en ese momento Kalim mientras miraba a Zulima.

Zulima quería morir. Tan solo pensar en no volver a verle hacía que se le rompiera el corazón. Aún no comprendía muy bien lo que había pasado. Lo único que sabía con seguridad era que algo muy serio había ocurrido entre Brahim, el primo de Kalim, y Sulaima, su propia hermana. Algo lo bastante grave como para provocar la furia de los padres de Brahim, los reyes de Salima, y que había ocasionado que su propio padre, uno de los consejeros más fieles del rey, fuera expulsado del país junto con toda su familia.

—¿Tu hermana te ha contado algo? —preguntó Kalim con desesperación. Si por lo menos supiera cuál era el problema, podría intentar arreglarlo e impedir que se llevaran a Zulima lejos de él.

—No. Sulaima no quiere hablar conmigo —negó Zulima, que sentía cómo se le rompía el corazón—. Permanece encerrada en su habitación y mi padre tampoco quiere contarme nada.

Zulima estaba segura de que jamás volvería a ver a Kalim. Lo percibía en cada uno de los poros de su piel. Ni siquiera les habían permitido despedirse. Habían tenido que escabullirse hasta la casa de Rashid para poder verse por última vez.

—Te escribiré —murmuró Kalim mientras la abrazaba—. Te llamaré. Aunque te vayas del país, removeré cielo y tierra para encontrarte. Jamás te olvidaré. En cuanto pueda, iré a buscarte. ¡Júrame que me esperarás! —le rogó con desesperación—. Te amo, dueña de mi corazón.

Zulima le miró mientras las lágrimas corrían por su rostro. No era la primera vez que la llamaba así, pero sintió como si fuera la última. Él también era el dueño de su corazón. Le miró con intensidad para grabarse su imagen en la retina. Estaba segura de que esta sería la última vez. No porque no creyera en él ni en sus promesas. Estaba segura de que intentaría mantenerlas, pero también sabía que sus tíos, los reyes de Salima, harían lo que fuera necesario para impedirlo. Brahim era el heredero al trono y si lo sucedido entre él y Sulaima era tan grave como para expulsarlos del país, estaba segura de que jamás se les permitiría regresar.

—Zulima. Debemos irnos —le recordó Rashid apesadumbrado.

La había ayudado a escabullirse de su casa para que pudiera despedirse de Kalim. Desde que Rashid había llegado al país se habían hecho amigos. Aunque se había criado en Inglaterra con su madre, tras la muerte de esta había descubierto que su padre, del que no sabía nada, vivía en Mulak, el país vecino. No hacía mucho que convivía con él aunque, por complacerle, había abrazado gustoso sus tradiciones. Por ello, con tan solo dieciséis años, su padre le había enviado a Salima a realizar la instrucción militar, tal y como habían hecho todos los miembros de su familia durante generaciones. Su padre temía que le considerasen débil por haberse criado en Inglaterra.

Con la experiencia vivida por sus padres, Rashid no creía en el amor; sin embargo, al ver a sus amigos abrazados y jurándose amor eterno, se sintió conmovido. Era singular la imagen que ofrecían. Con tan solo dieciséis años, Kalim ya tenía el cuerpo y los músculos de un gran guerrero. Medía casi un metro noventa, de pelo negro y largo y con unos ojos verdes del mismo color del musgo que tanto le recordaba a Rashid a Inglaterra, la tierra que le había visto nacer. Sabía que su amigo podía tener a la jovencita que quisiera y, sin embargo, desde niño parecía que solo tenía ojos para Zulima.

Kalim la sostenía entre sus brazos. Con su metro cincuenta parecía tan pequeña a su lado... Una muñeca de larga melena del color del ébano que desde que se había hecho mujer cubría con el hiyab, y unos pequeños brazos que en ese momento le abrazaban con desesperación. Apenas era una niña de quince años, pero para Kalim era la mujer de su vida. La amaba tanto que a veces le dolía.

Mientras permanecía abrazada a Kalim, Zulima miró a Rashid con el corazón en un puño y sus ojos color chocolate empañados por las lágrimas. No creía que volviese a ver nunca más a ninguno de los dos. Estados Unidos estaba demasiado lejos de Salima o de Mulak. Se apartó de Kalim con renuencia y se acercó a Rashid, quien la abrazó con tristeza. Debía acompañarla de regreso antes de que nadie notase su ausencia.

—Cúidale —le pidió mientras miraba a Kalim en la que estaba segura de que sería la última vez que lo viera.

—Lo haré —le prometió Rashid con voz queda.

—Adiós, Kalim —susurró por última vez antes de irse acompañada de Rashid.

—Adiós, dueña de mi corazón —murmuró Kalim mientras la veía alejarse de su vida—.
Espérame porque iré a buscarte.

I

Dos años después. Anvard – Salima.

Kalim entró en el pueblo en el mismo momento que Rashid lo abandonaba. Iba a caballo secundado por sus hombres. A pesar de ser un ejército numeroso, cabalgaban en completo silencio solo interrumpido por el sonido de los cascos de los caballos. Cuando llegó hasta él se dio cuenta de que estaba totalmente cubierto de sangre. Unos vendajes cubrían su rostro, pero lo que más le asustó fue su mirada.

—¿La has encontrado? —preguntó Kalim aunque temía la respuesta.

—Está muerta —afirmó Rashid con frialdad al tiempo que señalaba una especie de carromato que transportaba un cuerpo.

Kalim le miró con tristeza. Llevaban meses recorriendo el país en búsqueda de Evangeline. Nunca habían perdido la esperanza de encontrarla. Cuando estaba a punto de preguntarle de nuevo, Kalim oyó el llanto de un niño y vio el bulto que Rashid sostenía entre los brazos y en el que no se había fijado hasta entonces.

—Es su hija —afirmó Rashid al tiempo que apretaba la mandíbula.

—¿Cómo...? —preguntó Kalim.

—La estaban violando cuando llegué —escupió Rashid con repugnancia—. Había perdido mucha sangre a consecuencia del parto. Ni el hecho de que tuviera una hemorragia les importó a esos cerdos.

—¿Qué has hecho, Rashid? —preguntó mientras contemplaba a los hombres que le secundaban y adivinaba el temor en sus ojos. Temor hacia Rashid. Le miraban como si fuera capaz de cualquier cosa.

—Les he enseñado que hay que respetar a las mujeres —anunció con una sonrisa cruel—. Les he dejado sin lo que ellos creen que los hace hombres. Les he cortado la polla a todos —añadió con frialdad—. A cada uno de ellos.

Kalim palideció por la crueldad que se desprendía de sus palabras. Tragó saliva con dificultad.

—¿Están muertos?

—No —afirmó Rashid sin borrar la frialdad de su sonrisa—. Me he asegurado de que

todos vivan para que no lo olviden.

La historia de lo sucedido en Anvard corrió como la pólvora por todo el país, cruzó la frontera y llegó hasta Mulak, hogar de Rashid y pronto pasó a ser conocido como el Carnicero de Anvard. El rey de Salima, tío de Kalim, se mostraba muy satisfecho con su actuación, ya que había descabezado al último bastión de la resistencia. Kalim y Rashid llevaban meses recorriendo el país con el ejército en busca de los rebeldes. Lo que el tío de Kalim no sabía era que, en realidad, Rashid solo lo hacía para localizar a Evangeline, a la que su propio padre quería como una hija, y que había sido entregada a los rebeldes. Aunque la había encontrado demasiado tarde.

A pesar de que no estar unidos por lazos de sangre, la quería como una hermana. Como si la muerte de Evangeline no hubiese supuesto un duro golpe para Rashid, al volver a Mulak descubrió que su padre había fallecido mientras él trataba de rescatar a la joven. Al final, había perdido a ambos.

Un mes después. Bakara – Mulak.

—¿Ya has decidido qué vas a hacer con la niña? —preguntó Kalim mientras acompañaba a Rashid para recorrer sus tierras a caballo.

Estaban en Bakara. Tras los sucesos de Anvard, Kalim había acompañado a su amigo Rashid hasta Mulak y desde entonces permanecía en su casa. Este no le había pedido que se quedase, pero tampoco le había sugerido que se fuera. Kalim sabía que lo ocurrido en Anvard le había cambiado. Ya no era el joven alegre que una vez había conocido, sino que se había transformado en una persona taciturna. Sabía que a pesar de no estar interesado en mantener una relación estable, antes de lo de Anvard, muchas mujeres se le habían insinuado; las mismas que ahora le rehuían. La cicatriz que recorría su rostro desde la sien hasta el cuello le daba un aspecto feroz. Eso, unido al pelo negro como el ala de un cuervo y a una mirada penetrante que parecía capaz de desentrañar hasta el último de tus secretos, hacía que la gente le tuviese pavor.

—¿Qué vas a hacer con la niña? —le preguntó de nuevo Kalim al tiempo que detenía su caballo, ya que Rashid estaba tan sumido en sus pensamientos que ni le había escuchado.

Rashid tiró de las riendas mientras se detenía a la altura de Kalim y miró en silencio a la lejanía. Notaba cómo le palpitaba la cicatriz. Un cruel recordatorio de que no había sido capaz de salvar a Evangeline. ¿Qué iba a hacer con la niña? En realidad... no lo sabía. Solo tenía la certeza que no podía dejarla abandonada.

—Fatimah, la hermana de Evangeline. Le he pedido que se mude a esta casa y se ocupe de ella.

—¿La vas a criar como a tu hija? —preguntó Kalim sorprendido.

—No —afirmó Rashid con tristeza—. No me veo capaz de educar a una niña, pero me encargaré de que nunca le falte de nada. Me voy a poner al frente de los negocios de mi padre. Aquellos que me consideraban débil por haberme educado en Inglaterra, de pronto me consideran muy capaz. —Rashid se rio con amargura mientras acariciaba la cicatriz que le cubría el rostro.

—Rashid. Sobre lo de Anvard... yo creo que sería bueno...

—¿Cuándo vas a mandar a tu tío a la mierda e ir a buscar a Zulima? —le preguntó Rashid con la clara intención de ofenderlo y cambiar de tema. No quería hablar de lo de Anvard con nadie. Ni siquiera con él.

Kalim le lanzó una mirada dolida. No entendía por qué usaba ese subterfugio para evitar hablar de lo acontecido en Anvard.. Sabía lo que pretendía. Aun así, le permitió cambiar de tema.

—Sabes que he intentado localizar a Zulima por mis medios y me ha resultado imposible —le recordó a Rashid—. Es como si se la hubiera tragado la tierra. Su móvil dejó de estar operativo en cuanto abandonaron el país, los investigadores que he contratado han sido incapaces de dar con su paradero y mi tío me ha prohibido que viaje a Estados Unidos para encontrarla a pesar de habérselo pedido varias veces en estos dos años.

Rashid se abstuvo de sugerirle que ignorara las órdenes de su tío y viajara a buscarla. Sabía que Kalim no lo haría. Para él, el honor era algo muy importante. Sería incapaz de desobedecer las órdenes impuestas por su rey. A veces, su sentido del honor rozaba lo absurdo, pero era parte de su personalidad; algo que lo convertía en la persona más honesta que conocía.

—Yo podría buscarla o contratar a alguien más eficaz —se ofreció Rashid, seguro de que Kalim rechazaría su ofrecimiento.

—Te lo agradezco, Rashid, de verdad. He llegado a un acuerdo con mi tío.

—¿Qué clase de acuerdo? —preguntó Rashid con suspicacia.

—Me ha prometido que si transcurridos seis años desde la partida de Zulima no la he olvidado, él mismo la localizará y me permitirá viajar a Estados Unidos a buscarla, y si ella tampoco me ha olvidado, permitirá que regrese a Salima y nos dará su bendición.

—¿Por qué seis años? —preguntó Rashid con curiosidad—. ¿Y por qué piensa que él va a localizarla donde tú has fallado?

—No lo sé —respondió Kalim con un encogimiento de hombros—. Supongo que considera que es tiempo suficiente para que la olvide o para que ella me olvide a mí. Y en cuanto a localizarla... sospecho que él sabe perfectamente dónde está.

—¿Y has aceptado esperar? —preguntó Rashid sorprendido. Él no era de los que tentaba

al destino. Si alguna vez encontrara a la mujer que deseara como esposa, la tomaría en ese mismo instante. No le daría tiempo a arrepentirse.

—Me ha dado su palabra —aseguró Kalim—. Si va a bendecir nuestra unión después de todo ese tiempo, merecerá la pena esperar. Estoy seguro de que nuestro amor será capaz de superar la prueba del tiempo.

—Eso espero, Kalim —le deseó Rashid. En el fondo no creía que eso fuera a ser posible. Seis años era demasiado tiempo.

Cuatro años después. Salima.

—Tenemos que hacer algo —afirmó Mounir Al-Salih, rey de Salima, mientras miraba a su hijo Brahim con disgusto.

—¿Y qué pretendes que haga? —le preguntó Brahim a su padre con gesto escéptico—. El muy imbécil no la ha olvidado. Juraría que continúa siendo virgen porque quiere que ella sea su primera mujer.

Ese último comentario hizo que el rey enrojeciera de furia aún más. No entendía lo que esa furcia había hecho con su sobrino. Al obligarla a abandonar el país en compañía de su padre y su hermana, seis años atrás, había dado por sentado que había encontrado la solución al problema que esa zorra de Sulaima había generado. Y aunque aquello había servido para que Sulaima alejara sus garras de Brahim, no se había imaginado que la insulsa de la hermana las hubiera clavado en Kalim. Había estado seguro de que, con el tiempo, su sobrino se olvidaría del supuesto enamoramiento que sentía por Zulima. Sin embargo, seis años después, era consciente de haber infravalorado el poder que aquella mocosa. Había embrujado a Kalim, sin duda. No solo no la había olvidado, sino que se negaba a relacionarse con otras mujeres para guardarle fidelidad. Incluso empezaban a circular rumores sobre su hombría. Viles insinuaciones acerca de que prefería a los hombres que a las mujeres, ya que las rechazaba a todas, y eso era algo que no estaba dispuesto a permitir.

—Vais a viajar a Estados Unidos a buscar a Zulima—le comunicó a su hijo, lo que hizo que este se enderezara sobre la silla en la que se había sentado de forma indolente.

—¿Será una broma! —afirmó Brahim con asombro—. ¿No se supone que quieres que la olvide? Sabes que, si vamos a Estados Unidos, lo primero que hará será ir a buscarla.

—Y eso es justo lo que quiero que haga —le confesó su padre con una sonrisa que a su propio hijo le produjo escalofríos—. Pero antes, la encontrarás tú.

A continuación, le relató con todo lujo de detalles lo que esperaba de él. Le había

prometido a Kalim que si transcurridos seis años no había olvidado a Zulima, le permitiría ir a buscarla y eso haría. Había empeñado su palabra como rey, convencido de que a estas alturas ya la habría olvidado. Tenía que ser fiel a su palabra. Sin embargo, se encargaría de que la encontrara y de que no la quisiera a su lado.

Brahim salió del despacho de su padre estupefacto por lo que le había pedido. No era que tuviera ningún problema en realizarlo, aunque incluso él mismo comprendía que era una vileza de tal magnitud que, si su primo algún día lo averiguara, jamás se lo perdonaría. Aun así, no le importó. Sabía que era diferente a los demás. No sentía escrúpulos ni remordimientos.

Delgado como un junco, de piel pálida comparada con la del resto de los habitantes del país, su cabello castaño claro y sus ojos azules, la herencia de la amante inglesa de su bisabuelo, eran los culpables de que parte del pueblo le mirase con desconfianza. Por un lado, agradecía que su padre no le hubiera obligado a ingresar en el ejército como a Kalim, pero, por otro, sabía que su pueblo en cierta medida le despreciaba por ello. Cuando su padre había comprendido su gusto por el dolor y el sufrimiento ajeno, había decidido darle una pátina de civilización y le había enviado a Inglaterra. Lo único bueno que había salido de ello era que allí había conocido al que ahora era su mejor amigo, Zahir, el hijo de un importante hombre de negocios de Salima. Ambos habían congeniado y este último le había enseñado lugares de Inglaterra en los que obtener el tipo de diversión que a ambos les gustaba.

La perspectiva de ir a Estados Unidos y divertirse un poco con la enamorada de su primo era algo que le atraía, y mucho. Su padre le había hecho jurar que si Zulima se había olvidado de Kalim, él y Zahir volverían a Salima sin tocarle un pelo, así que esperaba que ella no se hubiera olvidado de Kalim porque entonces podría hacer lo que su padre le había pedido y estaba seguro de que disfrutaría cada segundo. Recordaba que, cuando se marchó, Zulima era un pequeño melocotón. Sería una decepción no poder divertirse con ella.

Unos días después. Estados Unidos.

—¡Zulima! Tienes visita.

Zulima escuchó cómo la llamaba su padre y, extrañada, bajó las escaleras. ¿Visita? ¿Quién podría ser? Al llegar al salón observó frente a ella a un joven que no conocía de nada. El tono de su piel, así como sus ojos y cabellos oscuros hablaban de su ascendencia árabe, pero no sabía ni quién era ni lo que pretendía con esa visita.

—Hola —saludó con educación—. ¿Nos conocemos?

—Personalmente no, aunque he oído hablar maravillas de ti. Me llamo Zahir Hasbún y soy

amigo de Rashid.

Zulima sintió como si le hubieran dado un golpe en el pecho. Quiso gritar de pura emoción. ¿Por qué de parte de Rashid? ¿Por qué no de parte de Kalim? Llevaba seis años esperando a que viniera a buscarla y no entendía por qué aún no lo había hecho. Quiso exigirle una explicación. Saber por qué Kalim no le había escrito durante estos seis años, por qué no la había llamado. Preguntarle si aún la amaba. Decirle que ella no le había olvidado. Quería hacer y decir tantas cosas que se quedó paralizada sin aliento.

—Rashid me pidió que te presentase sus respetos —le explicó el chico mientras la miraba con una enigmática sonrisa.

—¿Sus... respetos? —preguntó Zulima, apenas capaz de contener los nervios. ¿Qué demonios significaba eso?

Su padre miraba de uno a otro sin decir palabra. No quería que su hija volviese a relacionarse con ningún miembro de la familia real. Rashid no lo era, aunque hace seis años era el mejor amigo de Kalim. Sin embargo, este joven solo era un amigo, no pertenecía a la familia real. Quizás, ni siquiera conociese a Kalim ni a Brahim, así que, aunque le resultó muy difícil, trató de mantener sus prejuicios a un lado. No podía evitar sentir rencor hacia la familia real. Había sido muy duro tener que abandonar su patria para buscarse un futuro en otro país. Habían tenido que renunciar a una vida de comodidades y labrarse una más modesta. Le había costado mucho encontrar un trabajo, ya que los tentáculos de la familia Al-Salih se habían extendido y le habían obligado a abandonar cualquier tipo de vida política. Gracias a que poseía estudios en economía había logrado trabajo como contable en una empresa. No deseaba que nada dañase la vida que había logrado reconstruir. Aun así, trató de que sus prejuicios no le afectaran y forzó una sonrisa hacia ese joven.

Zulima miró a Zahir con curiosidad. Le pareció recordar a un joven con ese nombre que era amigo de Brahim. ¿Sería verdad lo que le estaba contando?, ¿qué venía en nombre de Rashid? Se le encogió el corazón ante ese pensamiento. Después de seis años de silencio, la posibilidad de saber algo de Kalim hizo que sintiera mareos.

—He venido a estudiar a Estados Unidos, y la verdad es que no conozco a nadie —explicó Zahir con fingida timidez—, por eso, cuando Rashid me habló de ti y me dio tu dirección, no lo dudé. Me aseguró que podrías ayudarme a orientarme un poco.

—Mi dirección... —susurró Zulima con voz entrecortada. Rashid sabía su dirección. Si eso era cierto, era imposible que Kalim no la supiera también.

—Por supuesto —aceptó el padre de Zulima en un intento de mostrar hospitalidad—. Siempre es un placer ayudar a un compatriota. ¿Dónde te alojas?

—De momento en un hotel. Necesito buscar un apartamento. Quizás podrían orientarme...
—preguntó visiblemente avergonzado.

—Seguro que podremos ayudarte —afirmó el padre de Zulima—. ¿No trabaja en una inmobiliaria el hermano de Jenny? —preguntó mientras se giraba hacia ella.

Zulima asintió en silencio todavía aturdida por la situación. Se hacía una y mil preguntas para las que no encontraba respuesta y tampoco tenía el valor para hacerlas.

—¿Has cenado ya? —preguntó el padre de Zulima a Zahir, que negó con gesto triste—. ¿Quieres quedarte a cenar? Una persona más no se notará.

—Si no es mucha molestia...

Mientras Zahir aparentaba cierta timidez e incomodidad, por dentro se reía de la ingenuidad del padre de Zulima. Esto iba a ser demasiado fácil.

II

Cuando Sulaima volvió a casa y se encontró con Zahir, que charlaba amigablemente con su padre en el salón, le miró con sorpresa y suspicacia, aunque se abstuvo de hacer ningún comentario.

—Zahir es un compatriota amigo de Rashid —le explicó su padre—. Le he invitado para que cene con nosotros.

Sulaima sabía que eso de que «era amigo de Rashid» era mentira. Recordaba perfectamente que Zahir de quien era amigo en realidad era de Brahim, y que él y Rashid se despreciaban mutuamente. Bajo ninguna circunstancia Rashid le hubiera enviado en su nombre.

La cena transcurrió en una animada charla en la que Zahir les explicó que su familia le había enviado a Estados Unidos para asistir a la universidad. Habían barajado diferentes opciones hasta decantarse por la misma universidad a la que asistían Zulima y Sulaima.

Sulaima sabía que todo lo que contaba era una sarta de mentiras. El Zahir que ella recordaba no era este joven humilde y tímido que se presentaba frente a sus ojos; estaba segura de que era una fachada, así que cuando el joven se disculpó para ir al baño, Sulaima inventó una excusa para ir tras él.

—¡Qué pretendes! —le espetó en cuanto este salió del baño.

Zahir se giró con sorpresa y al ver que era Sulaima la que le interpelaba, se apoyó de forma indolente en la pared del pasillo y le sonrió.

—Brahim te manda saludos, Sulaima.

—¡Te he preguntado qué pretendes! —exigió saber ella.

—Brahim creyó que te alegraría saber de él —comentó Zahir sin dejar de sonreír—. Estoy aquí por ti.

—¿Por mí? —preguntó ella con sorna—. ¿Desde cuándo a Brahim le importa algo de mí? No impidió que su padre me expulsara del país —le recriminó furiosa.

—Vamos, Sulaima, reconoce que se te fue un poco la mano —replicó Zahir repentinamente serio—. ¿En serio pensabas que Brahim se casaría contigo o que te perdonaría que le engañases?

—¡No le engañé! —exclamó Sulaima con fingida indignación.

—¿No? ¿Dónde está ese supuesto niño del cual estabas embarazada? —preguntó Zahir con

ironía.

—Lo perdí —mintió ella.

—¡Qué oportuno! —rio él—. Mira, Sulaima. Ambos sabemos que nunca estuviste embarazada y que todo fue una treta para atrapar a Brahim. ¿Pensaste que hablarías con su padre y él le obligaría a casarse contigo? Demostraste conocer muy poco al rey.

Sulaima enrojeció avergonzada porque eso era, con toda exactitud, lo que había pretendido. Sin embargo, el rey no solo se había reído en su cara, sino que le había ofrecido convertirla en su amante. En aquel momento, Sulaima le había rechazado con repugnancia. No estaba enamorada de Brahim, pero por lo menos era joven y atractivo además de rico. El rey se había tomado muy mal su rechazo, hasta el punto de obligarle a ella y a toda su familia a abandonar el país.

—Brahim llegará mañana y quiere verte. Me pidió que te localizara. ¿Estás interesada o no? Porque si no es así...

—Sí —le cortó ella con rapidez—. Por supuesto que quiero verle. Es solo que... que no pensé que él deseara volver a verme después de lo que sucedió. Mi padre no puede saber nada. Le guarda mucho rencor al rey. Si supiera que voy a encontrarme con Brahim, haría lo que fuera necesario para impedirlo.

—Sin problema —aceptó Zahir—. Ya nos lo suponíamos Brahim y yo, por eso se nos ocurrió la historia de que venía de parte de Rashid. Espero que tu hermana no le cuente nada a tu padre sobre Brahim.

—No te preocupes —le tranquilizó Sulaima—. De mi hermana me encargo yo.

Cuando volvieron a la mesa, Zulima se dio cuenta de que algo había pasado. Durante toda la cena su hermana se había comportado de forma altiva e incluso antipática con Zahir y ahora, de pronto, sonreía y era la amabilidad personificada. Siempre le había admirado la capacidad camaleónica de su hermana, aunque nunca la había entendido. En ocasiones, estaba segura de que Sulaima la amaba como a una hermana y, en otras, la sensación era de que le tenía celos e incluso la odiaba. Lo único que tenía claro era que su hermana era una persona muy complicada y que jamás la entendería ni a ella ni a sus motivaciones.

Terminaron la cena con la promesa de presentarle el hermano de Jenny a Zahir al día siguiente para que le ayudara a encontrar un apartamento. Jenny era la mejor amiga de Zulima. La había conocido en la universidad y se habían hecho inseparables.

—Me ha parecido un buen chico —comentó su padre cuando despidieron a Zahir—. Al principio, cuando comentó que era amigo de Rashid, reconozco que me dejé llevar un poco por

los prejuicios. No quiero que volvamos a tener ninguna relación con la familia real, pero es evidente que mis preocupaciones eran innecesarias. Es solo un chico de familia acomodada que quiere realizar aquí sus estudios.

—¡Por supuesto, padre! —exclamó Sulaima con una sonrisa—. Deberíamos ayudarlo, ya que nadie mejor que nosotros sabe lo duro que es vivir en un país con costumbres tan diferentes del nuestro. ¿No cree, padre?

—Sí. Tienes razón, Sulaima.

Zulima no sabía a qué estaba jugando su hermana, pero era consciente del cambio de actitud que había tenido con Zahir y necesitaba saber la verdad, así que después de que esta se retiró a su cuarto, esperó unos minutos y subió a buscarla.

—¿Qué es lo que hablaste con Zahir? —le preguntó con ansiedad nada más entrar en su habitación.

—¿Cuándo? Hablé de muchas cosas con él —replicó Sulaima con altanería.

—Cuando fue al baño y tú desapareciste también —afirmó Zulima con voz tensa—. Antes de eso, estabas siendo una borde y cuando ambos regresasteis te volviste la amabilidad personificada.

—¿No puedo haber cambiado de opinión después de hablar con él y comprender que es una buena persona? —preguntó Sulaima con cierta ironía.

—Así que reconoces que hablaste con él de algo cuando fue al baño...

—¡Ufff! Está bien —exclamó Sulaima con resignación—. Te diré que Zahir siempre ha sido el mejor amigo de Brahim, no de Rashid, así que cuando padre dijo esa tontería de que venía de parte de Rashid, supe que mentía. Cuando fue al baño, fui detrás de él para hacerle confesar el motivo de su mentira.

—¿Y qué te dijo? —preguntó Zulima con ansiedad. Ella también deseaba conocer sus motivaciones.

—Me dijo que estaba seguro de que nuestro padre habría reaccionado muy mal si supiese que en realidad venía de parte de Brahim para buscarme.

—Brahim... para buscarte... —susurró Zulima con voz queda mientras sentía cómo sus esperanzas de que Kalim hubiera querido saber sobre ella se hacían añicos, así como su corazón. ¿Cómo había podido ser tan ingenua como para pensar que aún pensaba en ella? ¿No habían sido suficientes estos seis años de silencio para que su corazón comprendiera que él la había olvidado?

—Quise saber por qué estaba aquí en realidad —confesó Sulaima a Zulima a pesar de que

en esta ocasión no le había preguntado—. Cuando le enfrenté, me contó la verdad —afirmó con una sonrisa de suficiencia en el rostro.

—¿Y cuál es esa verdad? —preguntó Zulima con tristeza, aunque ya no le importaba la respuesta.

—Que Brahim va a venir al país y quiere verme —anunció Sulaima con superioridad.

Zulima se quedó paralizada ante sus palabras. Les habían echado del país por culpa de esa relación. ¿Qué pretendía? A pesar de los años transcurridos desde su expulsión, ni su padre ni su hermana habían querido contarle nunca lo que había motivado aquel castigo.

—¿Qué paso entre vosotros? Creo que ya es hora de que conozca el motivo por el que nos obligaron a abandonar el país.

—Nada que te incumba, hermanita —le respondió Sulaima con desprecio.

—Creo que tengo derecho a saberlo, puesto que por culpa de tus acciones me separaron del hombre que amaba —le exigió Zulima.

—¿De Kalim? —replicó su hermana entre risas—. ¿De verdad estabas enamorada de él? Si erais unos críos... No tienes ni idea de lo que es el amor —afirmó con desprecio.

—¿Y tú sí? —preguntó Zulima con voz temblorosa a causa de la indignación.

—Brahim y yo fuimos amantes —le explicó como si con eso estuviera todo dicho.

—¿Amantes? —Zulima no se podía creer que su hermana hubiera sido capaz de llegar tan lejos. Con el primogénito del rey—. Él... ¿te amaba?

—Es evidente que no, estúpida —replicó su hermana molesta—. Creí que me haría su esposa, pero se negó. Ahora me doy cuenta de que lo llevé demasiado lejos fingiendo un falso embarazo y chantajeando al rey con ello.

Zulima miró a su hermana horrorizada. Por fin descubría por qué les habían echado del país y era peor de lo que había imaginado. No entendía cómo su hermana se había atrevido a hacer algo así.

—Brahim llegará mañana y quiere verme. Espero que no pretendas interponerte en mi camino —la amenazó Sulaima al tiempo que la miraba con desprecio—. Mañana le diremos a nuestro padre que salimos con unos amigos e iremos a una discoteca. Allí nos espera Brahim.

Zulima sintió una pesadez en el estómago y un aleteo en el corazón. Podría preguntarle a Brahim por Kalim. Necesitaba saber la verdad. Llevaba seis años esperando. Una llamada. Un mensaje. Cualquiera cosa que le permitiera mantener la esperanza. Quizás iba siendo hora de saber la verdad. Si debía alimentar la llama de la esperanza o debía ahogarla para que desapareciera.

Así que aceptó en silencio lo que le proponía su hermana a pesar de que no le gustara.

Al día siguiente, en la universidad, cuando se encontró con su amiga Jenny, le contó sobre Zahir y sobre su interés en adquirir un apartamento. Como ya se imaginaba su amiga, enseguida se ofreció a presentarle a Zahir a su hermano para que le ayudara.

—Estoy segura de que no le costará mucho encontrar el apartamento adecuado para Zahir a un precio asequible a través de la inmobiliaria —le contó con entusiasmo. Desde que se habían hecho amigas, Jenny había mostrado gran interés por la cultura árabe y le fascinaba la idea de poder conocer a un compatriota de Zulima.

—No creo que Zahir tenga ningún problema económico para asumir un alquiler desorbitado —le informó Zulima. Si Zahir era tal y como había asegurado su hermana, el mejor amigo de Brahim, estaba seguro en que no había mentido al afirmar que provenía de una familia acomodada. Brahim no se caracterizaba por relacionarse con personas de bajo nivel adquisitivo.

—Mi hermana Sulaima quiere que mienta a nuestro padre para que pueda reunirse esta noche con Brahim en una discoteca —le contó a su amiga Jenny—. Ni quiero mentir a nuestro padre, ni quiero acudir yo sola con ella y con Zahir. Acompáñanos, por favor.

No era solo que el hecho de ir a una discoteca para encontrarse con dos hombres no era lo más apropiado, sino que también temía el momento de encontrarse con Brahim. Siempre le había intimidado. Aunque su familia llevaba seis años viviendo en Estados Unidos, mantenían su fe y muchas de las creencias con las que habían crecido en su país. En ocasiones, Zulima se había sentido extraña y sola, pero se aferraba a sus tradiciones aún con más fuerza, puesto que estas eran lo único que le quedaba de la que había sido su vida en Salima

Su amiga Jenny aceptó acompañarla, así que cuando Zulima le contó a su padre que iban a pasar la noche en casa de Jenny, no se sintió tan mal por mentirle. Estaba segura de que su padre hubiera puesto el grito en el cielo de haber sabido que, en realidad, iban de camino a una discoteca para encontrarse con Brahim, el heredero del reino de Salima. En cuanto llegaron, Sulaima le envió un mensaje a Zahir y a los pocos minutos este apareció acompañado de Brahim.

—Hola, Zulima —la saludó Brahim al tiempo que le recorría el cuerpo con la mirada. A Zulima le incomodó su atención y a Sulaima fue evidente que no le hizo ninguna gracia. La apartó de malos modos y se enganchó del brazo de Brahim. Este apenas había cambiado durante los seis años transcurridos. Se le veía más maduro, pero aparte de eso era tal y como le recordaba.

Su amiga Jenny quedó impactada por Zahir y no se despegó de él en toda la noche. Zulima se sintió un poco apartada, pero no le importó. En realidad, solo había acudido con la esperanza

de descubrir algo sobre Kalim, lo que fuera. Sin embargo, durante todo el tiempo que estuvieron juntos no se presentó la oportunidad de averiguar sobre Kalim. Sulaima no se despegaba ni un minuto de él, lo que impidió que Zulima pudiera preguntarle por su primo.

Antes de que Zulima se diera cuenta, pasó una semana entera y no surgió la oportunidad de encontrarse a solas con Brahim para poder interrogarle sobre Kalim. Todas las tardes, su hermana la obligaba a mentir a su padre sobre su paradero. Apenas habían pasado un par de días desde su primer encuentro, cuando Zulima empezó a sospechar que Sulaima y Brahim habían vuelto a ser amantes.

—¿Sabes que nunca se casará contigo? —Se atrevió a recordarle a su hermana tras uno de sus encuentros secretos con Brahim.

—Lo sé, hermanita —reconoció Sulaima con altanería—, aunque esta vez he aprendido la lección. Llevamos muchos años en este país y no estoy dispuesta a seguir pasando necesidades pudiendo vivir en el nuestro con todo tipo de lujos. Si no puede ofrecerme más, me conformaré con ser su amante.

Zulima miró a su hermana horrorizada. ¿Pasando necesidades? ¿De qué hablaba? Si bien el dinero que poseía su familia no podía compararse con las riquezas de un rey ni con el nivel de vida que habían llevado en Salima, en ningún caso podría decirse que pasaban necesidad.

—¿No te importa que un día vaya a casarse con otra mujer? —le preguntó incrédula ante sus palabras.

—La verdad es que no —contestó Sulaima tras unos segundos de silencio, como si hubiera estado madurando la respuesta a su pregunta—. Estos años me han servido para comprender que prefiero ser la amante de un rey que la mujer de cualquier otro hombre. Y si a eso añadimos el hecho de que en estos años no he encontrado un amante tan bueno como él... ¿Qué quieres que te diga? Si cuando Brahim regrese a Salima me quiere llevar con él, aceptaré —anunció Sulaima con satisfacción.

Zulima enrojeció ante sus palabras. Sabía que su hermana había tenido novios, pero no que se hubiera acostado con ellos. Ni siquiera había sospechado que hubiera sido amante de Brahim hasta que se lo había contado. Esos pensamientos le hicieron entristecerse al imaginar la cantidad de mujeres con las que con toda seguridad se habría acostado Kalim en estos años. Le dolió pensar en que quizás ni siquiera se acordara de ella.

Necesitaba hablar con Brahim y descubrir si estaba siendo una ingenua al mantener la esperanza de que Kalim algún día viniera a buscarla. Mientras vivía en Salima nunca se había

relacionado mucho con Brahim. Le provocaba cierto temor. Sin embargo, en el tiempo que llevaba en Estados Unidos, este se había mostrado como una persona encantadora y Jenny parecía tan entusiasmada con Zahir como Sulaima con Brahim.

—Esta noche iremos a una discoteca nueva —Sulaima no cabía en sí de gozo.

—No sé —dudó Zulima—. ¿Hasta cuándo crees que podremos engañar a nuestro padre diciéndole que nos quedamos a dormir en casa de Jenny? Acabará descubriendo la verdad.

—Ni se te ocurra decir que no —la amenazó su hermana—. Necesito que vengas conmigo. Además, tu amiga Jenny estará también encantada, parece que se lleva muy bien con Zahir.

—Está bien —aceptó Zulima con resignación. Quizás este sería el día en el que encontraría el valor para preguntarle a Brahim por su primo.

La verdad era que no le gustaban mucho las discotecas. Le encantaba bailar, pero a la luz del sol y con otro tipo de música. La idea de estar en un lugar oscuro, chocando con cuerpos que se movían al ritmo de una música enloquecida no le apetecía mucho. Su amiga Jenny era distinta. Zulima sabía que le encantaba ir a la discoteca y que en ocasiones se había emborrachado e incluso coqueteado con las drogas. Si el padre de Zulima llegara a enterarse... estaba segura de que le prohibiría esa amistad. Sin embargo, a Zulima le caía bien. Era una chica muy dulce aunque en ocasiones hiciera cosas que ella no aprobaba. Nunca había intentado coaccionarla ni arrastrarla en sus locuras. Por eso eran tan buenas amigas, porque, a pesar de sus diferencias, ninguna trataba de imponer sus creencias sobre la otra.

Finalmente, Zulima accedió, así que esa misma noche acudieron los cinco a una discoteca de moda. Al principio, se sintió un poco incómoda, sobre todo al ver los besos y caricias que intercambiaban Zahir con Jenny y Brahim con Sulaima.

—¿Sabes que no tardará en volver a su país? —le preguntó a su amiga Jenny en referencia a Zahir en un momento en el que se encontraron a solas en el baño. Temía que se enamorara y que sufriera cuando él volviera a Salima.

—Lo sé —reconoció Jenny—. Sin embargo, no me importa. Tampoco busco casarme. Solo pasar un buen rato. No me negarás que está buenísimo —afirmó con una sonrisa maliciosa.

Zulima no pudo evitar sonreír porque su amiga tenía razón. Lo cierto era que Zahir era un hombre muy atractivo, al igual que Brahim, aunque para ella ningún hombre podía compararse con Kalim. Lo echaba tanto de menos que en ocasiones sentía un dolor físico que le atravesaba el pecho.

Salieron del baño entre risas y allí estaban Brahim y Zahir esperándolas. No vio a su hermana Sulaima por ningún lado. Las llevaron a la pista y, aunque a Zulima en principio no le

gustó mucho la música que sonaba, se dejó llevar y se encontró disfrutando del baile. Cerró los ojos para dejarse envolver por la música. Brahim la cogió por la cintura y bailaron juntos, él a su espalda. La soltó, por lo que Zulima continuó bailando con los ojos cerrados hasta que Brahim la volvió a sujetar por la cintura. Zulima notó con incomodidad que la sujetaba con demasiada fuerza, quiso girarse para protestar, pero él se lo impidió al acercarla más a su cuerpo y frotarse contra ella. Zulima se envaró y trató de alejarse, pero él la apretó aún más. Con una mano empezó a soltarle el hiyab y a lamerle el cuello. Zulima se sintió invadida por el pánico y trató de soltarse, pero le resultó imposible.

—¡Shhh! No te resistas. Sé que te gusta —le susurró una voz extraña en el oído, lo que le produjo terror al comprender que no era Brahim quien la tenía sujeta. ¿Dónde estaba Brahim? ¿Quién era ese hombre?

Una luz brillante le cegó los ojos y trató en vano de zafarse de nuevo. Justo cuando estaba a punto de gritar, Brahim apareció frente a ella acompañado de Sulaima y la apartó del extraño que la mantenía sujeta.

—¡Quítale las manos de encima! —rugió con furia, lo que provocó que el desconocido la soltara.

—Tranquilo, hombre. No iba a hacerle nada —se disculpó el desconocido con las palmas de las manos hacia arriba en señal de rendición mientras desaparecía entre la multitud.

Zulima temblaba como una hoja y no se atrevía a mirar hacia donde se había ido el desconocido. No quería verle. Le repugnaba imaginar lo que aquel hombre había pretendido hacerle.

—Ven, querida —le susurró Brahim con dulzura mientras Sulaima le dirigía una mirada enfurecida—. ¿Te has asustado? —le preguntó inclinándose para situarse a su altura y mirarla a los ojos. A pesar de no ser tan alto como Kalim, Zulima, con su metro cincuenta, era pequeña comparada con él—. Me alejé para buscar a tu hermana. No lo hubiera hecho de haber sospechado que algo así podría pasar.

Zulima asintió sin atreverse a decir una palabra. No era capaz. Tomó la mano que él le tendía y permitió que la llevara hasta la barra.

—Creo que mi hermana está perfectamente.

—Yo creo que no, Sulaima —negó Brahim con severidad—. Espérame en el reservado. Me quedaré con tu hermana hasta que se tranquilice.

Sulaima palideció de ira, pero le obedeció. Sabía que no debía forzar la situación. Brahim no respondía bien a los reclamos y las amenazas. Lo había descubierto de muy malas maneras seis

años atrás cuando lo único que había conseguido había sido que las expulsaran del país, así que, después de dudar durante unos segundos, decidió obedecerle.

—Un zumo de arándanos —pidió Brahim al camarero. Zulima hizo un gesto de negación que se vio interrumpido por la mano de Brahim, que sujetó su brazo en un gesto protector.

—Lo necesitas, querida. Estás temblando. No te hará daño y te dará fuerzas.

En el momento que el camarero depositó la bebida frente a ellos, Brahim señaló hacia el suelo y preguntó:

—¿Eso no es tuyo?

Zulima recorrió el suelo con la mirada durante unos segundos sin ver nada extraño.

—No veo nada. ¿Qué dices que es mío?

—Perdona, querida. —Brahim le dedicó una sonrisa seductora—. Creí que se te había caído algo al suelo. Con esta oscuridad apenas se distingue nada. Toma. Bebe.

Zulima tomó la copa que le ofrecía Brahim y en el momento en el que se disponía a darle un sorbo, alguien tropezó con ella provocando que derramara todo el contenido en el pecho del joven.

Este la miró estupefacto durante unos segundos, enrojeció de furia y se dirigió como un perro rabioso contra la persona que había tropezado con ella y provocado que derramara su bebida:

—¡Imbécil! ¿Tienes idea de lo que has hecho?

Agarró por la pechera al joven y comenzó a darle puñetazos. Zulima estaba paralizada por el horror. Era la primera vez en todo ese tiempo que veía esa cara de Brahim. Nada quedaba del joven simpático y educado que conocía. Eso la asustaba, le daba la impresión de que en ese momento estaba contemplando su verdadera naturaleza.

—¡Brahim! ¡Brahim! —llamó Zahir, que llegaba en ese momento, mientras intentaba apartarle del joven al que estaba destrozando la cara—. ¡Tranquilízate!

Brahim aún tuvo tiempo de darle unos cuantos puñetazos más al joven antes de que los separaran. Se giró hacia Zulima y esta quedó aterrada al verle con una mirada salvaje y a su vez satisfecha en el rostro. Era como si hubiera disfrutado con semejante violencia. Zahir intercambió unas palabras con él que Zulima no llegó a escuchar, pero que hicieron que Brahim tratara de disculparse con ella:

—Perdóname, Zulima. Ha sido un espectáculo lamentable. Buscaré a tu hermana y os llevaremos a todas a casa.

Zulima solo pudo asentir asustada. Por primera vez desde que le había vuelto a ver, tenía miedo de él.

Media hora después, Brahim se despedía de Zulima y Sulaima y se reunía en el hotel con Zahir, que a su vez había acompañado a Jenny hasta su casa.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —le preguntó Zahir en cuanto entró en la *suite*—. ¿Te has vuelto loco? La has asustado y eso no nos interesa. Iba todo muy bien. ¿No habías conseguido una foto?

—Sí —reconoció Brahim con frustración—. Sulaima me ayudó. Cuando le dije que quería darle una lección a la mojigata de su hermana, estuvo dispuesta. Ella misma sacó la foto y lo hizo muy bien. Da la impresión de que están juntos y ella se frota contra él. Cuando se la enseñe a Kalim, pensará que tuvo un lío con ese tipo.

—Entonces, ¿se puede saber por qué montaste ese espectáculo?

—Porque ya estoy harto de esta pantomima. Si no fuera porque me estoy follando a Sulaima, ya me habría vuelto loco. Todo el puto día fingiendo ser un caballero es más de lo que estoy dispuesto a soportar. Y aún no sabemos si Zulima sigue enamorada de mi primo. La muy estúpida nunca pregunta por él aunque, por lo que me ha contado Sulaima, sigue enamorada. Me cabréé porque le había echado Rohipnol en la bebida y tenía pensando follármela, grabarlo y mandarle la grabación a mi primo. En cuanto la hubiera visto se le habrían quitado las ganas de venir, pero entonces, va el imbécil ese y hace que Zulima derrame su bebida encima de mí.

—Casi mejor que haya ocurrido eso —afirmó Zahir riéndose—. Tu padre te prohibió específicamente que la tocases hasta que estuvieses seguro de que seguía enamorada de Kalim, y eso no lo sabes aún. Mejor no cabrearlo si descubre que has ignorado sus órdenes.

—Está bien. Tienes razón —reconoció Brahim mientras se encogía de hombros—. Sin embargo, voy a llamarle para contarle la situación. Lo mejor será que Kalim venga de una puta vez porque ya me estoy cansando de estar en este país de mierda.

III

Kalim no cabía en sí de gozo. Después de tantos años, por fin volvería a ver a Zulima.

Su tío le había impedido mantener ningún tipo de contacto con ella durante los seis años transcurridos. Para obtener su aprobación, le había exigido una demostración de que su amor era lo suficiente fuerte como para superar el paso del tiempo y la separación. Le había asegurado que si transcurridos los seis años aún la seguía amando, le permitiría ir a buscarla y convertirla en su esposa. Y, por fin, ese día había llegado. Esa misma mañana, su tío se había presentado en su cuarto y le había informado de que Brahim ya estaba en Estados Unidos con ella y que, si aún lo deseaba, le autorizaba a que fuera a buscarla.

Kalim estaba decidido a convertirla en su esposa. Era la única a la que quería. La única a la que amaba. No había mantenido relaciones con ninguna mujer porque sentía que hubiera sido como traicionarla a ella y a su amor. Lo único que esperaba era que Zulima aún tuviera los mismos sentimientos por él y no le hubiera olvidado.

Descendió del avión con el corazón tembloroso e inundado de desesperación por su necesidad de ir a buscarla. Su primo Brahim, junto a su amigo Zahir, le esperaba a pie de pista frente a la limusina que les llevaría al hotel. Sabía por su tío que Brahim y Zahir llevaban ya una semana en el país con Zulima y la envidia y los celos le carcomían solo con pensar que la habían visto. Que habían hablado con ella. Puede que incluso la hubieran tocado. Ardía en deseos de preguntarle a su primo si ella le había confesado lo que ocultaba su corazón; si aún le amaba. Lo que no entendía era por qué su tío le había ocultado que Zahir y Brahim habían viajado a Estados Unidos para buscarla y por qué le había hecho esperar una semana antes de permitir su viaje.

—¿Qué tal, primito? —le saludó Brahim con una sonrisa petulante.

—Bien. ¿Dónde está ella? —preguntó Kalim incapaz de disimular su ansiedad.

—En su casa. ¿Dónde va a estar? —replicó Brahim de forma burlona.

—Quiero verla —le exigió con algo parecido a la desesperación.

—No querrás que te vea por primera vez con este aspecto —le espetó Brahim mientras le miraba de arriba abajo con desagrado.

—¿Qué aspecto? —preguntó Kalim confuso mientras se examinaba. No veía nada raro en su aspecto.

—Estás todo sudado y con cara de cansado, ¿no es verdad, Zahir? —preguntó Brahim a su

mejor amigo que permanecía en silencio junto a él.

—Sí, Kalim, tu primo tiene razón. —Zahir que le lanzó la misma mirada de desagrado—. No querrás que Zulima te vea con esas pintas después de tantos años, ¿no?

—Además —añadió Brahim—, hay una cosa que quiero que veas antes de encontrarte con Zulima.

Kalim aceptó con cierta resignación. No le hacía mucha gracia pero, con toda seguridad, su primo tenía razón. No quería que la primera vez que Zulima le viera después de seis años le encontrase con mal aspecto. Lamentó que Rashid no hubiera podido acompañarle. En ese momento le hubiera venido bien un amigo. Sin embargo, había sido todo tan precipitado que a Rashid le había resultado imposible arreglar sus asuntos a tiempo para poder acompañarle. Kalim, con el corazón latiendo a toda velocidad, se subió a la limusina que les esperaba para dirigirse al hotel de cinco estrellas en el que se alojaban Brahim y Zahir. Por fin, la volvería a ver.

Kalim miraba la foto completamente pálido. En ella, Zulima, su amada, aparecía en un local enlazada con un hombre en lo que parecía algún tipo de baile. Incluso parecía como si el hombre le lamiera el cuello. Le produjo unos celos enfermizos contemplar esa imagen. Sin embargo, trató de razonar. Eso no quería decir que ella no le amara. Podía comprender que debido a su silencio de seis años hubiera intentado rehacer su vida con otra persona, pero seguía necesitando verla, hablar con ella. Que supiese que había venido a buscarla y le dijese en persona si ya le había olvidado.

—¿De dónde has sacado esta foto? —preguntó a Brahim tratando de que su voz no trasluciera los celos tan intensos que sentía.

—¡Qué importa de dónde la haya sacado! —exclamó este con un resoplido—. Lo que está claro es que Zulima se ha olvidado de ti.

—Eso tendrá que decírmelo ella en persona —replicó Kalim con voz tensa.

—¿No te parece eso bastante respuesta? —preguntó su primo con sorpresa al tiempo que señalaba la foto que le había mostrado en el móvil—. Está restregándose con otro tipo en una discoteca. Eso debería ser suficiente para saber que no te ama.

—Hace seis años que no sabe nada de mí —le recordó Kalim—. Puedo comprender que haya pensado que la he olvidado e incluso que haya intentado rehacer su vida, pero ahora he vuelto y quiero hablar con ella.

—¡Joder, primo! ¡Eres un capullo! —exclamó Brahim con frustración—. Esa mujer es una zorra y esta foto debería ser suficiente prueba para ti.

Kalim contó hasta diez para evitar levantarse y atacarle por insultar a Zulima. Él no la conocía. No sabía nada de ella. Incluso él mismo, con toda probabilidad, ya no la conociera. Seis años era mucho tiempo, sin embargo, necesitaba verla, que ella misma le confirmase que le había olvidado, que ya no le amaba. Porque si aún le amaba, lo que hubiera hecho con otros hombres en estos seis años no importaría. Se la llevaría a Salima con él y la convertiría en su esposa.

—¿Dónde está Zulima? —A pesar de su insistencia en querer verla, era como si su primo quisiera evitarlo—. Si esto es lo que querías que viera... ya lo he visto y aun así, sigo queriendo hablar con ella.

—Está bien, primito —aceptó Brahim con una sonrisa torcida. Se acercó al mini bar. Echó un refresco en una copa y antes de servírsela a su primo y sin que él lo viera, vertió un líquido extraño en ella—. Toma, bebe. Iremos a buscarla, ¿verdad, Zahir? —preguntó mirando a su amigo con sorna—. Date una ducha y duerme un poco. Cuando despiertes, iremos juntos a buscar a tu amada.

Kalim aceptó la copa y se la bebió de un trago. Estaba muerto de sed y muy nervioso ante la posibilidad de volver a ver a Zulima. Agradeció que su primo, a pesar de su evidente reticencia, aceptara ir a buscar a Zulima. Mientras Brahim y Zahir esperaban en el salón, se introdujo en la ducha. Llevaba allí unos minutos cuando empezó a sentirse mareado. Trató de llamar a Brahim pero no tuvo tiempo, ya que con rapidez todo comenzó a dar vueltas a su alrededor y le invadió la oscuridad.

—¡Joder, Brahim! ¿No podías habérselo dado cuando saliera de la ducha? —protestaba Zahir mientras resoplaba por el esfuerzo de arrastrar el cuerpo inerte de Kalim desde el baño hasta la cama.

—No te quejes —replicó Brahim enfadado—. Tenía que asegurarme de que tomaba la bebida. Si se la hubiera dado más tarde, quizás no se la hubiera tomado.

—Ya, pero en ese caso no habríamos tenido que cargar con él. ¡Es una mula! —protestó Zahir.

Con un último esfuerzo lograron subirlo a la cama, completamente mojado y desnudo.

—Llama a la puta —ordenó Brahim—. Quiero que cuando vayamos a buscar a Zulima ya esté todo preparado.

—Está bien —afirmó Zahir. Sacó el teléfono móvil, hizo una breve llamada y pasados quince minutos alguien llamó a la puerta. Al otro lado aguardaba una mujer espectacular con una larga melena rubia y un vestido diminuto que apenas ocultaba sus curvas.

—Pasa. —Zahir la invitó a entrar con aire complaciente—. ¿Te han explicado lo que queremos?

—Sí. El tío está dormido y lo único que tengo que hacer es fingir que follamos cuando entre su novia —recitó la prostituta con hastío—. ¿Sabéis que es una putada lo que le estáis haciendo? —No pudo resistirse a señalar.

—¿Y a ti qué coño te importa? —replicó Brahim furioso—. ¿Eres una puta con conciencia?

—A mí me importa una mierda mientras me paguéis —replicó la mujer con desprecio—. Me limito a constatar un hecho.

—Pues límitate a usar la boca para chuparle la polla cuando lleguemos. ¿Está claro? —exigió Brahim cogiéndola del brazo con rudeza.

—No tendréis queja de mí —afirmó la mujer con desprecio al tiempo que se desasía bruscamente de su agarre.

—Nos vamos —le dijo Brahim con voz dura—. Cuando estemos llegando te mandaremos un mensaje para que estés preparada. ¿Está claro?

—Cristalino —replicó la mujer con altanería.

—Agradece que te necesito impecable; de no ser así, te bajaba la chulería a hostias —afirmó Brahim molesto antes de salir por la puerta.

Zulima se retorció las manos con nerviosismo. Cuando Brahim la había llamado para contarle que Kalim estaba en el país y que quería verla, había sentido cómo se le paralizaba el corazón. Quería verla, y eso solo podía significar una cosa: no la había olvidado. Había quedado con Zahir en el vestíbulo del hotel de cinco estrellas en el que Kalim estaba alojado.

—Hola. Brahim, Zahir... —les saludó sin aliento cuando llegó. Le latía el corazón de forma tan frenética que estaba segura de que ellos lo oían.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Brahim con una de esas sonrisas torcidas que la ponían tan nerviosa.

—Un poco —confesó avergonzada.

—¿Aún le amas? —preguntó a su vez Zahir mientras subían en el ascensor.

—Sí —respondió ella con voz entrecortada.

—Estupendo —afirmó Brahim con una sonrisa—. Le dije que no podías acudir hasta

mañana, así que en realidad no te espera. Le hemos preparado una sorpresa —le confesó Brahim una vez estuvieron frente a la puerta de la *suite*.

—¿Por qué le dijiste eso? —preguntó Zulima con extrañeza.

—Me pareció que después de los años que te ha hecho esperar por él, sin tan siquiera comunicarse contigo con una simple llamada de teléfono o un mensaje de WhatsApp, lo mínimo que podía hacer era que sufriera una hora pensando en que aún no podía verte.

—Yo... —Por fin encontró el valor para preguntar lo que llevaba tiempo carcomiéndola—. ¿Por qué nunca me ha llamado ni me ha escrito?

—No lo sé —le contestó Brahim con fingida tristeza—. Le pedí muchas veces que lo hiciera y sin embargo nunca quiso. Eso tendrá que contestártelo él —le explicó antes de abrir la puerta de la suite.

Al principio, Zulima no oyó la música. A fin de cuentas, sonaba bastante baja. Accedieron a la *suite* y el salón estaba vacío. Encima de una mesa, un par de copas, y sobre el sofá, desperdigadas, una hilera de prendas femeninas. Zulima palideció y, sin poder evitarlo, dirigió su mirada hacia el cuarto del que provenía el sonido de la música. Dio unos pasos vacilantes en dirección a la habitación, aunque Brahim se interpuso en su camino.

—Zulima —le dijo—. Quizás no sea el momento adecuado para verle, ya que no te espera. Mejor nos vamos y regresamos un poco más tarde.

Zulima no le hizo caso y le rodeó para alcanzar la puerta del cuarto, que se encontraba entreabierta. Se asomó por el hueco y lo que vio la hizo palidecer y tambalearse. Un hombre yacía desnudo sobre la cama mientras una mujer cabalgaba sobre él contorsionándose sobre su cuerpo. Era evidente lo que estaban haciendo.

—Así, Kalim —gemía la mujer sin dejar de moverse—. Fóllame. Más fuerte.

Zulima retrocedió horrorizada y tropezó con Brahim, que estaba justo a su espalda.

—¡Vaya! —lamentó Brahim—. Lo siento, Zulima. Me había dicho que quería echar un polvo, pero nunca imaginé que haría algo así. Pensé que te lo echaría a ti.

La crudeza de sus palabras horrorizó de tal manera a Zulima que trató de apartarse de él; sin embargo, Brahim se lo impidió al sujetarla por el brazo.

—Déjame ir —suplicó Zulima con voz llorosa mientras intentaba soltarse.

—Lo siento, querida. No puedo dejarte así. Estás temblando. —Brahim la empujó contra su pecho y la acarició mientras ella trataba de no derrumbarse. Necesitaba escapar de allí. Le aterrorizaba la idea de que Kalim saliera del cuarto y la viera.

—Tengo que salir de aquí —gimió con desesperación aferrándose a Brahim como si fuera un salvavidas.

—No te preocupes. Te llevaremos a un sitio para que te repongas.

Se apartó de ella y la cogió de la mano para llevarla hasta la puerta del cuarto y le hizo una señal a Zahir para que le siguiera. Zulima, en estado de *shock*, aún no se podía creer lo que acababa de ver. Siguió a Brahim de forma ciega sin ser muy consciente de hacia dónde se dirigían. Salieron al pasillo y solo unos metros más adelante observó con desconcierto que se introducían en otra *suite* del hotel.

—¿Dónde estamos? —preguntó Zulima aún conmocionada. Cuando Brahim le había dicho que la llevaría a un sitio para que pudiera recuperarse no había imaginado que se referiría a otra *suite* en esa misma planta.

—Estamos en mi habitación. Supuse que no querrías atravesar el vestíbulo del hotel en el estado en el que te encuentras. Zahir —le ordenó a su amigo—, sírvete un refresco a Zulima para que pueda reponerse.

—No quiero beber nada —Zulima rechazó el vaso que Zahir le tendía. Sin embargo, Brahim insistió.

—El azúcar ayudará a tu estado de nervios. Mírate. Estás temblando. ¿No querrás que mi primo sepa lo mucho que te ha afectado verle con esa mujer?

Zulima no estaba segura de nada. Casi hubiera preferido tener las fuerzas para enfrentarle. Todo le resultaba tan ajeno... tan diferente del Kalim que ella conocía. Aunque no había querido reconocerlo ante sí misma, sabía que cabía la posibilidad de que en estos seis años Kalim no hubiera vuelto a pensar en ella. Sin embargo, entonces, ¿por qué había venido?, ¿por qué quería verla? El Kalim que ella conocía nunca hubiera actuado así. Era valiente, honesto y para él su palabra lo era todo. Nunca la hubiera humillado de esa forma. Aunque era evidente que no esperaba que ella acudiera a la *suite*, estaba segura de que jamás le hubiera faltado el respeto estando con otra mujer cuando supuestamente había ido a Estados Unidos a buscarla.

Con esos pensamientos poblando su cabeza, Zulima tomó el refresco que Brahim le ofrecía mientras pensaba que ni siquiera estaba segura de que fuera Kalim quien estaba en el cuarto. No le había visto la cara. Solo había oído a aquella mujer pronunciar su nombre. ¿No podía tratarse de un error? Quería creer desesperadamente que así era. Que el Kalim de aquel cuarto no era su Kalim.

—¿Era Kalim? —le preguntó consternada a Brahim—. Ni siquiera le vi la cara. ¿Cómo puedo estar segura?

Brahim la miró durante unos segundos en silencio hasta que se levantó con un suspiro resignado.

—Era Kalim. ¿Quién crees que estaría en nuestra *suite*? ¿No oíste como la mujer le llamaba? —preguntó con un tono que le dio a entender que estaba molesto por sus dudas.

—Sí... lo sé —reconoció ella, que aún dudaba. Le parecía todo demasiado raro—. Es solo que... él nunca me hubiera humillado de esa forma. Si no me amara, creo que solo me lo hubiera dicho.

—No creo que él contara con que ibas a aparecer —le recordó Brahim al tiempo que la instaba con un gesto a que se terminara la bebida.

Zulima asintió de forma pensativa al tiempo que le daba pequeños sorbos al refresco.

—Es que... es todo tan raro... ¿por qué iba a decir que quería verme si no era cierto?

—Quizás quería decírtelo en persona. ¡Joder! ¡Yo que sé! —exclamó Brahim, que ya había perdido la paciencia—. Estaba follando con otra. ¿No es eso suficiente para ti cómo para que quieras mandarlo a la mierda?

—Sí —reconoció ella con dolor e impactada por la crudeza de sus palabras—. Es solo que... todavía quisiera hablar con él, que me lo dijera a la ca... —La risa sarcástica de Brahim la interrumpió.

—Lo siento, querida —acertó a decir apenas logró contener la risa—. Es que los dos sois patéticos. Tenéis la evidencia frente a vuestros ojos y aun así os negáis a aceptarlo. Me dais náuseas —afirmó con una voz acerada que estremeció a Zulima.

De pronto, deseó abandonar aquel cuarto. Miró a Zahir, que la observaba con la misma frialdad con la que lo hacía Brahim. Se levantó con la idea de salir de forma inmediata de la habitación, cuando sintió que esta comenzaba a dar vueltas a su alrededor.

—Yo... —Trató de decir algo, pero le resultó imposible. Sintió como si cayera, aunque unos fuertes brazos impidieron que se derrumbara en el suelo. Notó unas manos frías que le tocaban todo el cuerpo y trató de resistirse.

—No... —gimoteó intentando golpear las manos que tiraban de sus ropas.

—¡Shhh! Es culpa tuya, querida —murmuró Brahim en su oído—. Te di la oportunidad. Se la di a él también. Solo bastaba con que me hubierais creído...

La voz se fue convirtiendo en un susurro mientras la negrura la devoraba.

IV

Zulima se despertó con un gemido. Trató de abrir los ojos, pero los volvió a cerrar al sentir cómo le estallaban las sienas. Un dolor ardiente emanaba de su estómago y descendía por la unión entre sus muslos. Trató de moverse y un pinchazo agudo en la base del estómago la atravesó y provocó que se le llenasen los ojos de lágrimas. ¿Qué le pasaba? Le dolía todo el cuerpo, incluso... por dentro. Sentía como si toda ella ardiera.

Con dificultad, trató de levantarse e ignorar el dolor insoportable que la hizo gritar y caer de nuevo a la misma posición en la que se encontraba. Apretó los dientes y cerró las manos en un puño. Tenía que soportar el dolor. Tenía que levantarse y averiguar dónde se encontraba. El último recuerdo que guardaba era de estar en una habitación del hotel con Brahim y Zahir; después... nada.

Gritando de dolor, se arrastró como pudo para bajar los pies de dondequiera que se encontrara. Se tocó el estómago en el punto donde le ardía. Parecía que fuera a partirse en dos. Notó una viscosidad y al levantar la mano con la que se había tocado vio que estaba empapada por un líquido rojizo. En el estado de confusión en el que se encontraba tardó unos segundos en comprender que debía ser sangre... su sangre. Por eso le ardía. Debía tener algún tipo de herida. Miró hacia abajo y vio su estómago y sus muslos cubiertos de sangre. En ese momento fue consciente de que estaba desnuda en una cama.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas al darse cuenta de lo que significaba: la habían atacado. Lo que no entendía era quién ni por qué. Le temblaba y le dolía todo el cuerpo. Hizo un esfuerzo supremo para lograr levantarse, aunque tuvo que volver a sentarse en la cama porque las piernas le temblaban tanto que fueron incapaces de sostenerla. Recorrió la habitación con la mirada y vio en una esquina del suelo su bolso. Un gemido de alivio inundó su cuerpo. Intentó levantarse de nuevo con esfuerzo, y aunque tuvo que apoyarse en la pared para poder desplazarse por el cuarto, logró llegar hasta su bolso. Se dejó caer al suelo despacio, con la espalda apoyada en la pared. Un dolor lacerante la hizo ponerse de lado. Introdujo una mano temblorosa en el interior del bolso y cuando, por fin, sus dedos lograron rozar el móvil, sollozó aliviada.

Lloró durante unos minutos más. Le costaba respirar y temblaba de forma incontrolable. El móvil estaba encendido aunque debía estar en silencio porque tenía un gran número de llamadas perdidas de su padre y de Jenny. Con manos temblorosas trató de llamar a Jenny; sin embargo, entre las lágrimas que enturbiaban su visión y los temblores de sus manos, tardó más de cinco

minutos en poder hacer la llamada.

—¡Zulima! —exclamó Jenny, que contestó al instante—. ¿Dónde demonios te has metido? Tu padre está muy preocupado. Llevo llamándote toda la noche. También llamé a Brahim, a Zahir... hasta la zorra de tu hermana estaba preocupada por ti. ¡Joder! —Jenny interrumpió su diatriba al oír los sonidos que provenían del otro lado de la línea—. ¿Estás llorando? —preguntó con angustia. Algo muy grave tenía que haberle sucedido.

Zulima solo sollozaba. Oía cómo Jenny la llamaba, pero no era capaz de pronunciar palabra alguna.

—Ayú... dame —logró articular al cabo de unos minutos en los que lo único que hizo fue llorar.

—Necesito saber dónde estás.

—No... lo... sé —gimió Zulima con angustia sin dejar de llorar.

—Está bien. No pasa nada —la tranquilizó Jenny—. Mándame tu ubicación con el móvil y ahora mismo iré a buscarte.

Zulima hizo lo que le pedía. Le mandó la ubicación y, sin parar de llorar, dejó que el teléfono se deslizase contra el suelo. El dolor era insoportable. Se hizo una bola en el suelo y rezó para que Jenny no tardara en llegar. Temía que quién le hubiera hecho esto pudiera regresar.

—¡Joder, Zulima! ¿Qué te ha pasado?

Jenny miraba a Zulima espantada. Al recibir la ubicación del móvil la había metido en Google Maps y se había limitado a seguir las indicaciones. A medida que se acercaba, se asustaba cada vez más. La ruta discurría por uno de los peores barrios de la ciudad y cuando vio que el destino era un motel de la peor clase, un sudor frío invadió su cuerpo.

Se presentó en la recepción y, a pesar de que el hombre que estaba al otro lado la repasó de arriba abajo con lujuria, no se dejó amilanar y le exigió saber dónde estaba su amiga. Al principio el recepcionista fingió que no sabía a quién se refería, aunque cuando le amenazó con llamar a la policía y acusarle de cómplice de secuestro le proporcionó el número de la habitación en la que creía que estaba su amiga. Le contó que había llegado ebria con dos hombres árabes. También le dijo que no quería problemas, así que se la llevara con ella.

Jenny se dirigió al cuarto y llamó de forma queda. Al ver que nadie abría, cogió la manilla de la puerta y se sorprendió al ver que no estaba cerrada. Entró con precaución, pero rápidamente echó a correr en cuanto distinguió el cuerpo de Zulima encogido en una esquina. Estaba desnuda y

todo el cuarto olía a sudor y sexo. Eso le produjo náuseas. Cogió las sábanas embadurnadas de sangre y envolvió con ellas a Zulima.

—Zulima, por favor —le pidió con dulzura—. Necesito que te levantes. Tengo que llevarte a un hospital.

Zulima alzó el rostro y le lanzó una mirada vacía.

—¿Jenny? —preguntó confusa. Estaba muy desorientada.

—Sí, cariño. Soy Jenny. He venido a buscarte. Estás herida. Voy a llevarte a un hospital.

Zulima asintió y, con gran esfuerzo a pesar de los dolores, logró levantarse ayudada por Jenny. Tras horas en la penumbra de aquella habitación, la luz del sol a punto estuvo de cegarla. Se dejó conducir hasta el coche y un gemido escapó de su garganta al sentarse. Nuevas lágrimas se formaron en sus ojos. Jenny le lanzó una mirada preocupada, pero no hizo ningún comentario. No dijo ni preguntó nada. Se limitó a llevarla al hospital.

Las siguientes horas pasaron para Zulima como envuelta en una nube. Aún continuaba en *shock*. Se dejó curar y manipular sin decir una sola palabra. Jenny permaneció todo el rato a su lado. No supo cuánto tiempo había transcurrido hasta que volvió a ser consciente de lo que la rodeaba.

—Zulima. —Un susurro la sacó del mundo de sombras en el que se encontraba sumida—. Zulima, la policía está aquí. Necesitan hablar contigo.

Zulima parpadeó y miró alrededor. Por primera vez en horas fue consciente de dónde se encontraba. Era una habitación de hospital. Jenny, a su lado, le tomaba la mano y frente a ella un hombre y una mujer la observaban con atención. ¿Qué habría dicho Jenny? Trató de aclarar la confusión que sentía en su cabeza. Le había parecido entender que eran policías. ¿Policías? ¿Por qué querían hablar con ella policías?

—¿Por... qué? —Fue lo único que pudo murmurar mientras miraba a Jenny con angustia. Esta, a su vez, le lanzó una sonrisa triste y apretó su mano con fuerza.

—Cariño. Te han violado. Tienes que denunciarlo.

¿Violado? En el momento que ese pensamiento se formó en su mente, los recuerdos acudieron a ella. Despertarse en aquella habitación. El dolor. La sangre... Lágrimas de tristeza se resbalaron por sus mejillas al darse cuenta de que le habían hecho algo terrible aunque no era capaz de recordar quién ni por qué.

—Señorita Ben Asif. Soy Jane Donaldson y este es mi compañero Mark Gálvez. Nos han informado de que la han violado. Si desea presentar una denuncia necesitamos saber qué ha pasado y luego recogeremos pruebas.

—¿Pruebas...? —preguntó Zulima con voz rota.

—Hemos de comprobar si tiene restos de semen, pelos... —La policía se interrumpió al ver como Zulima palidecía ante sus palabras—. cualquier cosa que nos pueda a llevar a demostrar la identidad de su agresor o agresores.

Era fundamental que comprendiera la importancia tanto de su testimonio como de las pruebas que debían recoger si es que quería que apresaran a la persona que le había hecho esto.

—También debemos tomar fotografías de sus lesiones —le explicó con suavidad.

—De acuerdo —susurró Zulima con resignación. No quería que la persona que la había atacado saliese impune.

—Si le parece —sugirió la policía—, primero recogeré yo las pruebas mientras su amiga le cuenta a mi compañero lo que ha pasado y luego ambos le tomaremos declaración a usted.

Zulima asintió. Mark Gálvez salió al pasillo con Jenny mientras Jane le explicaba a Zulima el procedimiento. Le mostró un kit de violaciones y le explicó que servía para recoger los restos que el atacante o atacantes pudieran haber dejado en ella. Zulima lloraba por la humillación. Se había reservado para Kalim, el hombre al que amaba. Siempre había soñado que su primera vez sería con él y comprendió que eso jamás sucedería. El recuerdo de Kalim con aquella mujer irrumpió en su mente para completar su humillación.

—Le retiraré el vendaje para poder sacar fotos a la herida del estómago —le avisó la policía—. Los médicos dicen que se la hicieron con una navaja.

Zulima asintió avergonzada y permitió que la mujer le retirara el vendaje para ver la herida. Después de sacar varias fotos desde diferentes ángulos, la miró con gesto serio.

—Tengo que preguntarle algo, Zulima. Necesito que sea sincera conmigo. ¿Significa para usted algo la palabra Brahim?

—Es el nombre de... un amigo. —No sabía muy bien cómo definir lo que Brahim era para ella.

—Muy bien —aceptó la policía al tiempo que volvía a cubrirle la herida con el vendaje—. Ya he acabado. Si le parece, le pediré a mi compañero que entre para que él también escuche su testimonio.

Zulima asintió en silencio y la mujer abrió la puerta para permitir que su compañero y Jenny volvieran a la habitación.

—Cuando quiera —le pidió a Zulima al tiempo que ponía en marcha la grabadora del móvil—. Cuéntenos lo que ha sucedido.

—No recuerdo mucho... —comenzó Zulima con voz queda.

—Comencemos con el momento en que salió de su casa —le indicó Mark Gálvez.

—Había quedado con Brahim y Zahir porque me dijeron que Kalim estaba en el país y quería verme —comenzó con un susurro.

—¿Quiénes son esas personas, Brahim, Zahir y Kalim? —preguntó Jane mientras escribía algo en el cuaderno que había sacado para anotar su declaración.

—Kalim... —Zulima tragó saliva antes de continuar—. Él... éramos novios, quiero decir... amigos —se corrigió a sí misma con rapidez—. Hace seis años que no nos vemos. Fui a su hotel con Brahim y Zahir porque me dijeron que Kalim quería verme.

—¿Quiénes son Brahim y Zahir? —indagó Mark.

—Brahim es primo de Kalim —murmuró Zulima—. Y Zahir es su amigo. Hace como una semana llegaron al país y me buscaron.

—¿Por qué la buscaron? ¿De qué la conocían?

—Todos somos de Salima. Hace seis años mi familia abandonó el país. Mi padre era consejero del rey.

—Muy bien —afirmó la policía—. Así que Brahim es el primo de Kalim y vino a buscarla junto con su amigo Zahir para llevarla hasta el hotel en el que se alojaba Kalim, ¿es así? —Al ver que Zulima asentía, le hizo un gesto para que continuara con su relato.

—Cuando llegamos a la habitación... —El temblor en la voz le impidió a Zulima continuar y tuvo que esperar unos segundos para poder tranquilizarse—. Kalim... él... estaba con otra mujer.

Los policías no se inmutaron ante su relato, solo Jenny emitió un suspiro entrecortado. Zulima frotó las manos contra la sábana de la cama con angustia antes de continuar:

—Yo... me afectó mucho... quería irme; sin embargo, Brahim no me dejó.

—¿Cómo evitó que se fuera? ¿La agredió de alguna forma? —preguntó Jane con interés.

—No, no —murmuró Zulima mientras negaba con la cabeza—. Solo me sujetó por el brazo y me pidió que no me fuera en aquel estado. Me dijo que necesitaba tranquilizarme. Me pidió que les acompañara a él y a Zahir a un sitio en el que poder recuperarme.

—¿Les acompañó?

—Sí... estaba un poco confundida por lo que había visto. Cuando me di cuenta, estábamos en otra habitación del mismo hotel. Brahim me rogó que me sentara y le pidió a Zahir que me sirviera un refresco. Me dijo que el azúcar calmaría mis nervios...

—¿Y lo hizo? —preguntó Mark.

—¿El qué? —preguntó a su vez Zulima confusa.

—Calmarle los nervios.

—No... No recuerdo muy bien de qué hablamos. Lo único que sé es que quería hablar con Kalim. Traté de levantarme y... no sé... no recuerdo más.

—Está bien —afirmó Jane—. ¿Dónde puedo localizar a esas personas? En el motel en el que su amiga la encontró no había nadie alojado con esos nombres.

—Ellos se alojan en el hotel Majestic.

Jane Donaldson silbó de admiración al tiempo que la miraba con sorpresa. El Majestic era un hotel de lujo en el que solo se alojaban millonarios.

—Brahim es el heredero del trono de Salima —anunció Jenny, que hasta ese momento no había pronunciado ni una palabra.

—¡Joder! —exclamó la policía—. Esto va a ser un problema muy gordo—. Miró a Zulima que se secaba las lágrimas que corrían por su rostro—. Iremos a hablar con ellos y la mantendremos informada, ¿de acuerdo?

Zulima solo pudo asentir. La pareja de policías se despidió y ambas jóvenes volvieron a quedarse a solas.

—¿Mi... padre? —A Zulima le resultaba doloroso preguntar, pero sabía que tarde o temprano tendría que saber lo que le había pasado.

—Aún no le he dicho nada —reconoció Jenny—. Di por sentado que lo preferirías así, aunque supongo que la policía le informará... Zulima... —No sabía si alguien se lo habría contado, pero necesitaba saberlo.

—¿Qué? —Zulima estaba asustada por la forma en la que Jenny la miraba. No sabía lo que pretendía decirle pero, por la seriedad de su rostro, estaba segura de que era algo importante y que, con toda seguridad, hubiera preferido no saber.

—La herida de tu estómago —comenzó a decir Jenny mientras se retorció las manos con angustia—... no es una simple herida.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Zulima sin poder evitar que se le escapara el temblor en la voz.

—Es un nombre... alguien grabó un nombre en tu cuerpo.

—¿Qué nombre? —preguntó con voz temblorosa y horrorizada.

—Brahim.

La habitación comenzó a darle vueltas al comprender lo que eso significaba; que Brahim había sido su violador y quizás incluso Zahir. Se lo había negado a sí misma, aunque en el fondo lo sospechaba ¿Quién más si no? Estaba con ellos antes de desmayarse. Sin embargo, no entendía el porqué. Los sollozos inundaron de nuevo su cuerpo. Jenny se abrazó a ella y también comenzó a llorar.

V

Un año después. Salima.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? Todavía estás a tiempo, piénsalo bien —le aconsejó Rashid a su espalda.

Kalim se giró hacia su amigo y le lanzó una sonrisa que ambos adivinaron fingida.

—Estoy seguro. Ya es hora de que me case. Esta mujer vale igual que cualquier otra.

—No vas a ser feliz —sentenció Rashid con tristeza—. Y ella tampoco.

—La felicidad está sobrevalorada, ¿no crees?

—No lo sé Kalim. Quizás...

Rashid se giró hacia Kalim, lo que le permitió a este último observar con claridad la cicatriz que recorría su rostro. Kalim sintió un gran pesar en su corazón. Lo que Rashid había hecho en Anvard le había cambiado por completo. Kalim sabía que para él la cicatriz era un recordatorio de su incapacidad para salvar a Evangeline y que se torturaba con ese pensamiento; y también sabía que, a pesar de la atrocidad de sus actos en Anvard, no se arrepentía de ellos. Tan solo esperaba que la pequeña Sabin, que era como había llamado a la hija de Evangeline, le ayudara a superarlo.

La niña estaba a cargo de Fatimah, la hermana de Evangeline; sin embargo, Rashid la quería como si fuera su sobrina. Kalim solo esperaba que el amor de la niña fuera suficiente para no endurecerle aún más el corazón.

—Alegra esa cara, Rashid. Es el día de mi boda. —Sonrió con fingida alegría.

Rashid le miró con rostro serio y Kalim supo que no le engañaba. Rashid sabía la verdad: que aún amaba a Zulima a pesar de su traición. Sin embargo, no importaba. Algún día lograría arrancarla de su corazón. Con ese pensamiento, salió del cuarto en busca de la novia. Su tío y Brahim les esperaban.

—Primo —saludó Brahim con una gran sonrisa de suficiencia al verle—. Nuestras novias nos esperan.

A Kalim no se le pasó el gesto de desagrado de Rashid hacia su primo. Sabía que ambos sentían un desprecio mutuo, y aunque aún le guardaba rencor a Brahim por lo que le había hecho, tenía que recordarse continuamente que no solo era su primo, sino también el futuro rey de Salima

y por ello le debía respeto.

Cuando, meses atrás, su tío les había reunido en el despacho para informarles de que había negociado los matrimonios de Brahim y del propio Kalim, este último se había levantado de su asiento dispuesto a oponerse:

—¡No! —exclamó con enfado—. No voy a casarme con una desconocida. No soy el heredero al trono. ¡No necesito casarme!

—Es verdad. No eres el heredero —reconoció su tío—. Pero sigues obsesionado con esa zorra y no te interesas por ninguna mujer. Corren rumores sobre tu hombría desde hace años y no pienso permitir que continúen.

Kalim palideció ante las palabras de su tío. No porque le preocupara que alguien dudara de su hombría, sino por la mención a Zulima. Solo pensar en ella hacía que se le clavase un puñal en el corazón. Todavía no se sentía capaz de aceptar su traición. No pudo evitar recordar lo sucedido hacía un año.

Kalim se despertó con un extraño sabor en la boca y un gran dolor de cabeza. Abrió los ojos y se encontró encima de la cama de su habitación de hotel completamente desnudo. Se sentó con la mente confusa. ¿Qué había pasado? Lo último que recordaba era estar en la ducha y sentirse un poco mareado. Lo que no entendía era cómo había acabado en la cama.

Se levantó y se puso unos pantalones para salir de la habitación. Tenía que hablar con Brahim. Le había dicho que iría a buscar a Zulima a primera hora. No sabía qué hora era, pero estaba claro que era el día siguiente. No entendía cómo había podido dormir tanto. ¿Por qué su primo no le había despertado?

—Brahim —llamó al verle sentado en el salón de la suite—. ¿Qué ha pasado? ¿Cuándo vas a ir a buscar a Zulima?

—¡Ya era hora de que despertaras! —exclamó Brahim con una sonrisa torcida cuando le vio frente a él—. No voy a ir a buscar a Zulima.

—¿Por qué no? —preguntó Kalim confuso.

—Porque ya fui a buscarla anoche. Toma —le dijo al tiempo que se levantaba del asiento para tenderle el móvil pausado en un vídeo—. Ya me lo agradecerás.

—¿Agradecerte?, ¿qué tengo que agradecerte? —preguntó Kalim mientras cogía el móvil. No entendía qué pasaba.

—Pon el vídeo —le ordenó su primo, que se sentó de nuevo con la misma sonrisa de satisfacción.

Kalim miró a Brahim todavía confuso y, ante su insistencia, le dio al play. Al principio

no vio nada. Solo se oían gemidos y la voz de su primo, que decía:

—¡Métesela por detrás! Que vea lo zorra que es.

La imagen se movía de un lado a otro y apenas se distinguía nada hasta que alguien, supuso que Brahim, apoyó el móvil en una superficie y pudo ver lo que ocurría.

Zahir estaba tumbado en la cama follando con una mujer, porque no se podía definir de otra forma lo que estaba haciendo con ella. Tumbado en una cama, una mujer se desmadejaba sobre él. Brahim se acercó a la cama y atrajo a la mujer hacia sí, le separó las nalgas y la penetró mientras ella dejaba escapar un pequeño gemido. Ambos se movieron a un tiempo mientras la penetraba con fuerza.

—¡Qué mierda es esto! —exclamó Kalim queriendo arrojar el móvil hacia su primo—. No necesito ver vídeos tuyos y de Zahir follando con ninguna zorra.

Brahim le miró con una sonrisa malvada. Se negó a coger el móvil y con un gesto de la cabeza le indicó:

—Sigue mirando.

Kalim no pudo evitar volver a mirar.

Brahim tomó la cabeza de la mujer y la giró hacia la cámara. A pesar de que ella permanecía con los ojos cerrados y la boca entreabierta, Kalim la identificó al instante y sintió un frío helador le recorría todo el cuerpo. Era Zulima, su Zulima, la que en ese momento era poseída por los dos hombres.

Horrorizado, dejó caer el móvil mientras los gemidos que se escapaban del móvil seguían resonando en el cuarto.

—Anoche fui a buscarla —le explicó Brahim con tranquilidad mientras recogía el móvil del suelo—. Te había dicho que era una zorra. Se me insinuó y... bueno, ya sabes, primito. Nunca desaprovecho la oportunidad de echar un buen polvo.

Kalim retrocedió varios pasos horrorizado por las imágenes que acababa de presenciar y por las palabras de su primo. La traición era tan impactante que se había quedado sin palabras. Zulima, su amada Zulima, poseída por Brahim y Zahir como si se tratase de una vulgar prostituta. Sintió náuseas. Se alejó tambaleándose hasta el baño, abrió la tapa del inodoro y comenzó a vomitar.

—Con el tiempo me lo agradecerás —susurró su primo desde la puerta del baño.

—Padre —intervino Brahim de forma conciliadora sacando a Kalim de sus recuerdos—. Deberías darle un respiro. Estaba muy enamorado de esa chica. Es normal que no lo haya superado.

Kalim miró a su primo con odio. Aún no había superado no solo la traición de Zulima, sino la del propio Brahim. Como siempre que recordaba lo ocurrido, sintió náuseas. Aunque en algo tenía razón su tío: debía superarlo. Quizás un matrimonio fuera la manera de conseguirlo.

—Está bien, tío. No me opondré a la boda —aceptó con rigidez. La obsesión que sentía por Zulima no podía ser amor. Se negaba a que lo fuera.

—Fantástico —aceptó su tío con regocijo al tiempo que Brahim le miraba con una sonrisa extraña en el rostro—. Por otra parte, Brahim, espero que no haya problemas con Sulaima. Que sepa aceptar su lugar.

—No habrá ningún problema con ella —afirmó Brahim sin inmutar el gesto.

A Kalim todavía le sorprendía que Sulaima hubiera aceptado ser la amante de Brahim. Cuando hacía un año habían abandonado Estados Unidos tras la traición de Zulima, Brahim se había presentado en el avión con Sulaima y les habían anunciado a él y a Zahir que ella viajaría con ellos hasta Salima. Por fin, después de tantos años, descubrió el motivo por el que Zulima y toda su familia habían sido expulsados del país: Sulaima había chantajeado a su primo con un supuesto embarazo que nunca había existido en un intento de obligarle a casarse con ella.

Cuando se encontró con Sulaima hubiera querido gritarle, exigirle que trajese a su hermana a su presencia para que le explicase cómo había podido traicionarle de esa manera; sin embargo, pronto se dio cuenta de lo absurdo de sus pensamientos. Sulaima no era culpable de los pecados de su hermana.

—Sulaima ya sabe lo que puede esperar de mí —le explicó Brahim a su padre ante su comentario—. Mientras sea una amante complaciente la mantendré a mi lado, le daré todo tipo de lujos y la cubriré de joyas.

—¿No te preocupa que tu esposa no lo acepte? —preguntó Kalim con duda. Ni siquiera sabía quiénes eran las mujeres que su tío les había escogido como esposas.

—Brahim no tendrá que preocuparse por eso—le tranquilizó su padre—. Su esposa será una mujer complaciente. Ya lo he arreglado todo con su familia. Os he buscado dos hermanas. Son las hijas del ministro de finanzas. Ya las conocéis.

Kalim asintió. Sabía que el ministro de finanzas tenía tres hijas y, por lo poco que recordaba de ellas, eran muy hermosas aunque muy calladas. No creía haber cruzado una sola palabra con ninguna de ellas más allá del mero saludo. Pero no le importaba. ¡Qué más daba esa u otra mujer! Necesitaba apartar de sí el recuerdo de Zulima y para eso le valdría cualquiera. No había tomado nunca a ninguna mujer porque se había reservado para Zulima, para que fuese la primera.

Desde su traición, le había tentado buscar una mujer cualquiera y acostarse con ella, pero eso también le parecía frío. No quería convertirse en alguien como su primo en busca de su propio placer de forma egoísta. Cuanto más pensaba en ello, más se daba cuenta de que lo mejor que podía hacer era casarse con otra mujer. Eso le ayudaría a arrancar su recuerdo.

Zulima sostuvo la revista con manos temblorosas. Aún no entendía cómo podía ser tan masoquista. Cómo podía hacerse ese daño a sí misma. Sin embargo, no podía evitarlo. Al pasar junto a un quiosco y ver el titular debería haber seguido adelante, cerrar los ojos y fingir que no lo había visto. En lugar de eso, esa vena masoquista que poseía la había instado a comprar la revista.

Llevaba todo el día con ella en el bolso sin atreverse a mirarla. Había ido a trabajar y no había podido evitar lanzar miradas furtivas hacia el lugar en el que la mantenía escondida. Le sudaban las manos y le palpitaban los oídos por la ansiedad de leerla. No sabía cómo había sido capaz de trabajar en la cafetería sin que nadie se diera cuenta de lo que le pasaba, pero al final lo había logrado, había acabado el día y ahora, en la soledad de su apartamento, se atrevió a sacar la revista y mirarla.

Boda conjunta del heredero de Salima y de su primo rezaba el titular y, bajo el mismo, una fotografía de las dos parejas de novios. Acarició el rostro de Kalim con un dedo tembloroso y dejó que las lágrimas que no se había permitido derramar en un año se deslizaran por sus mejillas. Llevaba mucho tiempo luchando contra los recuerdos, y en ese momento se abrió una compuerta que permitió que se escaparan por ella sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

La policía acudió al hotel Majestic para interrogar a Kalim, Brahim y Zahir que, para entonces, ya habían abandonado el país. Para más consternación de su padre, descubrieron que su hermana Sulaima se había ido con ellos. A través de la embajada del país, la policía les solicitó una declaración y se encontraron frente a la maquinaria burocrática de Salima. Kalim se negó a hablar con ningún policía, pero Brahim no tuvo ningún problema. Él mismo recibió a una comisión policial desplazada hasta allí e incluso, de forma pretenciosa, reconoció los hechos, llegando hasta el punto de proporcionar a los agentes un vídeo de la violación para luego reírse en su cara. Su inmunidad diplomática impedía que se le juzgase por ningún delito cometido en los Estados Unidos.

—Quizás vuelva y me folle de nuevo a esa zorra —había afirmado con orgullo ante los policías.

A partir de ese momento, las cosas empeoraron para Zulima y su padre. De un día para otro, su padre fue despedido de su trabajo y el contrato de alquiler de su casa fue rescindido.

Se vieron obligados a mudarse a otra ciudad y su padre tuvo que buscar un nuevo trabajo. Zulima tuvo que abandonar la universidad, no solo porque no era capaz de centrarse lo suficiente como para estudiar, sino porque el trabajo que su padre había conseguido estaba muy mal remunerado, lo que hizo imprescindible que ella trabajara. Cuando ya parecía que habían logrado volver a empezar, sucedió de nuevo: volvieron a despedir a su padre y, seguidamente, a ella. Se mudaron nuevamente y cuando, por tercera vez, se vieron en la misma situación, Zulima comprendió que aquello no era producto de la casualidad. Los tentáculos de Salima les perseguían allá donde fueran.

Comunicó a la policía sus sospechas de que alguien de Salima estaba tratando de perjudicarles. La policía contactó con las autoridades de aquel país, que negaron los hechos. Esto solo hizo que la situación empeorase. Comenzaron las llamadas incesantes a su móvil y a su casa. Llamadas en las que nadie decía nada y que a la vez lo decían todo. Zulima comprendió que jamás la dejarían en paz y el temor a que le hicieran algo a su padre hizo que tomase la única decisión que consideró que podría protegerle.

Una mañana, cogió el poco dinero que tenía ahorrado, una maleta y se fue de su casa a otra ciudad sin decirle nada a su padre. Se cambió el nombre y rompió todos los lazos con su única familia. Se quitó el hiyab y abandonó todas las costumbres musulmanas.

A partir de ese momento, viajó por el país de un lugar a otro usando diferentes nombres y trabajando en lo que podía, hasta que le pareció que había puesto bastante distancia entre ella y su padre. Solo entonces, se atrevió a detenerse y a tratar de rehacer su vida. Quiso evitar todo aquello que pudiera hacer posible que la volvieran a localizar. Ya no era Zulima Ben Asif, sino Kate Wave, o Jane Smith o la cantidad de nombres que le siguieron. Los que hicieran falta para evitar que la localizaran. Ya no era de Salima. No pertenecía a ningún sitio. Y así se forjó una nueva vida e intentó olvidar a Kalim y a Brahim. Se le destrozó el corazón, pero quizás si ella se apartaba de la ecuación, dejarían tranquilo a su padre.

Por eso se encontraba sola, en un apartamento cochambroso con un trabajo miserable en una cafetería, pero que le permitía sentirse en paz por primera vez en mucho tiempo. Contempló de nuevo la imagen de Kalim y la mujer que ahora era su esposa y se permitió llorar durante unos minutos más hasta que se le agotaron las lágrimas.

Abrió la revista para leer el artículo. Necesitaba exorcizar el recuerdo de Kalim. Incluso después de todo lo que había pasado, no era capaz de comprender cómo Kalim podía haberla traicionado de aquella manera. ¿Tanto había cambiado en los años que habían estado sin verse? El muchacho dulce y honesto del que ella se había enamorado, ¿en qué momento se había convertido en aquel hombre cruel que la había abandonado cuándo más lo necesitaba?

El artículo era bastante escueto. A fin de cuentas, Salima era un pequeño reino entre otros muchos. Se hablaba de la fastuosa boda doble en la que se habían casado el hijo y el sobrino del rey de Salima. Brahim, el heredero, se había casado con Anala Sarif y Kalim, el sobrino del rey, con la hermana, Zora Sarif, hijas del ministro de finanzas. En ese momento las recordó. Las había conocido cuando su padre era el consejero del rey. Eran unas jovencitas hermosas y muy calladas.

Al ver el rostro feliz de Brahim sintió náuseas. Agradecía que la hubieran drogado y no ser capaz de recordar nada porque su sola vista le repugnaba. No imaginaba cómo se hubiera sentido de haber sido consciente de todas las cosas que le habían hecho. El día que le habían mostrado el informe médico había vomitado. La habían sodomizado e incluso introducido objetos por su vagina, hasta llegar a tatuarle el nombre de Brahim en el estómago con una navaja.

Sabía que debería odiar también a Kalim y, sin embargo, no se sentía capaz. Ahora reconocía lo ingenua que había sido al pensar que seis años separados no habrían supuesto un impedimento para que la siguiera amando como ella le amaba a él. Lo que más le dolía era el mensaje que le había enviado. Durante mucho tiempo se había permitido el lujo de imaginar que en realidad no había sido enviado por Kalim, sino por su primo Brahim. Sin embargo, el hecho de que se hubiera negado a declarar ante la policía y que se hubiera posicionado del lado de su primo sin querer saber nada de ella, le había hecho comprender que el Kalim que ella había amado ya no existía.

Miró la foto de la hermosa mujer con la que se había casado Kalim y durante unos momentos la odió y se odió a sí misma por sentir esos celos que le desgarraban el corazón. Se permitió recrearse en el rostro de Kalim por última vez y luego, como si de una ceremonia se tratase, cogió un mechero, prendió fuego a la revista y la arrojó al fregadero de la cocina. Observó cómo las llamas se cebaban con ella y la consumían hasta convertirla en cenizas, tal y como esperaba que hicieran con el recuerdo de su amor.

VI

Trece años después. Estados Unidos.

Kalim estaba de mal humor. Observaba los edificios que iban dejando atrás, mientras la limusina le conducía al restaurante en el que había quedado para la cena de negocios que le había obligado a visitar este maldito país. Viajar a Estados Unidos siempre le producía el mismo sentimiento de rechazo y, por algún extraño motivo, su tío nunca permitía que su primo viajara allí. Siempre lo enviaba a él. Kalim aun después de tantos años, lo sentía como una prueba de que debía demostrar que había superado lo de Zulima. Le daba rabia porque con treinta y cinco años ya estaba muy mayor para pruebas. No tenía que demostrar nada a nadie, ni siquiera a su tío.

Un año después de la muerte de su esposa embarazada de su futuro hijo, su tío había intentado que volviera a contraer matrimonio. Esta vez, sin embargo, Kalim se había negado. No era el heredero al trono. No necesitaba un hijo al que transmitir su legado y la excusa que le había servido para aceptar la primera vez, la de que le ayudaría a olvidar a Zulima, había demostrado ser falsa porque a pesar de haberse acostado con su mujer en múltiples ocasiones y haber encontrado placer en ello, no había sido capaz de arrancar a Zulima de su corazón.

Zora había sido una buena esposa, sumisa y complaciente. Nunca una mala palabra había salido de su boca y, sin embargo, Kalim no había logrado ser feliz ni hacerla feliz a ella. Su matrimonio había sido una unión fría y distante. Solo la idea de tener un hijo le había aportado algo de felicidad, y también eso le había sido negado con el terrible accidente de tráfico que había segado la vida de su esposa y su hijo nonato. Ese día, Kalim había llegado a la conclusión de que quizás estaba maldito; de que, con toda seguridad, jamás sería feliz, así que no le veía ningún sentido a seguir intentándolo.

Su vida consistía en trabajar y, en aquellas ocasiones en las que se cansaba de estimularse a sí mismo y encontraba a alguna compañera dispuesta, mantenía relaciones esporádicas en las que ambos estaban de acuerdo en compartir solo una unión física por un breve período de tiempo. Nada más. Sabía lo que se rumoreaba de él. Mientras su primo tenía una esposa y una concubina, a él no se le conocía pareja alguna, ya que esos escasos encuentros se realizaban en la más absoluta intimidad. Sin embargo, a él los rumores sobre su hombría no le importaban. No necesitaba probar nada a nadie y la idea de volver a casarse o de tener una amante fija, simplemente, le repelía.

En ese momento, miró su reloj con hastío. Llegaba temprano a la cena de negocios.

Invadido por una sensación de ahogo, había sentido una irrefrenable necesidad de abandonar el hotel. Era la misma sensación que le afectaba cada vez que ponía un pie en ese maldito país. Aunque no fuera la misma ciudad en la que Zulima le había traicionado, no podía evitar que cada vez que visitaba Estados Unidos el recuerdo de su traición le asolará. Sentía una desazón que no le abandonaba durante toda su estancia en el país, por eso nunca quería ir, y cuando se veía obligado a hacerlo, procuraba marcharse a la primera oportunidad.

A pesar de haberle rogado a su tío que Brahim le sustituyera en esta ocasión, el rey había sido inflexible y, por algún motivo que se negaba a compartir con él, estaba decidido a que su primo jamás volviera a los Estados Unidos. Invadido por esa maldita desazón que tanto le trastornaba, Kalim ordenó al chófer que detuviera la limusina. Era temprano y necesitaba caminar.

—Espérame en el restaurante —le ordenó tras bajarse del vehículo—. Iré hasta allí caminando.

Necesitaba relajarse o la cena de negocios iba a ir muy mal. Hizo un gesto a su guardaespaldas para que permanecieran en el coche. Necesitaba auténtica soledad. No recordaba la última vez que se había permitido el lujo de caminar solo por las calles de una ciudad sin guardaespaldas que le vigilaran.

La calle estaba desierta y, a pesar de ser una hora tardía, observó que todas las tiendas estaban abiertas y eso le llamó la atención. Pasó junto a una galería de arte y sus ojos se sintieron atraídos por un cuadro, lo que hizo que se detuviera para contemplarlo con detalle. Representaba el desierto y, si no hubiera sabido que eso era imposible, hubiera jurado que lo que estaba viendo era el desierto de Salima. Casi le parecía como si detrás de uno de los montículos fuera a aparecer el Palacio de Cristal.

El palacio de sus antepasados. El símbolo del amor de su bisabuelo por su amante inglesa. En el cuadro, en mitad de ese desierto, se distinguía a una joven de largos cabellos revueltos por el viento. No supo por qué, pero la imagen le produjo gran tristeza. La joven estaba de lado y aunque el artista no había permitido que se distinguieran bien sus rasgos, Kalim estaba seguro de que lloraba. Después de años sin sentir nada, algo se instaló en su corazón. Deseaba esa pintura. Tenía que ser suya. Como el resto de comercios de esa calle, la galería estaba abierta. Tenía que hacerse con ese cuadro. Estaba dispuesto a adquirirlo al precio que fuera.

Zulima examinaba las cuentas de la galería. Todos los años aprovechaba la semana cultural para hacerlo. Era una semana en la que muchos comercios abrían fuera del horario habitual. No solía tener muchos clientes, así que aprovechaba los tiempos muertos para comprobar la contabilidad para entretenerse en las horas muertas. Tan enfrascada estaba en los números, que al principio no se fijó en el hombre que había entrado en la galería.

En condiciones normales estaría detrás del mostrador que había junto a la puerta y, con rapidez, hubiera salido a recibirlo. Sin embargo, en esta ocasión se hallaba sentada en una mesa en una esquina al fondo de la galería, lo que con toda seguridad había impedido que el hombre la viera y, por eso, recorría la galería mientras observaba todos los cuadros con atención. Le daba la espalda, lo que permitió a Zulima recorrer su cuerpo con mirada atenta sin que él fuera consciente de ello.

En estos años Zulima había tenido varios amantes, aunque a ninguno le había permitido llegar a su corazón. Era consciente de que mucha de la culpa era suya. En la intimidad, sus parejas se habían quejado de que no se entregaba al cien por cien. A menudo la acusaban de ocultar cosas y... tenían razón. El problema era que no les podía explicar el motivo. ¿Cómo explicar que vivía con un nombre falso para que su violador no la encontrase? Por otra parte, en el terreno sexual ninguno la había dejado satisfecha. Disfrutaba con el sexo, sin embargo, al acabar, se sentía vacía, como si le faltase algo. En realidad, toda ella se sentía así. En ocasiones se veía a sí misma como un puzle al que le faltase una pieza.

Continuó observando a ese desconocido hasta que se dio cuenta de que le recordaba a él. En el momento en el que ese pensamiento tomó forma en su mente, sintió un anhelo tan grande que le produjo incluso dolor físico. Hacía años que no se permitía pensar en Kalim.

Sin embargo, recordarle era inevitable porque ese desconocido se le parecía demasiado. Tan alto como Kalim, debía rondar el metro noventa de estatura, se desplazaba con movimientos tan fluidos como los suyos.

—Eres como un gato —le decía una Zulima mucho más joven, casi una niña, mientras lo veía entrenar.

—No soy ningún gato —replicó él con altanería—. Soy un tigre.

—Entonces, serás mi tigre —afirmó ella mientras sonreía.

Los recuerdos empañaron los ojos de Zulima. Se vio a sí misma como era años atrás. Joven e ingenua. Recordó la admiración con la que observaba cómo Kalim entrenaba artes marciales. Durante un momento pensó si aquel hombre también las practicaría y por eso se movía de aquella forma. Quizás por eso le recordaba a Kalim. En lo que sin duda se diferenciaba de él era en sus cabellos; mientras Kalim siempre los llevaba un poco largos, ese hombre tenía el pelo tan corto que parecía un militar.

Zulima deseó que se girara para verle el rostro y, a su vez, que no lo hiciera para no romper el hechizo en el que se encontraba sumida. Se maldijo a sí misma cuando una lágrima traicionera cayó por su mejilla. Se la secó con furia porque se había jurado a sí misma que jamás volvería a llorar por Kalim y decidió estallar la burbuja en la que se hallaba inmersa.

—Disculpe —llamó con educación para que el hombre fuera consciente de su presencia —. ¿Qué deseaba?

Kalim se quedó inmóvil al oír la voz que le llamaba. No podía ser. Era imposible. No podía ser ella. Se giró despacio y el impacto al verla fue tan grande que no fue capaz de emitir una sola palabra. Parecía que ella también estuviera sorprendida porque palideció y se tambaleó durante un instante. Sin embargo, se recuperó con rapidez. Se sujetó a la mesa que tenía delante y se recompuso con una facilidad tan asombrosa que a él le enfureció.

—Hola, Kalim —le saludó con aquella voz que le había acosado durante años en sus sueños; que aún le acosaba.

Kalim estaba furioso. Durante todos estos años había imaginado qué le diría si la volvía a ver. En su imaginación el tiempo la había maltratado y ahora la realidad se encargaba de demostrarle lo equivocado que había estado, ya que se mantenía incluso más bella de como la recordaba. Ya no era una niña, sino una hermosa mujer que le miraba con frialdad. ¿Cómo se atrevía después de estos años a saludarle como si no hubiera cogido su corazón y lo hubiera aplastado entre sus manos?

—Hola, Zulima —saludó él con una falsa frialdad que estaba muy lejos de lo que en ese momento sentía.

Zulima abrió la boca para corregirle. Ya no era Zulima. Hacía mucho tiempo que nadie la llamaba por ese nombre; sin embargo, en el último momento se dio cuenta del grave error que podía suponer darle esa información. Con pena, comprendió que en breve tendría que volver a abandonar su vida. La galería, el apartamento, su nombre... le dio pena y rabia comprender que la habían vuelto a localizar. Llevaba ocho años en esa ciudad y ya se había acostumbrado. Había pensado que no la encontrarían.

—Así que tienes una galería de arte —preguntó Kalim cuando por fin se hubo calmado lo suficiente para hablar.

La miró con cierto desprecio. El hecho de que no llevase puesto el hiyab, lo que permitía que apreciase sus cabellos, le ofendió. Era evidente que había abandonado su religión.

Zulima se limitó a asentir. Intentaba no dar más información mientras su mente trabajaba a toda prisa. Guardaba algo de dinero en casa, pero después de tanto tiempo se había confiado. Lo necesario para forjarse una nueva vida, sobre todo la documentación falsa, la guardaba en una caja de seguridad del banco. Maldijo para sus adentros al darse cuenta de que el día siguiente era festivo y no podría ir para abrir la caja y obtenerla. Dos días. Dos malditos días tendría que esperar antes de poder huir. Se había relajado después de tantos años. Se juró que si lograba escapar no volvería a pasar por esto nunca más.

—Quiero el cuadro del desierto del escaparate —exigió Kalim con brusquedad. Seguía queriendo el cuadro aunque tuviera que comprárselo a esa zorra mentirosa.

Zulima dio un respingo ante sus palabras, no solo por la violencia con la que las dijo, sino por su contenido. ¿Su cuadro? ¿Quería comprar... su cuadro? No todas las obras que se exponían en la galería eran suyas. Pero esa sí. Sintió como si se ahogara. No podía vendérselo. Estaba a la venta, pero jamás se lo vendería a él. Sería como entregarle un trozo de su alma.

—No está en venta —murmuró con voz ahogada.

Kalim elevó las cejas con sorpresa. Recordaba perfectamente el cartel del escaparate en el que se especificaba que estaba a la venta. Ella enrojeció, con toda seguridad avergonzada, porque era consciente de que le estaba mintiendo. La examinó de arriba abajo con descaro, lo que provocó que enrojeciese aún más. Estaba hermosa. Mucho más hermosa de lo que la recordaba.

La última vez que la había visto era una niña de quince años. Apenas un proyecto de la hermosa mujer en la que se convertiría. Rechazó el recuerdo de otro momento más adelante en el que la había visto con su primo. La furia que le invadió por esa imagen le recordó que era una zorra mentirosa. Sin embargo, no pudo evitar desearla. Tan pequeña y tan voluptuosa. Su larga melena del color del ébano se derramaba por su cintura y abrazaba sus caderas. Una camiseta ajustada resaltaba la curvatura de sus senos. Tan grandes y a la vez tan pequeños comparados con las manos de Kalim. Era algo que siempre le había fascinado. Lo pequeña que era comparada con él. Ese pensamiento hizo que se endureciera y eso le enfureció más al comprender que aún ejercía un gran poder sobre él. Contempló su rostro. Esos ojos color chocolate que con solo una mirada habían tenido la capacidad de hacerle caer de rodillas a sus pies. La palidez de sus mejillas. El rosa de sus labios que en ese momento hubiera dado cualquier cosa por poder besar. Lo que fuera...

Detuvo, furioso consigo mismo, el curso de sus pensamientos. La rabia que sentía era tan grande que le impedía hablar. ¿Cómo se atrevía esa zorra traicionera a hablar con él como si nada, a negarle el cuadro cuando era evidente que estaba a la venta? ¿Qué clase de embrujo le había lanzado que a pesar de los años transcurridos, a pesar de saber cómo era, la seguía deseando?

Durante todos estos años se había esforzado en intentar olvidarla y todo había sido inútil. Ahora comprendía el porqué. Porque nunca la había tenido. Si la tuviera, la exorcizaría, estaba seguro de ello. Podría olvidarla y continuar con su vida. Con esa conclusión llegó la tranquilidad que necesitaba. Su furia se atemperó con la sola idea de que, al fin, la poseería.

—Muy bien. Si el cuadro no está en venta, me iré —afirmó antes de salir de la galería con una sonrisa que a Zulima le produjo escalofríos porque contenía promesas que no le gustaron. Promesas de que volvería.

En el momento en el que Kalim abandonó la galería puso en marcha su plan y comenzó a analizar los detalles mientras se dirigía al restaurante. A pesar de haberle ordenado a su guardaespaldas que se marchara, lo descubrió esperándole en el exterior de la galería. No le extrañó. Este, al verle salir, hizo una llamada y al minuto apareció la limusina. Kalim se subió a la misma con un suspiro resignado. Una vez llegaron al restaurante en el que había quedado para cenar, ordenó a su chofer regresar a la galería. Debía esperar a que Zulima saliera, seguirla e informarle de dónde vivía. Antes de entrar en el restaurante hizo una última llamada y sonrió. La primera parte de su plan estaba en marcha. Zulima no lo sabía, pero pronto sería suya.

Cuando al cabo de dos horas sonó su teléfono para darle noticias, la sorpresa le pilló tan desprevenido que tuvo que interrumpir la reunión y salir del restaurante para continuar la conversación.

—La galería está a nombre de dos personas —le dijo su informante—. Madeleine Stone, una pintora que expone y vende su obra en la galería, y Judith Cavanagh. Esta última se encuentra ahora mismo de luna de miel ya que se acaba de casar. Sin embargo, ninguna de ellas se llama Zulima Ben Asif. En cuanto a la dirección que me mandaste, allí vive la pintora en régimen de alquiler y Judith Cavanagh figura como la dueña de la propiedad.

Fue entonces cuando Kalim supo quién había pintado el cuadro que tanto le había impactado y comprendió porqué Zulima se había negado a vendérselo. No quería que tuviera nada suyo. Lo que no aún acertaba a comprender era lo del cambio de nombre. ¿Hasta ese punto renegaba de su pasado?

—Mándame una foto de la pintora —ordenó Kalim solo para estar seguro, aunque ya sabía que era Zulima.

Al instante, recibió la imagen en su móvil y una sonrisa triunfadora apareció en su rostro. Obtendría su venganza y se libraría de su obsesión por ella.

—Voy a explicarte lo que quiero que hagas.

Al día siguiente, Zulima oyó sonar el timbre de la casa con temor. Lo tenía todo preparado para huir. Había hecho ya las maletas y el lunes a primera hora iría al banco a buscar los documentos y el resto del dinero que le permitiría irse a otra ciudad e iniciar una nueva vida. Sin embargo, el insistente timbre de la puerta le hizo sospechar quién se encontraba al otro lado, y en ese momento, comprendió que era demasiado tarde para escapar.

—Zulima. Abre. Sé que estás en casa.

La voz de Kalim le produjo escalofríos a pesar de oírse amortiguada por la puerta. No se

consideraba una persona cobarde, así que aunque la idea de volverle a ver le provocaba sudores fríos, decidió enfrentarle. Se acercó a la puerta con falsa valentía y la abrió. Tal y como le había sucedido el día anterior al verle en la galería, quedó impactada con su presencia. Sus ojos del color del musgo se fijaron en ella y le recorrieron del cuerpo de forma insolente. Ella se sintió desnuda frente a su mirada a pesar de ir completamente vestida.

Kalim recorrió las suaves curvas de Zulima y se excitó de inmediato. Sus labios rosados lucían algo temblorosos denotando que no estaba tan tranquila como quería aparentar. Esos pechos que se desbordaban por el escote de la camiseta y que provocaban que le ardieran las manos con el deseo de acariciarlos. Deseó que se girara para poder admirar su trasero como no había podido hacerlo el día anterior. Aunque la despreciaba por haber renunciado a sus raíces y no vestir con el recato de su país, en ese momento agradeció poder apreciar todas sus curvas.

—¿Me dejas pasar? —le pidió con educación.

Ella le miró en silencio durante unos segundos y al final accedió con un suspiro. Le hizo un gesto para que pasara y le precedió hasta el saloncito de la casa, permitiéndole admirar su trasero, que se veía tan prieto como él había imaginado. No quedaba nada de la pudorosa jovencita que recordaba. La falta de hiyab y esas ropas occidentales hicieron que su desprecio por ella se hiciera aún mayor.

—¿Qué quieres? —preguntó Zulima en un murmullo ahogado.

Él observó las maletas que había junto a la puerta y sonrió. Le había ahorrado el trabajo de obligarla a hacer el equipaje.

—Quiero lo que se me negó hace ya tantos años —afirmó con dureza—. Quiero que seas mía.

Zulima palideció ante sus palabras. Sintió náuseas porque no tuvo dudas de lo que le estaba diciendo. Aun así, quiso dejarlo claro:

—¿Quieres acostarte conmigo? —preguntó con lo que intentó que fuese una voz firme.

—Follarte... para ser más exactos —aclaró él con crudeza.

Zulima palideció aún más, si es que eso era posible. Le costaba creer que, después de todo lo que le habían hecho, tratara todavía de humillarla. Le miró con incredulidad y tristeza. Ese hombre tenía el mismo aspecto que Kalim, hablaba como Kalim, pero no era el Kalim que ella había amado.

—¿Qué te pasó? —No pudo evitar preguntar. Algo tenía que haber sucedido para que el joven al que amaba se hubiera convertido en aquel hombre cruel que ahora tenía frente a sí.

—Me pasaste tú, querida —afirmó él con una sonrisa en la que se denotaba el placer que

le producía el humillarla, al tiempo que se cernió sobre ella en toda su estatura, lo que provocó que Zulima comenzase a temblar ante su cercanía.

A Kalim le gustó verla asustada. Eso era justo lo que quería. Doblegarla, humillarla, poseerla y, por último, abandonarla.

—Me alegra ver que has hecho las maletas, eso nos ahorrará tiempo. Coge tus cosas y ven conmigo —le ordenó con voz acerada al tiempo que señalaba hacia la puerta.

Zulima negó con la cabeza sin moverse del sitio. ¿Que le siguiera? Se había vuelto loco.

—¿A dónde? —preguntó con incredulidad.

—Serás mi amante hasta que me canse de ti —anunció Kalim con frialdad—. No te preocupes. Te instalaré en un piso y no te faltarán los lujos. Cuando me aburra de ti, podrás regresar a tu vida.

Al ver que Zulima ignoraba sus órdenes y lo único que hacía era mirarle asombrada, Kalim le lanzó a su vez una mirada fría que la sacó de su inmovilidad y la hizo retroceder con temor para alejarse de él.

—Si no haces lo que te pido —la amenazó indolente—, me encargaré de que tú y tu amiga perdáis la galería y esta casa. Tenéis una hipoteca bastante importante con el banco. Sería una pena que os exigieran el pago de la deuda y no le pudierais hacer frente.

Zulima se asustó ante sus palabras, sin embargo, necesitaba fingir que no la amedrentaba; de lo contrario, la destrozaría.

—No iré contigo a ningún lado —afirmó con fingida altanería.

Kalim la evaluó durante unos segundos y comprendió que tendría que usar todas sus cartas aunque no le gustara.

—Creo que el marido de tu amiga acaba de obtener un ascenso. Sería una pena que en lugar de ascenderlo le despidieran.

Zulima le miró horrorizada. ¿Sería capaz? ¿Tendría tanto poder? Con su padre lo habían hecho, o eso creía. Había sido demasiada casualidad tanta mala suerte; aun así, no podía estar segura de que no fuera un farol para coaccionarla.

—¡Vete de esta casa! —le ordenó con los dientes apretados por la furia al tiempo que señalaba hacia la puerta. ¿Cómo se atrevía a venir a su casa y exigirle...? Se puso enferma solo de pensar en lo que pretendía.

Kalim entrecerró los ojos y evaluó la situación. Se dio cuenta de que Zulima pensaba que no iba en serio, que se había echado un farol. Quizás pensaba que todavía era el muchacho

imberbe al que había engañado, pero le demostraría quién era ahora; en qué clase de persona se había convertido gracias a ella. Haría lo que fuera necesario, pero no abandonaría el país sin ella.

—Está bien —fingió claudicar con una sonrisa burlona—. Te daré tiempo para que lo pienses. Aquí tienes mi número de teléfono —le dijo mientras depositaba una tarjeta encima de una mesa—. Llámame cuando comprendas que no te queda más remedio que aceptar.

—¡Jamás aceptaré! —exclamó ella con furia mal contenida.

—Aceptarás —vaticinó él con aquella sonrisa cruel—. Y, por cierto, no intentes huir porque voy a hacer que te sigan —advirtió antes de marchar—. Si lo intentas, me lo tomaré como que quieres que te ayude a decidirte y te llevaré a la fuerza. Es una promesa.

En ese punto, Zulima estaba completamente aterrorizada. Empezaba a sospechar que no era ningún farol; que realmente era capaz de hacer las cosas con las que la estaba amenazando.

—Te quiero dispuesta y complaciente —continuó Kalim—. Sin embargo, si no vienes por tu propia voluntad... te obligaré —sentenció con crueldad.

Zulima miraba horrorizada la puerta por la que Kalim había salido y temblaba de forma incontrolable. Con la espalda apoyada en la pared, se fue deslizando y cuando las piernas le fallaron acabó sentada en el suelo. Encogió las piernas y escondió la cabeza entre las mismas. Solo en ese momento se permitió romper a llorar.

VII

Tan solo dos días hicieron falta para que Zulima comprendiera que las palabras de Kalim no habían sido una simple amenaza. Tal y como él le había advertido, no tardó en darse cuenta de que había encargado a uno de sus hombres que la vigilase. En cuanto salió de casa para ir a trabajar vio aparcado frente a ella un coche con un hombre de aspecto árabe en su interior que la siguió hasta la galería. El coche permaneció aparcado en la acera de enfrente durante toda la mañana y la siguió, obediente y disciplinado, en su regreso a casa.

Durante unos instantes de locura pensó en recurrir a la policía, aunque al momento se dio cuenta de lo inútil de su actuación. No había nada que se pudiera hacer contra la todopoderosa familia real de Salima. No había conseguido nada cuando había denunciado a Brahim y Zahir hacía ya tantos años, así que, ¿qué iba a conseguir si acusaba a Kalim de acosarla? Nada.

Una vez descartada la huida —era evidente que la vigilaban las veinticuatro horas—, trató de seguir con su vida y fingir que Kalim no había vuelto a entrar en ella. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que sus amenazas no habían sido vanas y que no estaba dispuesto a olvidarse de ella.

Cuando llegó la carta del banco a nombre de Judith Cavanagh, la abrió sin darle mayor importancia. Judith le había pedido encargarse de la correspondencia en su ausencia y avisarla si llegaba algo importante. Cuando leyó lo que contenía la misiva no pudo evitar que las manos le temblaran y los ojos se le llenaran de lágrimas de rabia. El banco le comunicaba que su deuda había sido transferida a otro banco. No hizo falta leer el nombre del banco para saber que, fuera el que fuera, sin duda sería propiedad de Kalim.

Llamó a Judith para comunicárselo con un nudo de angustia en su interior. Esta se mostró algo preocupada por las noticias, pero tampoco le dio mucha importancia:

—Supongo que es normal que nos informen a todos los clientes si se produce un cambio de dueño del banco. ¿Sabes que en el trabajo de Michael también ha habido cambios? —le comentó despreocupada—. Han comenzado las negociaciones con un jeque árabe de... no sé, no recuerdo. Uno de esos países que a ti tanto te fascinan.

Las palabras de Judith la marearon y las náuseas comenzaron a trepar por su garganta al darse cuenta de que Kalim había extendido sus tentáculos para presionarla.

—*Creo que el marido de tu amiga acaba de obtener un ascenso. Sería una pena que en*

lugar de ascenderlo le despidieran.

En ese momento comprendió que sus palabras no habían sido simples amenazas. Estaba dando los primeros pasos en previsión de su negativa a obedecerle. Zulima continuó hablando con Judith como una autómata. Respondió con monosílabos porque no era capaz de seguir la conversación y en cuanto le fue posible colgó el teléfono con las manos frías. Estaba helada. Comprendió que no tenía salida. Si huía, aun en el hipotético caso de que lograra hacerlo, estaba segura de que él cumpliría de todas formas su amenaza aunque solo fuera por venganza. ¿Merecía la pena arriesgarse? Estaba tan cansada... Llevaba demasiados años huyendo y ya no tenía fuerzas. Estaba cansada de mentir sobre su vida. Cansada de mirar por encima del hombro.

Quizás fuera el momento de rendirse. Cogió la tarjeta que estaba encima de la mesa en el sitio exacto donde la había dejado Kalim, ya que había carecido del valor para tirarla, y con manos temblorosas marcó su número.

Kalim sintió un instante de júbilo al ver quién le llamaba. No había tardado mucho. Ni siquiera le había hecho falta llevar a efecto sus amenazas porque, aunque en el fondo de su ser sabía que no era lo correcto, por tenerla estaba dispuesto a cualquier cosa. Hasta hacer daño a inocentes a pesar de saber que no estaba bien. Sin embargo, no le importaba. Llevaba demasiados años muerto en vida. Desde su traición. Jamás renunciaría a su venganza. Zulima sería suya a costa de lo que fuera, pero la quería entregada y sumisa, como se la veía en aquel maldito vídeo que no era capaz de olvidar.

—¿Qué es lo que quieres? —La voz de Zulima era un murmullo ahogado al otro lado del teléfono.

Kalim sonrió y se estiró con satisfacción en el sofá en el que estaba sentado y le dijo la verdad. La única posible:

—Te quiero a ti desnuda y arrodillada frente a mí.

La línea quedó en silencio durante unos segundos. Kalim supuso que estaría valorando sus opciones. Si fuera lista se daría cuenta de que en realidad podía conseguir muchas cosas. Estaba dispuesto a ser un amante generoso y así se lo hizo saber:

—Si te portas bien, te recompensaré por ello. —Su voz se tornó sedosa—. Te cubriré de joyas y podrás quedarte con todos los regalos cuando nos separemos.

—¿Cuándo nos separemos? —preguntó Zulima con una carcajada histérica. Kalim notó cierta incomodidad al percibir el temblor de su voz, aunque la desechó al instante:

—Sí. No pretendo que nuestra unión sea muy larga, la verdad. Cuando me canse de ti podrás volver a tu vida, aunque mucho más rica de lo que eras antes.

—Me iré contigo si me juras que dejarás a Judith y a Michael en paz. Sin embargo, no voy a acostarme contigo de forma voluntaria—anunció Zulima con el mismo temblor en la voz—. Me tendrás que violar —le amenazó con voz ahogada.

Kalim rio. Era una actriz increíble. Sin embargo, él se encargaría de desmontar todo ese artificio para dejar salir a la zorra que era en realidad.

—Follarás conmigo —afirmó con crueldad—. Y te gustará.

Zulima esperaba con las maletas en la calle cuando vio llegar la limusina. No le sorprendió encontrarse que Kalim no estuviera en su interior. Ahora que había conseguido doblegar su voluntad, no le concedía la suficiente importancia como para compartir con ella el viaje hasta el aeropuerto. No sabía a dónde se dirigían. En realidad, no importaba.

Kalim solo la había llamado para avisarla de que estuviera con la maleta preparada para irse de viaje, pero se había negado a informarla del destino. Ella suponía que la llevaría a alguno de los múltiples apartamentos que poseía por el mundo. Le sudaban las manos por los nervios, así que se las secó al traje que llevaba puesto. Tragó con dificultad, ya que sentía la garganta seca. Le latía el corazón tan rápido que tenía la sensación de que le iba a dar un infarto de un momento a otro.

«¿Qué demonios estoy haciendo?» se preguntó con consternación una vez se subió a la limusina aunque, en el fondo, lo sabía.

Podía engañarle a él pero no a sí misma. No había dejado de amar a Kalim. Por eso había cedido a sus chantajes. Sabía que llegado el momento no habría ninguna violación. Durante años había fantaseado con lo que sentiría. Mientras se acostaba con otros hombres no había podido evitar preguntarse si con él sería igual; o si, por el contrario, Kalim tendría la capacidad de hacer que dejara de sentirse incompleta.

Con tristeza, recordó los sueños que había tenido de convertirse en su esposa y que chocaban con la cruel realidad de que se convertiría en su amante de usar y tirar. Lo que no entendía era por qué la odiaba tanto. Porque eso era evidente en la forma en la que se dirigía a ella. Sabía que había hombres que consideraban que cuando una mujer era violada era porque de alguna forma ella lo había provocado. ¿La culparía por no haberse resistido? No lo sabía. Lo único que sabía era que estaba cansada. Era el momento de dejar de luchar y aceptar lo inevitable. Quizás entonces podría seguir adelante con su vida. Volver a ver a su padre. Trató de animarse pensando en esa posibilidad.

No tardaron mucho en llegar al aeropuerto donde les esperaba un avión privado. Con

sorpresa, Zulima observó que Kalim tampoco se encontraba en su interior. Cuando preguntó a la tripulación, nadie le supo o le quiso dar explicación alguna y tampoco quisieron informarla del destino del viaje. Seguían órdenes de Kalim que, sin embargo, había autorizado que si la joven deseaba bajarse del avión, lo permitieran.

—Lo único que nos pidió fue que le transmitiéramos que si se bajaba del avión se atuviera a las consecuencias —le informó muy avergonzada la auxiliar de vuelo—. Debe ponerse esta ropa. En caso de negarse, nos veremos obligados a pedirle que abandone el avión.

Zulima enrojeció de furia ante sus palabras, aunque se limitó a asentir en silencio y tomar la bolsa que le entregaba la auxiliar de vuelo y que contenía la ropa que Kalim quería que se pusiera. No era culpa de esa chica que Kalim la tratara con ese menosprecio.

—Está bien —murmuró entre dientes—. No voy a bajarme.

—Comunicaré al capitán que puede despegar —se apresuró a decir la auxiliar con cierto alivio.

A los cinco minutos despegaron hacia un destino incierto. La auxiliar le indicó dónde estaba el dormitorio del avión para que se cambiara. Con vergüenza, Zulima comprobó que la bolsa contenía un caftán y un hiyab. Era una manera sutil de indicarle que se avergonzaba de su forma de vestir. Por un lado, deseó poder tirárselo a la cara. Si había abandonado sus raíces y su religión había sido por su culpa, por la persecución a la que se había visto sometida y que la había obligado a adoptar otra vida. Una en la que no la pudieran localizar con facilidad. ¿Con qué superioridad moral se atrevía a reprochárselo? Durante unos instantes se planteó la posibilidad de desafiarle y negarse a ponerse aquellas prendas, aunque pensó que en ese caso, con toda seguridad, la tripulación tendría la orden de no dejarla descender del avión, así que con resignación decidió que era mejor ceder y se las puso. Había sufrido tanta tensión durante los últimos días que se encontraba agotada; tanto, que se tumbó en la cama del dormitorio y sin darse cuenta durmió durante el resto del viaje. Despertó en el preciso instante en que aterrizaban.

La auxiliar le indicó que habían llegado a su destino y Zulima se dirigió hacia la salida con el corazón acelerado. Se abrió la puerta del avión y cuando descendió por la escalerilla no pudo evitar un gemido angustiado al reconocer el paisaje que aparecía ante sus ojos y comprender cuál había sido su destino.

Había regresado a Salima.

Hacía veinte años que no pisaba el país que la había visto nacer y, aunque lo había echado terriblemente de menos, sabía que la última cosa que debería hacer era estar allí. No se lo había esperado. Cuando Kalim le había exigido que se fuera con él, había supuesto que la llevaría a alguno de los apartamentos que tenía repartidos por algunas capitales europeas. Jamás habría

imaginado que el destino sería su propio país.

Con temor, miró al pie de la escalerilla casi temiendo ver a Brahim; sin embargo, lo único que vio fue al chófer de otra limusina que le esperaba. Con manos temblorosas se apoyó en la barandilla para descender temiendo lo que se podía encontrar en el interior del vehículo, aunque se dio cuenta de que sus miedos eran infundados al comprobar que, al igual que había ocurrido en Estados Unidos, Kalim no se había dignado a ir a buscarla y no había nadie dentro.

El chófer se hizo cargo del equipaje de Zulima que le había entregado el personal del avión y la instó a subir al vehículo.

—¿A dónde nos dirigimos? —preguntó atemorizada.

—No me está permitido proporcionarle esa información —respondió el chófer con frialdad. Era evidente que a él no le avergonzaba la situación. Quizás hasta pensaba que Kalim pretendía darle una sorpresa a su última amante y le parecía incluso entretenido.

El viaje transcurrió en el silencio más absoluto, ya que aunque Zulima albergaba un montón de preguntas, estaba segura de que el hombre tenía órdenes de no contestar a ninguna de ellas. Tensa, comprobó todo el camino para asegurarse de que no se dirigían al palacio real. Estaba dispuesta a lanzarse del vehículo en marcha si comprobaba que ese era su destino. Sin embargo, no tardó mucho en saber que no iban en esa dirección. Cuando comprendió cuál era su destino, se dio cuenta de que Kalim era incluso más cruel de lo que había pensado.

—*¡Dios mío! Es un palacio en miniatura —había exclamado Zulima la primera vez que lo había visto con tan solo nueve años.*

Recordó cuando Kalim y ella se habían adentrado en el desierto como un juego. Se habían retado el uno al otro a internarse en el desierto y llegar hasta el Palacio de Cristal. Había sido construido por un antepasado de Kalim en mitad del desierto para su amante inglesa, a la que amaba con locura. Contaba la leyenda que la amante le había abandonado, pero que él había conseguido que le perdonara, que volviera a su lado y al final la había convertido en su reina.

La visión del Palacio de Cristal le produjo una honda tristeza. Y los recuerdos la asolaron. Recuerdos de otra época. De otra vida. De la primera vez que le había dicho que la amaba.

—*Dueña de mi corazón —recordó como Kalim la llamaba mientras tomaba su mano y la miraba con dulzura.*

—*¿Por qué me llamas así? —había preguntado Zulima con el corazón acelerado.*

—*Porque eres la dueña de mi corazón —había afirmado Kalim con pasión—. Mi corazón ya no es mío, porque me lo has robado.*

Zulima dejó que los recuerdos se alejaran. Eran demasiado dolorosos para permitir que se

quedasen. En el instante en el que se bajó de la limusina con el corazón encogido, se abrieron las puertas del palacio y, por fin, frente a ella estaba Kalim.

Vestido con la ropa tradicional, representaba lo que era: un guerrero. Un hombre capaz de robar aquello que se le negaba sin importarle las consecuencias de sus actos. Una vez más, Zulima comprendió que ya no era el joven que una vez había amado. Nada quedaba de él. Se negaba a creer que ese joven nunca hubiera existido.

Kalim miró a Zulima con satisfacción. Por fin la tenía donde quería. A su merced y dispuesta a obedecerle y complacerle.

Ordenó al chófer que dejara el equipaje de Zulima en la habitación principal; la que él mismo ocupaba cuando se alojaba allí. El Palacio de Cristal era su refugio. Ningún otro miembro de la familia real lo visitaba. Su primo Brahim no iba nunca porque se quejaba de que le faltaban comodidades y, sobre todo, se quejaba de la ausencia de un ejército de criados que se ocuparan de sus necesidades, porque si bien acudía personal a diario para hacer las comidas cuando Kalim se encontraba en él, el resto del tiempo solo lo hacían una vez a la semana para realizar labores de limpieza y mantenimiento.

A Kalim le había parecido el sitio perfecto para alojar a Zulima hasta que se cansara de ella. No quería que Brahim supiera de su presencia en el país. No estaba seguro de que ella no tuviera la tentación de acostarse de nuevo con su primo. En esta ocasión no sería capaz de pasarlo por alto y, la verdad, no deseaba tener un enfrentamiento con él por una mujer que no lo merecía, ya que no estaba dispuesto a compartirla.

Estaba seguro de que, aunque Zulima había protestado y se había hecho la ofendida, en el fondo estaba encantada con sus atenciones y seguro que se había imaginado una vida de odalisca. Llevarla allí sería una manera de que se diera cuenta de que se equivocaba. No tendría un ejército de criados a su disposición.

Zulima, por su parte, se sentía cada vez más humillada. Llevarla al Palacio de Cristal era la última burla de Kalim hacia el profundo amor que le había profesado. Convertirla en su amante en el mismo sitio donde le había jurado convertirla en su esposa era el golpe de gracia. Con esfuerzo, trató de endurecer el corazón. No le permitiría que supiera el daño que le había hecho. Que aún le hacía.

—Pasa, querida —la saludó Kalim al tiempo que tomaba su mano para instarla a que entrase en el palacio—. Estoy seguro de que recuerdas el Palacio de Cristal.

Con satisfacción, notó un ligero temblor en su mano y le alegró comprobar que no estaba tan serena como trataba de aparentar.

La frialdad con la que la saludó y el recuerdo de los momentos pasados en ese palacio fueron como una puñalada para el corazón de Zulima. Apartó su mano de la de Kalim como si le repugnara y le miró con la misma frialdad con la que él actuaba.

—Quisiera saber con exactitud lo que esperas de mí —exigió saber ella.

—¿Lo que espero de ti? —Kalim rio sin poder evitarlo—. Es un poco tarde para eso, ¿no crees? Eso deberías habérmelo preguntado en Estados Unidos. Además, ya te dije lo que espero de ti: follarte una y otra vez hasta que me canse de ti y te devuelva a tu casa.

Zulima palideció por la crudeza de sus palabras, pero no se dejó intimidar. No le permitiría que la humillara más de lo que ya estaba haciendo al llevarla allí.

—Me has hecho regresar a Salima con amenazas y aquí estoy, pero si esperas que sea una amante complaciente... te vas a llevar una decepción.

—Desnúdate —le ordenó Kalim con frialdad y con la idea de humillarla.

—No —replicó ella con voz tensa.

—¿No? —preguntó él con sorpresa—. Creo que no lo has entendido. Si no me complaces como deseo, destruiré a tu familia, a tus amigos, a todo aquello que conoces.

Aunque no dudaba de sus palabras, allí en ese palacio, en el lugar donde él le había declarado su amor, en el que había tenido los recuerdos más hermosos de su vida, no se entregaría a él por voluntad propia. Sería como traicionar ese amor, porque aunque él ya no la amara, ella aún creía que cuando se habían jurado amor eterno allí mismo, cuando apenas eran unos niños, aquel amor había sido algo real, verdadero. Tal vez aquel sentimiento no había sido capaz de superar el paso del tiempo, pero nada lograría empañar aquel recuerdo.

—Si quieres... follarme —hizo un esfuerzo por pronunciar esa palabra—, me tendrás que violar.

Kalim la miró con rabia durante unos segundos. ¿Cómo podía estar frente a él tan orgullosa como una reina y negarle aquello a lo que tenía derecho? Ella no era nadie; era una zorra, una buscona. ¿Por qué le negaba lo que sin ningún pudor le había entregado a su primo? De pronto, una idea atravesó su mente. ¿Por qué le había seguido tan alegremente y se había plegado a sus deseos para una vez aquí negárselos? ¿Acaso lo único que pretendía era reanudar su relación con Brahim? A fin de cuentas, el heredero de la corona era su primo y no él. Se apartó de ella con desprecio y la miró con suspicacia.

—¿Por qué has venido si no es para darme lo que quería? Te dije claramente cuáles eran mis intenciones: follarte hasta que me cansara de ti. ¿Acaso estás buscando encontrarte con Brahim?

Zulima palideció horrorizada ante semejante posibilidad. Retrocedió unos pasos para alejarse de Kalim, al tiempo que susurraba con un hilo de voz:

—No quiero verle.

Kalim no creyó sus palabras. Era muy buena actriz, casi parecía... asustada. Como si la posibilidad de reencontrarse con su antiguo amante le produjera algún tipo de temor. Quizás era eso. Con toda seguridad, Brahim le habría dicho que no quería volver a verla.

—No creo que Brahim esté interesado en ti. Tu hermana le mantiene bastante entretenido.

Sus palabras se clavaron en ella como un puñal. Hacía muchos años que no veía a su hermana, desde que la había visitado en el hospital antes de irse con Brahim.

—¿Por qué mientes? —le había preguntado Sulaima con frialdad en el hospital—. Brahim habría sido incapaz de hacerte algo así.

—Yo no he dicho que me lo hiciera Brahim. —Zulima, presa de la angustia, intentaba defenderse en vano—. Eso es lo que sospecha la policía. Yo no sé lo que pasó. No recuerdo nada. Me he limitado a contar que lo último que recuerdo es estar con Brahim y Zahir en la habitación del hotel antes de desmayarme.

—¿Y por qué estabas con ellos en esa habitación? —le preguntó Sulaima con altanería—. ¿Acaso eso era lo que buscabas? ¿Qué te follase?

Las lágrimas se derramaron por las mejillas de Zulima. No podía creerse que Sulaima le estuviera hablando así, cuando había sido por culpa de sus actos por lo que habían sido desterrados de Salima; cuando su propia hermana había sido la responsable de que la hubieran separado de Kalim y ahora él hubiera encontrado a otra mujer.

Aquel fue el último día que vio a su hermana. Fue la propia policía la que le contó posteriormente que se había ido a Salima con Brahim.

—Te daré unos días para que analices tus opciones. Si no te entregas de forma voluntaria, no me interesas. Yo no violo mujeres—le explicó Kalim, al tiempo que le lanzaba una mirada cargada de desprecio—. Lo único que quiero de ti es follarte. Si no estás dispuesta, te subiré a un avión y te devolveré a tu país, y luego me encargaré de destruir la vida de todas las personas que te importan.

Zulima le miró con horror y tristeza. El hombre que le hablaba con ese desprecio y crueldad no era el mismo Kalim que allí mismo donde se encontraban le había jurado que la amaba. Decía que la devolvería a su país, como si ella no hubiera nacido en Salima. Como si no llevara la arena del desierto en sus venas. Vio cómo Kalim se alejaba de ella y salía del palacio sin mirar atrás para dejarla a solas, rodeada de sus recuerdos. Solo entonces, se permitió caer al

suelo de rodillas y romper a llorar.

VIII

Kalim salió de su cuarto del palacio real de Salima de mal humor. Habían pasado dos semanas desde que dejara a Zulima en el Palacio de Cristal. Se había negado a ponerle las cosas fáciles. No quería que nadie supiese que ella estaba allí, así que solo habían quedado un par de personas del servicio de su entera confianza que sabía que no le traicionarían. Esperaba que Zulima, tras estas dos semanas, hubiese comprendido que todo sería mucho más fácil si empezaba a comportarse como una amante complaciente.

Estaba seguro de que su encaprichamiento por ella no dudaría más allá de poseerla. Además, sabía que era peligroso conservarla demasiado tiempo. Corría el riesgo de que llegase a oídos de su primo que Zulima se encontraba en el país. No podría mantener mucho tiempo al resto del personal alejado del palacio o pronto alguien sospecharía. Todo el mundo sabía que le gustaba permanecer en él todo el tiempo que sus obligaciones se lo permitían, y el hecho de no permitir que fuera todo el personal que se encargaba de las labores de limpieza cuando no estaba en el mismo era poco usual.

Entró en uno de los saloncitos de palacio y se encontró con su primo Brahim recostado cómodamente en uno de los sillones, con el móvil en una mano y masturbándose con la otra. A Kalim se le revolvió el estómago. Solo a su primo se le podía ocurrir hacer eso en un lugar en el que le podía encontrar cualquiera.

—¡Joder, Kalim! —exclamó Brahim con voz entrecortada sin cejar en sus movimientos—. Es el mejor polvo que he echado en mi vida. Me alegro de conservar el vídeo.

Kalim palideció ante sus palabras porque sabía a lo que se refería. El vídeo que a lo largo de los años le había visto contemplar una y otra vez. No era la primera vez que se encontraba esa misma escena, su primo masturbándose mientras recordaba cómo él y Zahir se habían follado a Zulima. Antes de que Kalim, asqueado, pudiera abandonar el cuarto, oyó el grito de satisfacción de su primo al eyacular y, como siempre, tuvo que contener las náuseas. Se enfureció consigo mismo por permitir que eso le afectara. Aún después de tantos años seguía sintiendo el mismo asco y la misma vergüenza que la primera vez. Sin embargo, se juró que esta sería la última. Volvería al Palacio de Cristal esa misma tarde y, antes de que llegase la noche, Zulima sería suya. Se entregaría a él o destruiría a todas y cada una de las personas a las que amaba.

Zulima recorría los jardines del Palacio de Cristal con tristeza. Habían pasado dos semanas desde el día en que Kalim la había dejado sola. No había vuelto a saber de él. Al haberle quitado el móvil cuando había subido al avión, tampoco había podido comunicarse con nadie. Solo tenía a su amiga Judith, y aun en el caso de que hubiera podido llamarla, ¿qué hubiera podido hacer por ella? Nada.

Cuando tomó la decisión de irse con Kalim la había llamado para informarle de que debía abandonar el país de forma apresurada y que no sabía cuándo regresaría. Sabía que Judith se había visto obligada a regresar de su luna de miel para hacerse cargo de la galería, sin embargo, no había nada más que hubiera podido hacer. Eso era mejor que permitir que Kalim les destrozara la vida a ella y a Michael.

Todos los días esperaba que Kalim apareciera con nuevas exigencias y, al ver cómo llegaba un nuevo amanecer sin su presencia, Zulima notaba poco a poco que la tensión por la espera le pasaba factura. En ese palacio el peso de los recuerdos le destrozaba el alma.

No sabía si Kalim había sido deliberadamente cruel al llevarla allí o simplemente lo ocurrido entre ellos había tenido tan poca importancia en su vida que no era consciente del dolor que le provocaba su estancia en el Palacio de Cristal. Se sentía sola, triste y deprimida. El primer día había llorado hasta quedarse sin fuerzas y ahora, dos semanas después, comprendía que quizás lo mejor fuera acceder a sus pretensiones. Cuanto antes lo hiciera, antes podría abandonar ese lugar.

Con el paso de los días se había dado cuenta de que el Kalim y la Zulima que se habían jurado amor eterno en aquellos jardines ya no existían. Kalim hacía mucho tiempo que había dejado de amarla, aunque no podía culparle. El peso de los años era muy grande. Era consciente de que había sido una ingenua. Que se había aferrado a aquel amor de niños y había esperado de él más de lo que había sido capaz de darle. Había esperado que no la olvidara, que la amara tanto como ella le amaba. Estos días rodeada de recuerdos le habían permitido comprender lo absurdo de sus pretensiones. Lo que todavía no comprendía era por qué se había convertido en el objeto de sus desprecios.

Sumida en esos pensamientos, tardó un poco en ser consciente del sonido de un vehículo que se acercaba. Con ansiedad, se dirigió hacia la puerta del palacio.

Kalim salió del *jeep* que él mismo había conducido hasta el Palacio de Cristal. Se había negado a que le acompañara ningún guardaespaldas y, en esta ocasión, se había asegurado de que obedecieran sus órdenes. Cuanta menos gente supiera de la presencia de Zulima, mejor. No era la primera vez que exigía estar a solas, aunque era consciente de que solo tendría unos días. En cuanto su tío lo supiera, mandaría a alguien. De todos modos, se preocuparía por ello más

adelante. Lo único que le importaba era que tenía a Zulima a su merced y en esta ocasión no permitiría que lo rechazase.

Descendió del vehículo en el preciso momento en el que se abrió la puerta de entrada de palacio y de ella salió Zulima, que le miró con sorpresa.

Su visión le impactó. Estaba demacrada. Se notaba que en estos días había adelgazado. Eso hizo que durante unos instantes se sintiera culpable por tenerla allí; sin embargo, el recuerdo del vídeo que esa misma mañana había visto su primo hizo que recordara el tipo de zorra traicionera que era y que endureciera su corazón.

—¿Has tomado una decisión? —le preguntó con semblante serio al tiempo que subía las escaleras de entrada sin darle tiempo a reaccionar. Hizo un gesto para que el criado que se acercaba se alejara de su presencia y los dejara a solas.

Zulima, asustada por el ímpetu con el que Kalim avanzaba hacia ella, retrocedió de espaldas hacia al interior hasta que se encontró acorralada contra una columna. Kalim se le acercó tanto que sintió como si le hubiera robado el aire.

—¿Qué quieres de mí? —susurró ella a punto de desmayarse. Le parecía que había hecho demasiados esfuerzos para poder echar un polvo, ¿por qué?, ¿qué quería de ella en realidad?

—Ya te he dicho lo que quiero de ti —respondió él de forma tediosa. Ya estaba aburrido de este juego absurdo—. Quiero follarte hasta que me canse de ti. Cuando eso ocurra, podrás marcharte. ¡Desnúdate! —exigió con voz acerada sin importarle que estuvieran en mitad de un pasillo y le pudieran oír los criados.

Zulima comprendió que en ese momento quién estaba frente a ella no era Kalim, el muchacho que había amado, sino Kalim, el jeque del desierto, dispuesto a disfrutar de su nuevo juguete.

Le miró con los ojos llenos de lágrimas y le obedeció. En estas dos semanas había comprendido que no ganaría nada si se oponía. Por algún motivo que no terminaba de comprender, el amor que un día había sentido por ella se había transformado en desprecio. Si se acostaba con él, quizás ella también encontrase la solución a su propia locura, quizás así lograrse olvidarle. Dejaría de anhelarle. Dejaría de recordarle. Quizás... hasta pudiese odiarle.

Kalim la miró con satisfacción al ver que le obedecía. Parecía una escena sacada de *Las mil y una noches*. El sultán frente a su esclava. Con manos temblorosas, Zulima fue desabrochando los botones de su vestido uno a uno. Cuando hubo terminado, lo abrió y permitió que se deslizara por sus brazos hasta caer al suelo mientras se cubría el estómago con las manos. Quedó frente a él, cubierta solo por la ropa interior y el hiyab que cubría sus cabellos.

Kalim estaba excitado. La idea de poseerla era algo con lo que había fantaseado durante tantos años que tenerla al alcance de la mano hacía que estuviera duro como una roca. Ya no le importaba que fuera una zorra traicionera ni que la hubieran poseído mil hombres. La deseaba y era hora de tenerla para poder olvidarla. Con mirada febril recorrió su cuerpo. Sus pechos se erguían orgullosos frente a él cubiertos por un sujetador de encaje blanco que le daban cierto aspecto virginal que le desagradó.

—¡Quítate el sujetador! —le ordenó sin importarle las lágrimas que comenzaban a manchar sus mejillas.

Ella apartó las manos que tenía cruzadas sobre el estómago para obedecerle y fue en ese instante cuando Kalim lo vio. Se acercó como un resorte para llegar junto a ella y le sujetó los brazos para impedir que se moviera. Contempló el tatuaje que cubría su estómago y que Zulima había empleado para intentar ocultar el símbolo de su humillación. Kalim lo tocó con un dedo y notó la cicatriz que ocultaba, la recorrió y, al comprender lo que significaba, palideció de furia:

—¡Qué demonios es eso!

Zulima le miró a los ojos. Era tanta la ira que percibió en ellos que le produjo temor. Durante unos momentos, temió que la golpeará.

—¿No es evidente? —murmuró con voz ahogada. No entendía su furia. Él ya debía de saberlo. O quizás no conocía todos los detalles e ignoraba que su primo la había marcado como si de tratase de una más de sus propiedades.

—¡Eres una zorra! —gritó Kalim al tiempo que la empujaba para apartarla de su lado provocando que cayera al suelo. El deseo que sentía por ella estaba muerto. Ahora le repugnaba tocarla—. ¡Cómo permitiste que te marcara de esa forma!

Zulima quedó hecha un ovillo en el suelo y con manos temblorosas tocó el tatuaje que cubría la cicatriz que hacía años evitaba tocar o incluso mirar. El nombre de ese cerdo. El mismo que la había marcado en el estómago con un cuchillo. Se sintió tan desbordada por la situación que, sin poder evitarlo, comenzó a reír; al principio con suavidad, pero finalmente con unas carcajadas que hasta ella fue consciente de la histeria que contenían. Levantó la vista hacia Kalim, que la miraba atónito, como si hubiera perdido la razón, y eso convirtió aquellas carcajadas en furia desatada.

—Eres un hijo de puta —siseó con desprecio mientras se levantaba y se limpiaba las lágrimas que habían manchado sus mejillas—. ¿Crees que yo dejé que alguno de esos cabrones me hiciera algo?

—¡De qué hablas! —exigió saber Kalim.

—¿Crees que yo deseé que esos dos cerdos me follaran? —continuó enfurecida, al tiempo que se acercaba tanto a Kalim que tuvo que levantar la cabeza para mirarle a la cara—. ¿Crees que deseé que me rompieran por dentro hasta el punto de que jamás podré tener hijos?

Kalim la miró estupefacto. No entendía nada lo que le estaba contando. ¿Habían abusado de ella? ¿Lo que había comenzado como una relación consentida se había convertido en un maltrato? Había oído que a su primo le gustaba el sexo duro y sabía que en alguna ocasión se le había ido algo de las manos, pero en ningún momento le había dado a entender que eso hubiera pasado con Zulima. En el vídeo que le habían enseñado no se apreciaba maltrato. Aun así, no fue capaz de sentirse mal por ella. Si su amante le había salido más rudo de lo que esperaba, era problema de ella por habérselo follado.

—Lamento lo que te pasó, si se les fue de las manos. Mi tío ha tenido que hablar con él a lo largo de los años por ese tipo de cosas —reconoció entre dientes—. Deberías haberlo pensado antes.

—¿Tu tío? —exclamó Zulima con una carcajada histérica mientras hervía de rabia por sus palabras—. ¿El gran rey de Salima que protege de forma cobarde a su hijo para impedir su castigo?

—¡No te atrevas a hablar mal de mi rey! —exigió Kalim con furia al tiempo que levantaba una mano para castigarla aunque en el último minuto no se atrevió a tocarla.

—Bendita inmunidad diplomática —escupió Zulima con asco y desprecio mientras recuperaba su vestido del suelo y se cubría.

—¿Qué quieres decir? —Kalim no era capaz de seguir las palabras de Zulima. No entendía de qué le hablaba.

—¿Crees que cuando me desperté en aquella habitación de hotel cubierta con mi propia sangre y el semen de esos puercos no lo denuncié? —chilló Zulima fuera de sí—. Fui al hospital y desde allí mismo presenté la denuncia. A pesar de estar llena de rastros de esos cerdos no pudieron detenerlos porque tenían inmunidad diplomática. Incluso cuando la policía acudió a Salima, Brahim se rio en su cara.

A medida que Zulima hablaba Kalim palidecía ante sus palabras. ¿Qué estaba diciendo? ¿Que la habían violado? No era posible. No podía ser. Eran viles mentiras lo que salía de su boca. Elaborados embustes destinados a confundirle. Si fuera cierto algo de lo que afirmaba, él habría sido el primero en saberlo.

—¡Calla! —le exigió Kalim al tiempo que la sujetaba por el brazo—. Eres una zorra mentirosa y no te creo ni una palabra—. La soltó con desprecio y abandonó el palacio perseguido

por los sollozos de Zulima.

Horas después, Kalim contemplaba asqueado las imágenes que había recibido en su móvil. Aunque no se había creído una sola de las palabras de Zulima. Había llamado a su investigador para poder escupirle a la cara lo mentirosa y zorra que era. Sin embargo, lo que el investigador le había enviado al móvil le había horrorizado. Tal y como ella había afirmado, había presentado una denuncia contra Brahim y Zahir. Denuncia que no había ido más allá por la inmunidad diplomática de ambos.

Denuncia n.º 2485/2006 interpuesta por doña Zulima Ben Asif contra Brahim Al Salih y Zahir Hasbún.

La denunciante afirma que el día de autos acudió a la habitación 924 del hotel Majestic acompañada de Zahir Hasbún y Brahim Al Salih porque este último le había indicado que allí podría encontrarse con su primo Kalim Al Salih. Al llegar encontró a Kalim Al Salih manteniendo relaciones con una mujer no identificada. Relata haber salido del cuarto muy afectada por lo que había visto y que Brahim Al Salih la convenció para entrar en otro cuarto del mismo hotel, donde le sirvió una bebida con la idea de tranquilizarla. La denunciante comenzó a encontrarse mal y perdió el conocimiento. Despertó horas después en la habitación de un motel desconocido, sola, desnuda, con muchos dolores y una gran hemorragia. Alcanzó su teléfono móvil y llamó a una amiga que la acercó hasta el hospital. Allí se le practicó un examen físico que determinó que había sufrido una agresión sexual (informe médico adjunto) y en el día de hoy realiza la pertinente denuncia.

A continuación, revisó el informe policial en el que se explicaba cómo un equipo policial había viajado a Salima para interrogar a Brahim, a Zahir y a él mismo y, adjunta, encontró una carta manuscrita, supuestamente escrita por él, en la que se negaba a ser molestado por aquella absurda investigación.

Horrorizado, Kalim leyó el informe médico en el que se detallaban las vejaciones a las que Brahim y Zahir habían sometido a Zulima. La habían violado en repetidas ocasiones de forma vaginal, anal y bucal, y le habían provocado múltiples laceraciones. En última instancia, habían introducido un objeto en su vagina de grandes dimensiones que le había provocado desgarros que habían ocasionado que fuera necesario extirparle un ovario. Acompañando al informe había fotografías de sus heridas. Kalim sintió ganas de vomitar al verlas.

Las náuseas le invadieron al comprender la magnitud del engaño al que le habían sometido. Recordó aquel día, cuando se había sentido mal en la ducha y luego se había despertado

desnudo en su cama. ¿Sería posible que hubiera estado allí una mujer? Zulima contaba en su declaración que le había encontrado con una, sin embargo, él sabía que eso era imposible, ¿o quizás no? En realidad, no recordaba nada de lo sucedido, tal y como relataba Zulima.

Se dio cuenta con horror de hasta dónde había llegado su primo para separarlos. Aunque no comprendía el porqué. Recordó el vídeo en el que Zulima, con los ojos cerrados, permitía que ambos la poseyeran. Con asco comprendió que ni siquiera debía estar consciente en aquel momento.

Tuvo que levantarse con rapidez al baño para vomitar. Recordó todas las veces que había encontrado a Brahim viendo el vídeo en el que violaban a Zulima una y otra vez, y cómo él había fingido cada una de esas veces que no le importaba. No solo eso, sino que había abandonado a la mujer que amaba cuando más le necesitaba y ahora que la había vuelto a encontrar, en vez de arrastrarse para conseguir su perdón, había cometido mayores vilezas contra ella.

Tardó bastante tiempo en recomponerse, en encontrar las fuerzas necesarias para enfrentarse a la mujer que amaba. ¿Cómo demostrarle la profundidad de su arrepentimiento cuando solo una hora antes la había vejado una vez más? Se avergonzó de sí mismo; de cómo había traicionado a Zulima de la forma más vil, al no creerla, al abandonarla cuando más le necesitaba. Y la había traído al Palacio de Cristal, al lugar dónde más la había amado, para humillarla aún más. Los recuerdos de todo lo dicho y hecho desde su reencuentro acudieron en tropel para avergonzarle, así como las promesas que una vez le había hecho en aquellos mismos jardines. Promesas que no había cumplido.

—Dueña de mi corazón, ¿quieres concederme el honor de ser mi esposa? —le preguntaba a Zulima un jovencísimo Kalim con el corazón en un puño.

Zulima le miró con lágrimas en los ojos y una gran sonrisa en el rostro. Sin embargo, antes de darle tiempo a que le respondiera, Kalim se arrodilló frente a ella.

—Si me aceptas, viviremos aquí —le prometió de forma apasionada—. En este Palacio de Cristal, símbolo del amor que mi bisabuelo sintió y que solo se puede equiparar con el amor que yo siento en mi corazón. Si me aceptas...

—Calla de una vez —le interrumpió Zulima, que se agachó a su lado y le besó.

Kalim sintió el pecho henchido de amor. Se levantó y arrastró a Zulima con él sin dejar de besarla. La cogió entre sus brazos. No pesaba nada. Era tan pequeña a su lado... Se juró que la amaría y la protegería por siempre. Se dirigió hacia el salón del trono y allí frente a El Bakura, le reiteró su amor.

Los recuerdos apuñalaron su corazón y le hicieron sentir aún mayor vergüenza por sus

actos. Él, que había jurado amarla y protegerla, había fallado estrepitosamente. Solo había una cosa que pudiera hacer para demostrarle a Zulima la profundidad de su arrepentimiento. Supo lo que tenía que hacer. Lo único que creía que ella aceptaría. Siempre le había fascinado la historia de su antepasado y la leyenda que rodeaba El Bakura.

Se desnudó y se duchó, ya que se sentía sucio después de lo que había leído. Quería presentarse de nuevo ante ella, limpio y con el alma desnuda. Se vistió solo con la ropa interior y unos pantalones blancos. Descalzo y con el torso desnudo, se dirigió al salón principal del palacio. Allí, en una urna, se encontraba El Bakura. Hacía cien años que nadie la usaba, desde que la había utilizado su bisabuelo para conseguir el perdón de su amante inglesa.

Con El Bakura en la mano, se dirigió en busca de Zulima y la encontró en el cuarto que debía haber ocupado estas dos semanas. Permanecía tumbada en la cama y al oírle entrar se incorporó asustada. Los surcos de las lágrimas cruzaban sus mejillas. Kalim sintió doblarse las rodillas al ver en ella a la mujer que amaba, a la que siempre había amado, a la que nunca debería haber abandonado y de la que necesitaba obtener el perdón.

Se dirigió al centro del cuarto y, sin decir una palabra, se arrodilló frente a ella, inclinó la cabeza y levantó los brazos para que viera su ofrenda. Zulima parpadeó conmovida al comprender lo que estaba sucediendo frente a sus ojos. Sabía lo que significaba. Su mente viajó a muchos años atrás, a su primera vez en aquel palacio, porque, aunque había tratado de reprimir los recuerdos, recordaba perfectamente todas y cada una de las veces que había estado allí mismo con Kalim.

Eran apenas unos niños de nueve y diez años que se habían retado el uno al otro a adentrarse solos en el desierto.

—¡He llegado yo primero! —anunció Kalim con satisfacción al verla llegar en el camello.

—¡Has hecho trampa! —exclamó ella con enfado—. Hiciste que mi padre me entretuviera para tener ventaja.

—En el amor y en la guerra... —se rio Kalim mientras corría hacia el interior del palacio para que Zulima no le alcanzara. Sabía cómo se las gastaba la mocosa.

Zulima le persiguió furiosa ante la mirada atónita de los criados, que no entendían que hacían esos niños en el palacio. Kalim se escondía de Zulima mientras esta le insultaba.

—Sal de donde te encuentras, maldita rata traidora —gritaba sin importarle quién le escuchara.

—¡No me cogerás! —se rio Kalim de ella mientras huía en dirección al salón del trono.

Zulima le vio escapar y corrió hacia él como una tromba. Entró en el salón del trono y le acorraló en una esquina. Aunque Kalim apenas tenía diez años, ya era mucho más alto que Zulima; sin embargo, a ella no le impresionaba su estatura. Se acercó a él, cegada por la ira, y le dio un puñetazo.

—¡Ay! ¡Eso duele!

—Así te lo pensarás mejor antes de volver a hacer trampas —sentenció Zulima satisfecha al haber obtenido su venganza. Se giró hacia él y le lanzó una dulce sonrisa como si fuera la mejor niña del mundo y no el pequeño diablillo que acababa de darle un puñetazo.

Kalim, en ese momento, comprendió que la quería y también le sonrió. Le tendió la mano y ella se la tomó para observar con curiosidad el gran salón del trono.

—¿Por qué está ese puñal en una urna? —preguntó fascinada.

Junto al trono, en una urna, destacaba un pequeño puñal. El mango y la funda eran de color blanco y estaban cubiertos de pequeñas joyas que relucían y emitían destellos de tal belleza que fascinaron a Zulima.

—Ese es El Bakura, el devorador de pecados —anunció Kalim con orgullo.

—El Bakura —repitió Zulima casi con reverencia—. ¿Y por qué está en una urna?

—Es una vieja historia de la familia. ¿Quieres que te la cuente? —Zulima asintió en silencio.

—Mi bisabuelo, el rey Mohamed II, sostenía que se lo había regalado un mago y que borraba los pecados del alma, siempre y cuando la persona que lo usase estuviera realmente arrepentida de ellos.

—¡Un mago! —exclamó Zulima con fascinación—. ¿Lo usó alguna vez?

—Sí —reconoció Kalim con una sonrisa satisfecha. Estaba encantado con contar con toda la atención de Zulima.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¡Cuéntamelo todo! —exigió Zulima mientras reía.

Kalim fingió gran seriedad y poniendo una voz misteriosa le contó la historia que le había contado su padre, que a su vez le había contado el suyo:

—El rey Mohamed II estaba enamorado de una mujer extranjera. La trajo a Salima y le construyó este palacio.

—¿De verdad? —preguntó Zulima mientras miraba extasiada a su alrededor.

—Sí, sin embargo, ella no era feliz porque él no se atrevía a convertirla en su reina.

—¡Nooo! —exclamó Zulima decepcionada. Se había imaginado al rey Mohamed II como

a Kalim. Un príncipe aguerrido y valiente que luchaba por su amada frente a todo y a todos.

Kalim sonrió al ver la decepción en el rostro de Zulima.

—Cuando mi tatarabuelo descubrió que Mohamed había construido este palacio para que su amante viviera en él, le obligó a que contrajera matrimonio con otra.

—¿Pero por qué no se podía casar con ella? —preguntó Zulima indignada.

—Era extranjera, Zulima, y plebeya. Ningún rey se hubiera casado con ella —afirmó Kalim con fingida altanería. Sabía que eso la enfadaría.

—¡Eres un idiota, Kalim! —Zulima se apartó para alejarse de él. Ya no quería conocer el final de la historia.

—Espera, Zulima —le pidió Kalim mientras reía—. ¿No quieres saber el final?

—No. Si acaba mal, no quiero saberlo —replicó ella con amargura.

—Acaba bien, te lo aseguro. Cuando su amada descubrió que se iba a casar con otra, huyó de su lado, y cuenta la leyenda que cuando él se enteró, enloqueció y partió en su busca. Cuando la encontró, la trajo aquí de nuevo y le suplicó su perdón una y otra vez. Sin embargo, ella no quería escucharle. Ni siquiera cuando le juró que no iba a casarse con la mujer dispuesta por su padre.

—¿Cómo consiguió su perdón? —preguntó Zulima con curiosidad.

—Utilizó El Bakura y ella le perdonó.

—¿Y cómo lo utilizó?

—Se cortó las venas frente a ella.

—¿Quééé?

—Mi bisabuelo estaba un poco loco —afirmó Kalim mientras reía—. Se presentó frente a ella y le aseguró que no concebía la vida sin ella, así que, para demostrárselo, cogió El Bakura y se cortó las venas frente a ella. Su amada quedó horrorizada con lo que había hecho y se dio cuenta de la profundidad de su amor. Le curó y jamás le abandonó.

—¿Se llegó a casar con ella?

—Por supuesto. Era mi bisabuela, de la que Brahim ha heredado esos rasgos que tanto le molestan.

—Pero El Bakura al final no tenía ningún poder —comentó Zulima con decepción. Ella había esperado una historia de magia de verdad.

—Quizás. Sin embargo, mi bisabuelo siempre mantuvo que gracias a El Bakura su

amada había comprobado la profundidad de su arrepentimiento. Si alguna vez te hago tanto daño que no puedas perdonarme, lo utilizaré para que lo hagas.

—¡Estás loco! —exclamó Zulima horrorizada—. No me imagino qué daño podrías hacerme que justificara esa locura.

Con fascinado horror, Zulima contempló cómo Kalim se arrodillaba frente a ella, se cortaba una vena primero y, con rapidez, cortaba la otra. Soltó El Bakura y permitió que la sangre fluyera mientras la contemplaba en absoluto silencio.

IX

Durante unos segundos, Zulima observó paralizada cómo la sangre salía a borbotones de las muñecas de Kalim. No se podía creer lo que él acababa de hacer. Parpadeó para obligarse a salir de la inmovilidad en la que se encontraba sumida. Kalim palideció con rapidez y cayó de rodillas frente a ella. Zulima miró a su alrededor con angustia en busca de algo que pudiera usar para detener la hemorragia. Se quitó el hiyab, cogió El Bakura que yacía abandonado en el suelo en el punto donde lo había tirado Kalim, rasgó el hiyab con él y se arrodilló a su lado en el preciso instante en el que caía hacia atrás desmayado por la pérdida de sangre. Ajustó la tela contra cada una de sus muñecas y apretó con un nudo para intentar detener la hemorragia.

—Ni se te ocurra morirte —gimió con voz llorosa y enfurecida—. Eres un imbécil. ¿Cómo se te ha ocurrido semejante idiotez?

Comenzó a pedir ayuda a gritos mientras acunaba a Kalim entre sus brazos y gemía entre sollozos:

—¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho?

Al cabo de unos segundos que se le hicieron eternos, aparecieron los criados, que lanzaron exclamaciones de sorpresa ante la situación que se encontraron.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó uno de ellos al tiempo que apartaba a Zulima con violencia del lado de Kalim.

—¡Se ha cortado las venas! —gimió Zulima.

Los criados la miraron con desconfianza y sorpresa. No sabían quién era ella en realidad ni lo que representaba para Kalim. Solo sabían que este les había exigido que nadie supiera de su presencia.

—Hemos de llamar al palacio para que venga un médico.

—¡No! —gritó Zulima presa de la histeria.

—No... llamáis... a... nadie —gimió Kalim que en ese momento recuperó la consciencia—. Nadie... debe... saber.

Los criados se miraron con impotencia sin saber muy bien qué hacer. Hasta que uno de ellos murmuró con cierta timidez:

—Yo sé algo de primeros auxilios. Mi primo Haluba es el médico del pueblo y en muchas

ocasiones le ayudé en la consulta. Necesitamos el botiquín. Ve a buscarlo —le ordenó a Zulima—. Está en el baño. Mientras tanto, nosotros llevaremos al jeque Kalim hasta la cama.

Entre los dos criados, con gran esfuerzo, lo trasladaron. Cuando llegó Zulima con el botiquín, Ahmed, que así se llamaba el criado, examinó el interior y con alivio comprobó que disponía de lo que necesitaba. Extrajo un sobre, tijeras y vendas.

—Necesitaré ayuda. Necesito que quitéis los trozos de pañuelo para poder echar estos polvos en la herida. Es Optite y hace que la sangre se coagule, después volveré a vendar las muñecas. Si a alguno le impresiona la sangre, que lo diga ahora, no quiero que nadie se desmaye.

Al ver que nadie decía nada, desanudó el amarre de la muñeca derecha. En el momento que apartó el trozo de hiyab, la sangre volvió a manar de forma profusa. Con rapidez, echó los polvos y vendó de nuevo la herida. A continuación, repitió el mismo procedimiento con la muñeca izquierda.

Cuando acabó, todos dejaron escapar un suspiro de alivio. Kalim no se había movido durante todo el proceso, aunque a Zulima le parecía que estaba más pálido que antes.

—He hecho lo que he podido —explicó Ahmed—. Solo queda rezar para que no se infecte la herida. Si empeora, avisaremos a palacio —le advirtió a Zulima con dureza antes de abandonar la estancia—. Aunque nos haya pedido que no lo hagamos.

Zulima asintió con rapidez. Aunque había negado con vehemencia cuando habían amenazado con llamar al palacio, lo cierto era que no iba a permitir que Kalim muriera por protegerla. Le contempló tumbado en la cama y sintió una angustia tan grande que casi se dobló de dolor. Lo que Kalim acababa de hacer era, a todas luces, una locura; sin embargo, era la primera vez que veía en él al joven que ella había amado. Para él, el honor y las tradiciones siempre habían tenido una gran importancia. Por eso, sus actos pasados le habían resultado tan difíciles de comprender, porque no eran propios de él, del hombre que era. Este acto, en medio de la locura que representaba, era lo más honorable que podía haber hecho, y así lo entendió y lo aceptó. Levantó una mano y con ternura la depositó en el rostro de Kalim. Sintió una tristeza tan grande que no pudo evitar que nuevas lágrimas empañaran su rostro.

—No te mueras, Kalim —susurró entre lágrimas—. Ni se te ocurra morirte—. Se tumbó junto a él y le abrazó mientras sollozaba hasta que el agotamiento la superó y se durmió.

Kalim abrió los ojos y durante unos instantes de confusión no supo dónde se encontraba hasta que el ardor en las muñecas le recordó lo que había sucedido. Notó alguien a su espalda y se giró para ver a Zulima abrazada a su cuerpo. Estaban tumbados en la cama del cuarto. Un temblor le

recorrió el cuerpo al comprender que Zulima no había permitido que muriera aunque no se mereciera vivir con la vergüenza de todo lo que le había hecho. Zulima abrió también los ojos y le miró en silencio. Sus ojos eran dos pozos oscuros que dejaban traslucir un dolor tan profundo que produjo eco en su propio corazón.

—Cuando nos separaron —comenzó a relatar Kalim con voz débil al tiempo que levantaba una mano temblorosa con la que apartó un mechón de los cabellos de Zulima, libre del hiyab, y acarició su rostro—, mi tío no me permitió que me pusiera en contacto contigo. Me hizo jurar que esperaría seis años y me aseguró que si al cabo de ese tiempo nos seguíamos amando, permitiría que nos casáramos.

Zulima empezó a llorar en silencio ante sus palabras. Cerró los ojos con fuerza y tembló cuando comprendió el motivo de su silencio durante aquellos seis primeros años.

—Cuando llegó la fecha, me permitió ir a buscarte —continuó Kalim, que tuvo que bajar la mano al quedarse sin fuerzas. Se notaba débil y dolorido—. Cuando llegué al país... —se interrumpió, tragó saliva con dificultad y continuó con voz débil—. Cuando llegué... lo único que deseaba era correr a buscarte... —Cerró los ojos con tristeza al recordar lo ingenuo que había sido.

El silencio se mantuvo durante unos segundos hasta que Kalim notó la mano de Zulima en su rostro. Abrió los ojos y buscó las fuerzas que necesitaba para abrirle su corazón:

—Brahim me convenció para ir al hotel. Según él, debía descansar antes de verte... Una vez allí, me enseñó una foto tuya con otro hombre; en ella parecía que te abrazaba...

Zulima abrió la boca para rebatir sus palabras, sin embargo, un gesto de Kalim se lo impidió.

—Ahora que sé de lo que mi primo ha sido capaz por separarnos —explicó con tristeza—. Sé que no era más que una vulgar mentira, pero aun así, en aquel momento, seguía queriendo verte. Hablar contigo. Le dije que no me importaba; que entendía que hubieras estado con otros hombres porque debido a mi silencio debías pensar que no te amaba. Ahora me doy cuenta de que fueron mis palabras las que desencadenaron sus acciones.

—¿Qué quieres decir? —susurró Zulima con voz ronca a consecuencia de las lágrimas.

—Fue una prueba —dictaminó Kalim con angustia—. Ahora me doy cuenta. Mi primo me sirvió una bebida y me recomendó que me diera una ducha. Después de eso, no recuerdo nada.

—Pero...

—Eso, que no recuerdo nada. Me desperté al día siguiente desnudo sobre mi cama —confesó avergonzado.

Zulima comprendió que le estaba diciendo la verdad porque era lo mismo que le había pasado a ella. Recordó lo horrorizada que se había sentido al ver a Kalim con otra mujer.

—No importa —negó Zulima mientras meneaba la cabeza con tristeza—. Ya nada de eso importa. Han pasado muchos años —reconoció con gesto cansado.

Se puso en pie y se apartó de Kalim. Le había velado durante toda la noche, pero ya había llegado el día y era evidente que lo peor había pasado. Ya no creía que fuera a morirse a consecuencia de la pérdida de sangre.

—Al día siguiente —Kalim intentó sentarse sin apoyarse en las muñecas, lo que le supuso un gran esfuerzo—, Brahim me enseñó un vídeo. El vídeo de tu violación —tragó saliva con dificultad sin apartar los ojos de Zulima, antes de continuar con voz ronca—, estaba manipulado. Parecía... parecía que disfrutabas.

El silencio que siguió a sus palabras inundó la habitación y atravesó el cuerpo de Zulima como un rayo. Durante unos minutos le miró pálida y en silencio. Kalim se levantó con dificultad. Cuando logró mantenerse en pie, se acercó y se detuvo frente a ella. Tomó una de las manos de Zulima entre las suyas y, a pesar del dolor y esfuerzo, la acercó a su boca para besarla con dulzura.

—Perdóname —le suplicó con voz rota—. Perdóname.

—Unos días después de denunciar lo que me habían hecho recibí tu mensaje —rememoró Zulima al tiempo que trataba de apartarse de él sin brusquedad por miedo a que se le abriesen las heridas. Ahora que sabía que Brahim no estaba al tanto de lo que había ocurrido, se dio cuenta de que aquel mensaje había sido otra horrible manipulación por su parte.

—¿Qué mensaje? —preguntó Kalim con sorpresa al tiempo que la permitía alejarse—. Jamás te envié un mensaje.

—Ahora lo sé —reconoció Zulima con voz temblorosa mientras se abrazaba a sí misma—. Pero en aquel momento...

—¿Qué mensaje se supone que te envié? —exigió saber Kalim.

Zulima tragó saliva y comprendió la magnitud de la ignominia que habían cometido contra ambos.

—Aquel vídeo... —Se quedó en silencio unos segundos antes de continuar—. En aquel momento creía que lo habías enviado tú. Era el vídeo de mi violación. Escribiste... escribiste...

—¡Qué! —exigió Kalim con suavidad al ver que no se animaba a terminar.

—Decías que lo veías todas las noches y te masturbabas con él.

—¿De verdad pensaste que yo hubiera sido capaz de algo así? —preguntó dolido.

—¿Qué querías que pensara? —preguntó ella a su vez con voz quebrada—. Cuando la policía acudió a Salima, regresó con una carta tuya en la que afirmabas que no querías saber nada conmigo, que no te importaba lo que había pasado.

—Jamás escribí eso —afirmó Kalim con rotundidad—. Te juro que nunca supe lo que había pasado.

—Lo sé —reconoció Zulima—. Ahora lo sé. Sin embargo, en aquel momento no lo sabía. No tenía tu número de móvil y la persona que lo envió afirmaba que eras tú. ¿Por qué no iba a creerlo?

Kalim la miró horrorizado y asqueado, aunque trató de mantener la compostura. Zulima le miró a su vez con los ojos empapados por las lágrimas. Sin saber qué hacer ni qué decir. Se sentía en carne viva. Comprender que él no sabía lo que había pasado. Darse cuenta de que durante todos esos años Kalim había estado convencido que se había entregado a Brahim y Zahir de forma voluntaria... Todo eso la destrozaba. Se acercó a él, levantó una mano temblorosa y acarició su rostro. Kalim cerró los ojos e inclinó una de sus mejillas para recostarla contra la mano de Zulima. Permanecieron así unos minutos en silencio hasta que, con tristeza, Zulima bajó la mano y se apartó de su lado.

—Sé que quieres que te perdone —musitó ella con voz queda—. El problema no es que te perdone. El problema es que no creo que pueda olvidar.

Le miró de nuevo con tristeza y abandonó el cuarto. Kalim la dejó marchar. Todo lo sucedido era demasiado abrumador. Ambos necesitaban unos momentos en soledad.

Kalim decidió darle a Zulima el tiempo que necesitaba. Se sentó en la cama y examinó los vendajes de sus muñecas. Supuso que los debía haber hecho Ahmed. Recordaba que le había contado en alguna ocasión que durante años había ayudado a un primo suyo que era médico. Aún estaba débil por la pérdida de sangre, no obstante, era importante que hablara con Zulima; que se disculpara por haberla arrastrado de nuevo a Salima. Con temor, se dio cuenta de que su tío había estado al corriente desde el primer momento de lo sucedido con Zulima, y no solo había ayudado a Brahim a librarse de las consecuencias de sus actos, sino que había permitido que él creyera en la traición de Zulima. Una traición que jamás había existido.

Ahora comprendía por qué en todos estos años su tío nunca había permitido que Brahim viajara a Estados Unidos y en su lugar obligaba a Kalim a hacerlo. Nunca se había tratado de ninguna prueba, como él siempre había pensado, sino el temor a que la denuncia interpuesta por

Zulima pudiera llegar a ser tramitada aunque Kalim no lo creyera posible. La inmunidad diplomática no era algo que Brahim pudiera perder; solo si hubiera renunciado de forma voluntaria a ella, cosa que jamás haría. Aun así, era evidente que su tío no quería arriesgarse.

Con rabia, recordó las veces que su tío le había exigido que se olvidara de Zulima. Cómo negoció su matrimonio. Todo ello, a sabiendas desde el principio de lo que Brahim le había hecho a la mujer que amaba. Se levantó de la cama y salió en busca de Zulima.

—Jeque Kalim—le saludó Ahmed—. Nos tenía preocupados. Esa mujer dijo que se había cortado usted las venas...

—Así fue—reconoció Kalim lo que hizo que Ahmed le mirase con asombro y curiosidad a partes iguales—. Te agradezco lo que hiciste por mí.

—Fue un honor poder salvarle la vida.

—¿Has visto a Zulima?

Ahmed asintió con mala cara y señaló hacia el jardín. Era evidente que aquella mujer no le agradaba, aunque se abstuvo de hacer comentarios. Kalim le agradeció la información y se alejó para buscar a Zulima en uno de los jardines.

Cuando su bisabuelo, Mohamed II, ordenó la construcción del palacio, lo hizo tras pasar un invierno en Inglaterra y quedar fascinado con la construcción de figuras de hielo. Así que, a su vuelta, ordenó el diseño de un jardín inglés con múltiples fuentes de figuras mitológicas talladas en cristal. Durante su reinado, eran frecuentes las visitas de mandatarios extranjeros al palacio y, aunque nadie se atrevía a manifestarlo de forma oficial, era por todos sabido que ese jardín se consideraba una excentricidad. Sin embargo, él sabía que a Zulima siempre le había fascinado.

Kalim, desde que lo había tomado como su refugio en el que escapar de las intrigas de la corte, había procurado que se mantuviese tal y como era en los tiempos de su antepasado; no obstante, las fuentes hacía tiempo que no derramaban agua por sus caños. Era un bien demasiado preciado en el desierto como para malgastarlo.

Zulima, arrodillada frente a una de las fuentes de cristal, se identificaba con ese jardín. Fuera de lugar. Como si no perteneciese a ningún sitio. Sentía cómo la arena del desierto corría por sus venas y, al mismo tiempo, como si ya no perteneciese a Salima. Se había sentido extraña cuando Kalim la había coaccionado para que volviese a ponerse el hiyab, y ahora que no lo llevaba porque lo había hecho jirones para envolver las muñecas de Kalim, lo echaba de menos. Era como si la hubieran partido a la mitad y ya no sabía a dónde pertenecía. Era musulmana y no lo era. Se sentía dividida y no sabía cómo recomponerse.

—Dueña de mi corazón—murmuró Kalim con voz queda al llegar a su lado.

Zulima se envaró al oír cómo la llamaba. Recuerdos de tiempos lejanos la asolaron provocándole una tristeza infinita.

—No soy dueña de nada —respondió ella con amargura mal disimulada.

—Para mí siempre lo has sido. Hace más de veinte años que te entregué mi corazón y nunca lo he recuperado. —Kalim se sentó junto a ella sin tocarla.

—¿No se lo entregaste a tu esposa? —Zulima comenzó a acariciar con uno de sus dedos la base de la figura de cristal que tenía frente a ella.

—No podía entregarle algo que ya no tenía —confesó Kalim con tristeza. Era algo que nunca había querido reconocer, pero ahora, frente a Zulima, no podía seguir negándolo—. Sé que intentó ser una buena esposa, darme un hijo... no obstante, a pesar de sus esfuerzos, jamás fue la dueña de mi corazón.

Advirtió cómo Zulima apretaba las manos en un puño ante sus palabras y sintió un gran pesar. No quería lastimarla más de lo que ya lo había hecho, pero era necesario que hablasen con la verdad. Quería que comprendiera que la amaba, que no la había olvidado y que no pensaba dejarla marchar.

—Nunca había estado con una mujer hasta entonces —confesó Kalim.

Zulima se levantó furiosa para alejarse de su lado. No le importaba. No quería seguir escuchando. Sin embargo, la mano de Kalim en su brazo se lo impidió. Se quedó de pie e inmóvil, prisionera de su mano. No se atrevió a tirar del brazo para desasirse por temor a provocarle daño en la muñeca y que se reabriesen sus heridas, aunque le costó un esfuerzo sobrehumano permanecer inmóvil. El brazo comenzó a arderle en el punto que Kalim la tocaba y el calor se extendió por todo el cuerpo, lo que le provocó un estremecimiento que apenas logró disimular. Kalim se levantó sin soltarla para rodearla con sus brazos y eso la destruyó. Los recuerdos la invadieron. Recuerdos del amor de Kalim, de su ternura, de sus promesas incumplidas. Zulima se derrumbó entre sus brazos con profundos sollozos que dejaban traslucir su dolor. Él no dijo nada. Se limitó a sostenerla y, cuando las fuerzas le fallaron y le impidieron continuar en pie, se dejó caer en el suelo junto a ella sin dejar de abrazarla.

No dijo nada. No la tocó más allá de ese abrazo, pero le abrió su corazón. Le confesó lo mucho que la amaba. Le habló de los primeros seis años que estuvieron separados. De las veces que había intentado que alguien le dijera dónde estaba, de que le permitieran mandarle un mensaje. Le confesó su alegría cuando su tío le permitió ir a buscarla. Le contó lo que sintió al ver el vídeo de lo que ahora sabía que era su violación.

—Pensé que me habías traicionado —le susurró con dulzura al tiempo que la apretaba

entre sus brazos al percibir sus deseos de alejarse de su pecho—. Sentí un dolor tan profundo que durante un tiempo mi amor se convirtió en odio. Por eso, cuando mi tío insistió en que me casara, no me opuse. Le entregué mi cuerpo a mi esposa porque eso era lo único que podía darle. Mi corazón y mi alma ya no eran míos para darlos porque eran tuyos; siempre lo han sido y siempre lo serán.

Lágrimas silenciosas se derramaron por el rostro de Zulima. Recordaba con total claridad el día que había leído la noticia de la boda de Kalim. La sonrisa en su rostro, que ahora sabía que era de fingida alegría, y que en aquel momento le desgarró el alma, y tiempo después, la noticia de la muerte de su esposa, embarazada de seis meses, en un accidente de tráfico. Recordó la horrible alegría que había sentido. Un sentimiento que la había avergonzado de tal forma que había tenido que refugiarse en el baño para vomitar por el asco que sintió hacia sí misma. Sin embargo, aún hoy, no lamentaba su muerte. ¿En qué clase de persona la convertía eso?

—La odiaba —se oyó decir a sí misma con voz hueca en referencia a la mujer de Kalim—. Me alegré de su muerte —confesó con dolor. Sentía como si la estuvieran despellejando viva y aun así no podía detenerse a sí misma de escupir su dolor—. Y me alegré de la muerte de tu hijo. Porque no era mío. Porque no era nuestro. Porque si yo no podía tener hijos, no deseaba que tú los tuvieras con ninguna mujer.

Aquellas terribles palabras quedaron flotando en el aire entre los dos. Zulima esperaba que Kalim se apartara asqueado ante su confesión. Sin embargo, él no solo no se apartó, sino que levantó una de sus manos y comenzó a acariciar los cabellos de Zulima con dulzura.

—Lamenté su muerte —le explicó con suavidad—. La de ella y la de mi futuro hijo, pero el dolor que sentí no fue ni la mitad de terrible que el que estoy sintiendo en estos momentos; que el que sentí el día que te arrancaron de mi vida. No importa lo que me digas. Nada hará que vuelva a abandonarte. Eres la dueña de mi alma y de mi corazón.

Zulima se apartó de él y en esta ocasión Kalim se lo permitió. Sabía que aún era pronto para que le perdonara. El daño sufrido era muy profundo. Necesitaba tiempo y él se lo daría.

X

Kalim le dio un tiempo para que se recompusiera. Fue a la cocina y pidió que le llevaran la comida a Zulima a su cuarto. Él comió solo en el salón y comenzó a hacer planes, entre los que se encontraban volver al palacio real y enfrentar a su primo con la verdad de lo sucedido. Aunque todas las evidencias apuntaban a que su tío era conocedor de lo ocurrido con Zulima, necesitaba estar seguro. Debía hablar con él. Su tío tenía que comprender que por mucho que quisiera a su hijo, lo que este había hecho lo incapacitaba para ser el heredero al trono.

Buscó a Zulima en el cuarto. Al no encontrarla, regresó al jardín. Allí estaba, sentada en uno de los bancos del jardín. Había vuelto a ponerse un hiyab.

—Voy a ir a palacio para hablar con mi tío y enfrentar a Brahim con la verdad. Quisiera que vinieras conmigo —le pidió.

Al oír sus palabras, Zulima se levantó del banco como un resorte y le miró espantada:

—¿Te has vuelto loco! ¿Qué crees que vas a conseguir hablando con tu tío o enfrentándote con Brahim?

—Mi tío comprenderá que Brahim no tiene la capacidad moral para ser el heredero al trono —le explicó Kalim convencido de sus palabras. Estaba seguro de que cuando su tío supiera con exactitud lo que Brahim había hecho se daría cuenta de que su primo no era la persona adecuada. Aunque su tío hubiera tenido cierto conocimiento de lo ocurrido, con toda seguridad solo había oído la versión de Brahim. Nadie le debía haber contado la verdad de lo ocurrido. Cuando lo supiera, se horrorizaría.

Zulima al principio le miró con asombro. Durante unos segundos pensó que le estaba gastando algún tipo de broma; sin embargo, al comprender que lo decía en serio, que realmente pensaba que su tío iba a hacer algo, no pudo evitar prorrumpir en carcajadas histéricas.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Kalim ofendido.

—¿De verdad crees que tu tío no sabía nada de lo sucedido? —preguntó a su vez Zulima con ironía cuando al fin pudo parar de reír—. Llevo muchos años huyendo. Ya no recuerdo la cantidad de veces que he tenido que cambiar de nombre. He tenido que romper todos los lazos con mi padre para que no le utilizaran como un arma para hacerme daño.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kalim extrañado. Nunca había llegado a preguntarle por qué se había cambiado de nombre.

—Chantajear con hacer daño a la gente que amas es algo propio de tu familia —replicó Zulima con una mirada cargada de reproches.

Kalim se avergonzó del comportamiento que había tenido con ella desde que la había vuelto a encontrar. Lo peor era que no podía negar que había estado dispuesto a hacer lo que fuera necesario para obligarla a acatar su voluntad. Incluso a hacer daño a las personas que quería.

—No pienso ir contigo a palacio —anunció ella con resolución—. La única manera en la que iría sería si me llevases a la fuerza.

Kalim lanzó un suspiro cansado. A su llegada a palacio había estado dispuesto a hacer lo que fuera, no solo para poseerla, sino también para humillarla. Sin embargo, ese no era él. Estaba muy arrepentido de sus actos y no pretendía obligarla de nuevo a hacer algo que no deseaba.

—Está bien, si no quier... —El sonido de lo que parecía un helicóptero le interrumpió—. Vete a tu habitación —le ordenó preocupado. No sabía quién podía llegar en ese helicóptero—. No se te ocurra salir de tu cuarto pase lo que pase.

Zulima asintió y se dirigió con rapidez a su cuarto. Le temblaban las piernas y le fallaba la respiración. Estaba aterrorizada. Temía que pudiera ser el propio Brahim el que llegara en el helicóptero.

«Que no sea Brahim. Que no sea Brahim» pensaba con angustia mientras caminaba de un lado a otro de su cuarto.

Se abrazó a sí misma presa del nerviosismo. No estaba preparada para enfrentarle. Solo imaginar ver a Brahim frente a ella hizo que se sintiera mareada. Los nervios atenazaron su estómago y le produjeron náuseas. Se acercó a la puerta para comprobar que estaba cerrada con llave a pesar de haberlo hecho ella misma, y se apoyó en ella con temor. Tras lo que le pareció una eternidad, se sobresaltó con el sonido de unos nudillos sobre la superficie.

—Zulima, abre —le pidió Kalim a través de la puerta—. Tengo que explicarte lo que ha pasado.

Cuando abrió la puerta del cuarto, lo primero que le sorprendió fue la palidez en el rostro de Kalim. No sabía qué podría haber pasado pero, por el aspecto que presentaba, suponía que era algo grave.

—He de acudir de inmediato a palacio —afirmó Kalim al tiempo que ella retrocedía y negaba con la cabeza.

—No pienso acompañarte —susurró Zulima de forma entrecortada.

—Mi tío ha muerto —anunció Kalim con voz ronca—. Brahim será nombrado rey.

Las palabras quedaron flotando entre ellos mientras el horror de lo que significaban

penetraba en la mente de Zulima. Comenzó a retroceder aún más y a volver a negar con la cabeza. Kalim se acercó a ella, pero mientras él más se acercaba, ella más retrocedía, hasta que tropezó con el borde de la cama y cayó sentada sobre la misma sin dejar de mirarle con ojos desorbitados.

—Zulima —susurró Kalim con dulzura—. Dueña de mi corazón. Te quiero —confesó al tiempo que tomó una de sus manos, que temblaba—. Jamás permitiré que nadie te vuelva a dañar. Te lo juro.

Ella negó mientras gruesas lágrimas caían por sus mejillas. Brahim sería el rey de Salima. Tenía que salir de allí antes de que él supiera que se encontraba en el país.

—¡Debo irme! —susurró Zulima con voz entrecortada por la falta de aire.

Le estaba dando un ataque de ansiedad. Comenzó a temblar de forma incontrolada. Kalim se arrodilló frente a ella sin soltar su mano y depositó un dulce beso en ella en un intento de tranquilizarla.

—Te juro que le mataré antes de que te vuelva a tocar —le prometió Kalim con vehemencia—. No sabe que estás aquí y nunca lo sabrá.

—Lo descubrirá —jadeó ella con temor.

—No. No lo sabrá —le aseguró de nuevo Kalim. Intentaba tranquilizarla, aunque sabía que no eran infundados sus temores—. Ahora mismo debo irme, pero regresaré por ti —le aseguró al tiempo que la atrajo contra su pecho y la abrazó—. Necesito que me esperes aquí. Hablaré con mi tía. Le contaré la verdad de lo sucedido, ella nos ayudará. Volveré a buscarte.

Zulima se apartó y le miró a los ojos. La intensidad de la mirada de Kalim, en la que leyó ternura y dolor a partes iguales, la atravesó con la misma fuerza que si hubiera utilizado un cuchillo. Levantó una mano y acarició su cabeza. Su cabello era tan corto que pinchaba bajo su palma. La invadieron los recuerdos. Recuerdos de los negros cabellos del joven Kalim enredados entre sus dedos. Siempre llevaba el pelo un poco largo. Recordó la suavidad con la que ella le acariciaba los mechones y cómo él se lo permitía cuando se tumbaba en su regazo en aquellos mismos jardines del Palacio de Cristal.

—¿Por qué lo llevas tan corto? —No pudo resistirse a preguntar. Era algo que le había llamado la atención desde su reencuentro.

Kalim tardó tanto en contestar que llegó a pensar que no lo haría. Solo la miró en silencio.

—No quería que ninguna mujer que no fueras tú acariciara mi cabello.

Zulima sintió una ligereza en el corazón al pensar que era algo que él había reservado solo para ella.

—Quería que fueras la primera. La única —confesó Kalim con tristeza mientras los ojos

de Zulima volvían a llenarse de lágrimas—. No te negaré que he estado con otras mujeres, sin embargo, solo les he entregado mi cuerpo, nunca mi corazón.

Zulima sintió resquebrajarse su corazón ante sus palabras. Ella también había soñado con que fuera el primero. El único. Sin embargo, no lo habían sido para ninguno de los dos. A pesar de no recordar su violación, durante mucho tiempo se había apartado de cualquier hombre que manifestara cualquier interés hacia ella. Hasta que Kalim se casó. Esa misma noche fue a un bar, bebió alcohol para darse fuerzas por primera vez en su vida, y se acostó con el primer hombre que encontró. No se sentía orgullosa de ello. De hecho, al día siguiente, cuando se despertó en una cama desconocida sin recordar muy bien lo sucedido, durante unos terribles instantes, fue como revivir lo sucedido y había tenido que ir corriendo al baño a vomitar. Después, se vistió apresuradamente y se juró que no volvería a tener sexo con un desconocido. Y lo había mantenido. Había vuelto a tener relaciones sexuales, pero con hombres con los que había surgido algún tipo de relación.

El hecho de no mantener ningún contacto con su padre le había facilitado la tarea de abandonar todos los preceptos y tradiciones que habían regido su vida antes de que Brahim se la destrozara. Hacía mucho que no se sentía musulmana. Ya no sabía lo que era.

—Ha habido otros hombres en mi vida —le confesó Zulima, no con el ánimo de hacerle daño, sino porque quería que supiera la verdad.

Kalim la miró, dolido, en silencio. Los celos le asfixiaban, sin embargo, trató de calmarse. Habían pasado demasiados años y el dolor que le había causado había sido demasiado grande. Era normal que hubiera buscado en otro lo que él no había podido darle. Más aún cuando estaba convencida de que la había abandonado cuando más le necesitaba.

—¿Amaste a alguno? —Quizás fuera masoquista torturarse con eso, pero necesitaba saberlo. Su propio matrimonio le había demostrado que el sexo era solo una reacción química, pero el amor... ese era el sentimiento más poderoso y él solo lo había sentido una vez en la vida, por la mujer que en ese momento le miraba con una tristeza tan grande que le partía el corazón.

—No —negó ella con lentitud—. No amé a ninguno.

Sus palabras le provocaron un alivio tan grande que Kalim no pudo evitar soltar un suspiro.

—Bien. Tengo que ir a palacio, sin embargo, te juro que volveré —le juró antes de irse.

Ella asintió en silencio aunque no pudo evitar recordar otra despedida igual, en la que también le había jurado que la buscaría. En aquel momento, hacía ya tantos años, había estado segura de que no volverían a verse y ahora mismo tenía el mismo sentimiento fatal. Esperaba

equivocarse.

Kalim abandonó el cuarto y con pesar se subió al helicóptero que le llevaría al palacio real, donde le esperaba su tía rota de dolor.

A través de la ventana del salón, Zulima le vio subir al helicóptero y partir sin saber si esa sería la última vez que le vería.

Cuando Kalim llegó a palacio, lo primero que hizo fue preguntar por su tía, la reina. La encontró velando el cadáver de su tío, junto a Anala, la esposa de Brahim.

—¿Cómo es posible? —murmuró consternado mientras la abrazaba. Ella se derrumbó en sus brazos entre lágrimas.

—Estaba perfectamente hasta esta misma mañana —le explicó el doctor Shafir, que estaba junto a su tía—. A lo largo de la tarde empezó con diarrea y vómitos con sangre, parece ser que se negó a que me avisaran. Cuando llegué, lo único que pude hacer fue certificar el fallecimiento.

—¿Dónde está Brahim? ¿Por qué no está aquí? —preguntó Kalim con sorpresa mientras miraba alrededor en busca de su primo.

El médico le miró avergonzado. Kalim imaginó que Brahim ni siquiera se habría enterado todavía porque, con toda seguridad, aún estaba en la cama de alguna de sus amantes y no habían sido capaces de localizarle.

Su tía, que continuaba abrazándole, se apartó un poco para mirarle.

—Kalim —le pidió con la voz rota por el llanto—. Tendrás que ayudar a tu primo con la transición. El pueblo te respeta. Eres el comandante del ejército. Si aceptas a tu primo como soberano, ellos no dudarán en seguirte. Incluso las tribus del norte respetarán tu decisión.

—Tía, sé que no es el momento adecuado para ello, pero necesito hablar contigo en privado —le pidió Kalim con suavidad. Era necesario hacerle comprender que Brahim no era la persona adecuada para suceder a su tío en el trono—. Aunque antes quisiera tener unas palabras con el Dr. Shafir.

Ella asintió y le hizo un gesto con el que le autorizó a irse. Kalim, a su vez, le hizo una señal al médico para indicarle que quería hablar con él. Dejó a su tía a cargo de Anala y se reunió con el médico en el despacho de su tío.

—Quiero que sea sincero conmigo, doctor —le pidió con firmeza—. ¿Hay algo raro en la muerte de mi tío? Nunca tuvo ningún problema cardíaco.

El médico palideció durante unos segundos, aunque al minuto se repuso para negar con

vehemencia:

—¡No! ¡Por supuesto qué no! ¿Qué le hace pensar algo así?

A Kalim le sorprendió la vehemencia de su respuesta, más que nada porque el doctor Shafir se caracterizaba por ser un hombre frío que no se inmutaba ante nada y, de repente, se había convertido en un hombrecillo tembloroso que en ese momento le resultaba irreconocible.

Durante el trayecto en helicóptero había tenido tiempo para pensar. Darse cuenta de las bajezas morales de las que su primo era capaz le había hecho barajar la posibilidad de que hubiera algo extraño en la muerte de su tío. ¿Ambicionaría el trono hasta el punto de asesinar a su propio padre? Por eso había querido descartar sus sospechas hablando con el doctor Shafir; sin embargo, su reacción había hecho que sus sospechas se incrementaran.

Le miró en silencio durante unos segundos, tiempo suficiente para que el médico recuperara la compostura.

—La muerte de su tío ha sido una desagradable sorpresa que nadie podía haber previsto—le explicó con la frialdad a la que Kalim estaba acostumbrado—. Estuvo toda la mañana solo en su despacho. La última persona que le vio con vida fue la reina Selenia después de desayunar. Pidió que no se le molestara porque tenía trabajo atrasado y a pesar de que comenzó a sentirse mal, como ya le expliqué, se negó a que me avisaran. Cuando la reina fue a buscarle para que la acompañara en la comida, ella misma lo encontró muerto. Me avisaron rápidamente; sin embargo, lo único que pude hacer fue certificar su fallecimiento.

Kalim asintió. No era el momento ni el lugar. Acusar al médico de encubrir un supuesto asesinato no le iba a servir de mucho en las presentes circunstancias. Sin embargo, le parecía sospechosa su actitud.

—Está bien, doctor Shafir. Confío en su criterio. Es usted una buena persona que siempre ha actuado con plena honestidad. Si dice que ha sido algo natural, no me queda otra opción que confiar en usted.

Vio cómo el médico palidecía ligeramente ante sus palabras, pero se mantenía en silencio. Le despidió con un gesto. Sin embargo, en el momento en el que el hombre se disponía a abandonar el cuarto, lanzó una mirada a las muñecas vendadas de Kalim, que estaban cubiertas con unas muñequeras, y le preguntó extrañado:

—¿Le ha pasado algo en las muñecas? No he podido dejar de notar que las lleva vendadas. Y está algo pálido.

La sorpresa hizo que Kalim se paralizara durante un instante. Había sido todo tan inesperado... La noticia de la muerte de su tío. Tener que dejar a Zulima sola en el palacio... No se

había dado cuenta de que tenía que buscar una explicación a sus heridas y era cierto que no se encontraba bien. Estaba agotado y las muñecas le dolían. Sabía que lo más conveniente era que un profesional lo examinara.

—Sufrí un accidente en el desierto —mintió con descaro—. Ahmed me curó como pudo.

—Quizás sería conveniente que le examinara las heridas —sugirió el doctor—. Sé que Ahmed habrá hecho todo lo que estuvo en su mano; sin embargo, no es un profesional.

—Tiene razón, doctor —aceptó Kalim con voz tensa. Era un gran riesgo el que corría, pero no disponía de muchas opciones. Sería una forma de saber dónde estaba la lealtad del Dr. Shafir.

—¿Quiere que le examine ahora mismo? —preguntó el doctor.

—Si no le importa...

—Por supuesto. Siempre llevo mi maletín conmigo, así que no hay ningún problema. Nunca se sabe cuándo me pueden necesitar —afirmó el médico con una sonrisa—. Disculpe un momento.

Salió unos minutos del despacho y cuando regresó traía el maletín consigo. Extrajo del mismo vendas, gasas y desinfectante. Le pidió a Kalim que se sentase frente a él en el sofá y le quitó el vendaje de las muñecas. En el momento que descubrió las heridas, le miró con sorpresa mal disimulada.

—Esto no son unas rozaduras —comentó tras unos instantes. Ante el evidente silencio de Kalim, se abstuvo de hacer más comentarios. Se limitó a curarle—. Le sugiero que no haga esfuerzos si no quiere que se reabran las heridas —afirmó mientras esperaba en silencio una respuesta a la pregunta no formulada.

Kalim evitó de hacer ningún comentario. Se limitó a mantenerle la mirada hasta que el médico, con un suspiro, se resignó a no obtener ninguna información. Le cambió el vendaje de las muñecas, recogió los útiles y se dispuso a abandonar el despacho.

—Si mi primo pregunta... son unas simples rozaduras —le advirtió Kalim antes de que cruzara la puerta. El médico se detuvo unos segundos e hizo un leve asentimiento con la cabeza antes de salir.

XI

Transcurridas un par de horas desde la llegada de Kalim a palacio, su primo Brahim hizo acto de presencia. Estaba pálido y con la cara desencajada. Se abrazó a su madre, que rompió a llorar.

—¿Cómo ha sido posible? —murmuró Brahim en estado de *shock*.

Kalim intentó que la imagen no le conmoviera. No se merecía su misericordia. Los actos que había cometido contra Zulima y contra él mismo eran de tal calibre que no era capaz de encontrar el perdón en su corazón. Tras Brahim, como siempre, apareció Zahir, que le seguía con mirada sombría. A Kalim siempre le había parecido una serpiente, y el hecho de saber que había violado a Zulima hacía que le hirviera la sangre. Tuvo que cerrar los puños para resistir la tentación de rajarle la garganta allí mismo.

—¿Dónde estabas? —le reclamó su tía a Brahim con voz rota—. Hace horas que te esperamos. Ni siquiera Sulaima sabía dónde te encontrabas.

—¿Dónde está ella? —preguntó Brahim sorprendido.

Kalim se asombró de su total falta de tacto. Había ignorado a su esposa desde que había entrado y, sin embargo, preguntaba por su amante. La rabia le invadió al comprender que, si no hacía algo por impedirlo, se convertiría en su rey. No podía permitirlo. No era digno de ello.

—¿Me preguntas por esa puta frente al cuerpo de tu padre? —escupió su tía, rota de dolor—. ¿Crees que iba a permitir que estuviera aquí? Te he preguntado dónde estabas mientras tu padre moría. ¿Revolcándote con alguna de tus amantes? —chilló fuera de sí.

—Majestad —murmuró Anala al tiempo que la abrazaba—. Tranquilícese, por favor. No es el momento.

La reina Selenia se derrumbó entre los brazos de la mujer de Brahim sin dejar de llorar. Kalim agradeció a su cuñada Anala que, a pesar de que la reina nunca había sido amable con ella y había intentado convencer en múltiples ocasiones a su primo para que la repudiara por su incapacidad para darle hijos, en esos momentos la consolara. Brahim, pálido, miraba a su madre. Kalim no sabía si se sentía culpable por no haber estado en los últimos momentos de vida de su padre o porque había tenido algo que ver. La reacción del doctor Shafir le había generado desconfianza. Sabía que su primo era capaz de las peores cosas. No obstante, ¿habría sido capaz de asesinar a su propio padre? ¿Dónde había estado en realidad todo este tiempo? ¿Por qué nadie

había podido encontrarle?

Una y mil preguntas se hacía Kalim con angustia, así que, cuando cinco minutos después anunciaron la llegada de Rashid proveniente de Mulak, Kalim sintió una sensación de alivio que le inundaba. Necesitaba a un amigo, alguien a quién poder contarle la verdad de lo sucedido con Zulima, así como las sospechas que albergaba sobre la prematura muerte de su tío; alguien que le aconsejara sobre cómo proceder.

—Lo siento, Kalim —le dijo Rashid con tristeza tras dar el pésame a su tía y su primo—. He llegado lo más pronto que he podido.

—Te lo agradezco, Rashid —murmuró Kalim—. Necesito hablar contigo a solas.

Llevó a Rashid hasta su propio despacho y una vez allí le contó todo lo ocurrido desde que había encontrado a Zulima en Estados Unidos. Cómo la había obligado a venir con él al país y cómo había descubierto lo que le habían hecho Zahir y Brahim, así como sus actuales sospechas acerca de la implicación de Brahim en la muerte de su propio padre y que no sabía qué podía hacer para impedir que su primo subiera al trono.

—Creo que debería hablar con mi tía —le confió a Rashid—. Voy a contarle lo que Brahim le ha hecho a Zulima. Cuando lo sepa, entenderá que no puede ser rey.

—Estás muy seguro de que tu tía te creerá —advirtió Rashid dejando entrever su incertidumbre.

—¿Acaso lo dudas?

—Ojalá me equivoque, pero siempre me ha parecido que tus tíos estaban ciegos ante el comportamiento de tu primo. Sabes que Brahim nunca ha sido de mi agrado.

—Lo sé —reconoció Kalim, que también albergaba alguna duda respecto a la actitud de su tía ante los actos de su primo—. Soy consciente de que Brahim siempre ha tenido un comportamiento reprobable que mis tíos han preferido ignorar, pero lo que hizo... —sintió cómo la furia le invadía de nuevo.

—Siempre me resultó muy difícil creer que Zulima hubiera sido capaz de acostarse con él y con Zahir —confesó Rashid, lo que hizo que Kalim le mirara con asombro y enfado.

—¿Por qué nunca me dijiste nada? —reclamó Kalim, que en ese momento estaba dispuesto a descargar su ira en Rashid en ausencia de su primo. Se acercó a él y lo cogió por la pechera con furia.

—Estabas cegado por los celos —afirmó Rashid con voz tranquila y sin alterarse por su actitud amenazadora—. No permitías que nadie te hablara de ella. Lo intenté varias veces y en cada una de ellas te negaste en redondo a escucharme.

Kalim se dio cuenta de que tenía razón. En varias ocasiones Rashid le había sugerido que la buscara y hablara con ella, y él se había negado de forma rotunda, incluso había llegado a prohibirle que mencionara su nombre. No podía culpar a nadie más que a sí mismo por haberle fallado a Zulima cuando más le había necesitado. Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, soltó a Rashid y se pasó la mano por la cabeza con frustración.

—No sé qué hacer —confesó con desesperación—. Brahim va a convertirse en rey. No puedo permitirlo. Ha de pagar por lo que nos ha hecho.

—Bajo ninguna circunstancia le cuentes a tu tía que Zulima está en el Palacio de Cristal —le advirtió Rashid con preocupación—. No puedes confiar en que no se lo cuente a Brahim.

—Mi primo no puede ser el rey de Salima —repitió Kalim con frustración.

—Ojalá me equivoque. Sin embargo, no creo que puedas hacer nada para evitarlo —sentenció Rashid al tiempo que añadía—. Si quieres, puedo llevarme a Zulima a Mulak. Allí estará segura.

Aunque Kalim sabía que era lo mejor para ella, la sola idea de alejarla de su lado le produjo una sensación de pánico tan grande que apenas era capaz de respirar.

—Te lo agradezco, Rashid, y lo tomaré en cuenta; pero ahora mismo no quiero apartarla de mi lado. Tengo la sensación de que, si se alejara, jamás volvería a verla.

—Está bien, Kalim. Como quieras. Si en cualquier momento me necesitas, solo tienes que avisarme y en unas horas estaré a tu lado.

—Gracias, Rashid —aceptó Kalim al tiempo que le abrazaba.

Con frustración, Kalim vio cómo dos días después de la muerte de su tío, aún no había tenido la oportunidad de hablar con su tía a solas. Estaba preocupado por Zulima. No se atrevía a llamarla; tenía pánico de que alguien pudiera oírle y descubrir dónde se encontraba. Si esa misma mañana no lograba mantener una conversación en privado con su tía, regresaría al Palacio de Cristal. Necesitaba ver a Zulima y asegurarse de que se encontraba bien.

Con decisión, recorrió el palacio en busca de su tía con la esperanza de poder hablar con ella. La encontró en los jardines y, con alivio, comprobó que en esta ocasión no estaba acompañada.

—Quisiera hablar contigo, tía Selenia—le pidió Kalim con respeto.

—Por supuesto, Kalim —aceptó su tía con semblante triste—. Tu tío siempre estuvo muy orgulloso de ti, lo sabes, ¿no?

—Lo sé —reconoció Kalim al tiempo que tomaba la mano de su tía para acompañarla en su paseo—. Desde que mis padres murieron, siempre me tratasteis como a un hijo más que como a un sobrino, y siempre os estaré muy agradecido por ello. Sin embargo, me veo en la obligación de decirte que Brahim no puede ser coronado rey.

—Supongo que tus palabras estarán justificadas —afirmó su tía con frialdad una vez repuesta de la sorpresa que le había producido semejante afirmación. Se detuvo y se soltó de la mano de Kalim, mientras esperaba a que él le diera una explicación ante sus palabras.

—Creo que nuestro país se merece un rey justo y honorable —explicó Kalim con suavidad.

—¿Acaso insinúas que mi hijo no lo es? —preguntó ella con furia mal disimulada.

—No lo insinúo. Lo afirmo —aseguró Kalim con un hondo suspiro.

Armándose de valor, Kalim procedió a contarle a su tía el terrible crimen que Brahim había cometido, no solo contra la propia Zulima, sino contra él mismo. Su tía le escuchó en silencio sin demostrar sorpresa alguna ante sus palabras, lo que le produjo la terrible sospecha de que no era la primera vez que escuchaba esa historia. Aunque se abstuvo de contarle que había obligado a Zulima a regresar a Salima, le hizo creer que había descubierto todo mientras permanecía en Estados Unidos y que había regresado a Salima dejando a Zulima allí. Cuando terminó su historia, las palabras de su tía confirmaron sus temores respecto a que, efectivamente, ya estaba al tanto de aquel relato.

—¿Y la creíste? —preguntó su tía con voz mordaz.

—No es solo que la creyera —replicó Kalim con voz tensa—. Yo mismo vi los informes médicos y policiales.

Su tía hizo un ademán despectivo con la mano y comenzó a caminar con impaciencia, lo que obligó a Kalim a seguirla.

—Tu primo ya me explicó esa historia. Temía que esa ramera se pusiera en contacto contigo y te llenara la cabeza de ideas absurdas.

Kalim palideció ante sus palabras y tragó saliva con dificultad.

—No es ninguna ramera y no me ha llenado la cabeza con ideas absurdas. Lo que te cuento es la verdad.

Ante sus palabras, su tía se detuvo para girarse hacia él y dirigirle una mirada de tristeza.

—Te amo, Kalim —susurró al tiempo que le cogía el rostro entre las manos—, pero no me pidas que crea más en la palabra de una ramera, hermana de otra ramera, antes que en la de mi propio hijo, sangre de mi sangre. ¡Olvídate de esa mujer! —le pidió al tiempo que le abrazaba—.

Han pasado muchos años. ¿Qué sentido tiene removerlo todo ahora? Brahim será rey y tú le apoyarás —afirmó con una sonrisa en el rostro.

En ese momento, Kalim vio a su primo acercarse y se obligó a disimular el desagrado que le producía su mera presencia. Durante los últimos días había evitado encontrarse con él, pero sabía que tarde o temprano tendría que fingir y actuar como si no supiera la verdad de lo que le había hecho a Zulima. Como si no quisiera matarle con sus propias manos.

—Te estaba buscando, Kalim. Estoy un poco preocupado por lo que me ha contado el doctor Shafir sobre ti.

Aunque fingió total tranquilidad, Kalim se envaró ante sus palabras. Se giró hacia él y con voz displicente le preguntó:

—¿Y qué es lo que te ha comentado el doctor sobre mí?

—Sobre tus heridas, primo —respondió Brahim mientras señalaba las vendas que ocultaba bajo unas muñequeras—. No sabía que eran tan peligrosas tus visitas al Palacio de Cristal. Me ha dicho que te has herido con unas rocas en las muñecas.

—Perdona, Kalim —le pidió su tía tras comprobar, sorprendida, las muñequeras que portaba—. No me había dado ni cuenta. ¿Son muy graves tus heridas?

—No, tía —replicó Kalim sin darle mayor importancia—. Pensé que aún tenía veinte años y decidí escalar una montaña. Tropecé, me caí y me raspé las muñecas, por eso las tengo vendadas. El doctor ya me curó y él mismo se dio cuenta de que no eran heridas de importancia.

—Nunca he entendido la fascinación que sientes por ese palacio y todo lo que le rodea —comentó Brahim—. Creo que, ya que voy a ser el rey, tú deberías estar al cargo de mi seguridad personal, así que no será conveniente que pases tanto tiempo allí. He decidido que, tras la coronación, voy a cederle la propiedad del Palacio de Cristal a mi amigo Zahir.

Kalim palideció ligeramente, pero trató de aparentar indiferencia. Su primo sabía lo mucho que le gustaba esa propiedad y que a menudo se recluía allí para apartarse de las intrigas de palacio. El hecho de que se lo entregase a Zahir era un castigo, una manera de demostrarle quién mandaba. Sin embargo, lo que Brahim no había previsto era lo que su madre opinaba al respecto.

—¡Brahim! —exclamó la reina consternada—. ¿Cómo que le vas a entregar la propiedad del Palacio de Cristal a tu amigo Zahir? ¿Te has vuelto loco?

Brahim, que no esperaba la oposición de su madre, enrojeció ante su reprimenda. Kalim sabía que su primo adoraba a su madre por eso le había parecido tan importante que le apoyara con Zulima, aunque ya se había dado cuenta de que esto sería imposible. Estaba tan convencida de

que lo que le había contado Brahim era la verdad, que no iba a ponerlo en duda, tal y como él mismo tampoco lo había puesto en duda durante todos estos años. Avergonzado, tuvo que reconocer que ni siquiera cuando la propia Zulima se lo había confesado, la creyó. Solo cuando el investigador le confirmó lo sucedido y le envió los informes médicos y policiales fue capaz de creerla, así que, si él no había sido capaz de creer a la mujer que amaba, ¿cómo iba a ser capaz su tía de poner su testimonio por encima de lo que manifestaba su hijo?

Mientras madre e hijo discutían sobre el destino del Palacio de Cristal, apareció Sulaima acompañada de Zahir. Eso fue más de lo que su tía fue capaz de tolerar.

—He soportado la presencia de esa ramera pavoneándose por el palacio como si fuera tu verdadera esposa durante muchos años —exclamó indignada—, pero no voy a permitir que le regales esa propiedad a Zahir. Al contrario, le entregarás el palacio a tu primo Kalim —le exigió su tía con voz acerada.

Un silencio se extendió por los jardines. Sulaima y Zahir se habían quedado paralizados ante sus palabras e inmediatamente todas las miradas se posaron en Brahim. Este inspiró profundamente y, tras unos segundos, se inclinó en señal de respeto frente a ella:

—Como deseas, madre. Tus palabras son órdenes para mí.

Kalim soltó el aire que había retenido. Su mayor preocupación no era la propiedad del palacio en sí, aunque tenía que reconocer que siempre lo había sentido como suyo y la posibilidad de que fuera a parar a manos de Zahir le hacía enfurecer, pero, en realidad, lo que le había provocado pánico había sido la posibilidad de que encontraran a Zulima en él.

—Gracias, Brahim —afirmó su madre más calmada—. Eres un buen hijo. Ahora que vas a ser rey, deberíamos hablar de lo que tienes pensado hacer con tu esposa.

—No te entiendo, madre. ¿Qué quieres que haga con mi esposa? —replicó Brahim al tiempo que tomaba la mano de Sulaima, que se había acercado a él.

—Es evidente que no puede darte hijos, así que deberías repudiarla y buscar otra. ¿O acaso pretendes que tu heredero sea el hijo bastardo que te pueda dar esta ramera? —La mujer dedicó una mirada de desprecio a Sulaima. Era evidente que, a pesar del apoyo que Anala le había proporcionado en estos días, eso no había ablandado su corazón en lo que se refería a ella.

—Aún no lo he decidido, madre —respondió Brahim sin importarle que su madre se refiriera a Sulaima en términos tan desagradables y, más aún, en su propia presencia.

A Brahim la idea de repudiar a su esposa le desagradaba profundamente. No porque la amara ni nada parecido, sino porque disfrutaba demasiado con ella. Era lo más parecido a una esclava y eso le fascinaba. Tan sumisa y obediente. Si le apetecía, podía darle una paliza y nadie

objetaba nada. No. No se desharía de ella. No encontraría una esposa mejor. Si bien Sulaima era perfecta como amante, sabía que no aceptaría las vejaciones a las que Anala se sometía. Lo cierto era que estaba muy contento con ambas mujeres. Una era perfecta como amante y otra, como esposa.

—No repudiaré a mi mujer, madre. Lo siento —afirmó con rotundidad.

—No pretenderás hacerme creer que la amas... —replicó su madre con escepticismo.

—Por supuesto que no, madre, pero reúne todos los requisitos que busco en una esposa. No creo que pudiera encontrar una mejor.

—Sin embargo, no es capaz de darte un hijo.

—Es cierto, madre. No obstante, aún no he subido al trono. Todavía es pronto para plantearse el tema de un heredero. A fin de cuentas, soy joven. No planeo morirme todavía.

—Tampoco tu padre contaba con morirse tan pronto —replicó su tía con la voz enronquecida por la emoción.

—Tienes razón, madre. No ha sido un comentario apropiado por mi parte, perdóname. De todas formas, he venido a hablar con Kalim de asuntos más importantes que la posibilidad de engendrar un heredero.

Kalim había sido testigo de toda la conversación y lo que más le sorprendía era la tranquilidad con la que Sulaima había escuchado todo sin molestarle, por lo menos en apariencia, los términos tan despectivos con los que la madre de Brahim se había referido a ella.

—Kalim —le exigió su primo—. Quiero que viajes al desierto para entrevistarte con nuestro tío Ahmed. Si él me acepta como rey, todas las tribus del norte lo harán. Necesitamos su apoyo para mi coronación.

—Ya comienzas a pensar como un rey —alabó su tía Selenia—. Necesitamos recuperar las buenas relaciones con las tribus del norte. El enfrentamiento con vuestro tío no nos ha generado más que problemas.

—El hecho de que expulsarais a la familia de la mujer con la que estaba comprometido sin tan siquiera consultarle fue lo que le ofendió —le recordó Kalim a su tía Selenia.

Zara, la prometida de su tío Ahmed, era a su vez tía de Zulima y Sulaima. Por lo que Kalim sabía, su tío también había pretendido expulsar a Zara del país junto con Zulima, Sulaima y su padre, sin embargo, Ahmed no solo se había opuesto, sino que la había convertido en su esposa en contra del criterio de su propio hermano, el rey Mounir.

—Pues ya va siendo hora de que entierre viejos rencores —afirmó Brahim con voz seca—. Siempre te llevaste bien con él, Kalim. He pensado que la mejor forma de recuperar las

relaciones sería a través de un matrimonio. Te reunirás con nuestro tío y le pedirás a su hija Jasmine como esposa.

Kalim abrió la boca para oponerse de forma rotunda, pero antes de que pudiera hacerlo su tía aplaudió con entusiasmo.

—Es la mejor idea que podías haber tenido —afirmó con alborozo—. Vuestro tío Ahmed siempre tuvo predilección por Kalim. Un matrimonio nos garantizaría el apoyo de las tribus del norte para tu coronación, y ya es hora de que Kalim se vuelva a casar. No podrías haber escogido mejor esposa.

Kalim quiso negarse. Gritar que bajo ninguna circunstancia se casaría con otra mujer que no fuera Zulima, la mujer que amaba. Sin embargo, sabía que no podía decir nada de eso. Lo único que podía hacer era fingir que estaba de acuerdo y conseguir tiempo. Debía volver cuanto antes al Palacio de Cristal y asegurarse de que Zulima estuviera a salvo, así que, en vez de las palabras de negación que hubiera querido gritar, tuvo que pronunciar otras de aceptación.

—Por supuesto, primo. No hay ningún problema. Lo único que te pido es que me permitas ir solo, acompañado únicamente por Abdul. Creo que deberíamos asegurarnos primero de la aceptación de Ahmed antes de que trascienda ningún tipo de compromiso. Si recorre el desierto una comitiva real, el rumor correrá como la pólvora, y si luego Ahmed se niega, todo el mundo lo sabrá y eso podría minar tus apoyos.

—¡Negarse! —exclamó su primo con indignación—. No creo que se atreva a negarse.

—Creo que Kalim tiene razón —reconoció su tía Selenia—. Conozco muy bien a vuestro tío Ahmed. Es un hombre muy orgulloso. Es capaz de rechazar el compromiso con la única finalidad de humillarte. Es mejor que nadie sepa nada hasta que Ahmed haya aceptado.

—Está bien —aceptó Brahim a regañadientes—. Irás solo con Abdul.

—Quisiera pasar la noche en el Palacio de Cristal y de allí partir al campamento de nuestro tío. A raíz de la noticia de su muerte tuve que marcharme con rapidez y dejé algunas cuestiones sin solucionar.

—¿Y qué cuestiones podrías tener pendientes en ese palacio? —preguntó Brahim con resquemor—. No entiendo qué le ves a ese sitio, es una mie...

—¡Brahim! —exclamó la reina Selenia indignada, lo que hizo que este no continuara hablando—. Kalim, llévate a Abdul y pasad la noche en el Palacio de Cristal. Soluciona tus asuntos y parte hacia el campamento de Ahmed.

—Esperaremos con ansia tu regreso —anunció su primo Brahim con una falsa sonrisa. Sabía que Kalim se había opuesto a los múltiples intentos de su tío por obligarle a contraer

matrimonio de nuevo, así que le divertía haber sido él el que hubiera conseguido doblegar su voluntad.

Kalim se despidió con una inclinación de cabeza y se dirigió a sus aposentos. Aún disponía de unas horas para descubrir cómo demonios iba a conseguir que Ahmed le apoyase en sus intenciones de que Brahim no llegase a ocupar el trono sin mediar ningún compromiso matrimonial y, a su vez, proteger a Zulima para que ni su tía, ni Brahim, ni Zahir descubrieran que estaba en el país.

XII

Kalim descendió con Abdul del helicóptero que le había llevado hasta el Palacio de Cristal con cierto alivio dibujado en su rostro. Despidió al piloto y bajó con la mochila que había preparado en la que había metido unas prendas para Zulima, porque si de algo estaba seguro era que no pensaba dejarla allí de nuevo. Si él debía viajar al desierto para encontrarse con su tío, Zulima iría con él.

Abdul no conocía a Zulima, así que se había limitado a decirle que irían acompañados sin darle mayores explicaciones. Sabía que le era leal y que en ningún caso le contaría nada a su tía o a su primo. No obstante, no estaba dispuesto a contarle nada más, sobre todo porque se avergonzaba de su propio papel en lo sucedido.

Zulima oyó el sonido del helicóptero con temor. Desde la marcha de Kalim vivía en una permanente angustia. No había vuelto a saber de él y temía que en cualquier momento apareciera Brahim para llevársela. Cuando esos pensamientos invadían su mente sentía como si se ahogase, así que intentaba con todas sus fuerzas apartarlos.

Trataba de convencerse a sí misma de que Kalim volvería a buscarla, sin embargo, en aquel instante en el que el helicóptero real aterrizaba frente a palacio, sintió el aguijón del miedo en la base del estómago. Tan solo cuando comprobó que era Kalim, acompañado de otro hombre, quien descendía del helicóptero, sintió una ola de alivio que inundaba su cuerpo. Su mayor temor, que Brahim descendiese del mismo, parecía disiparse con aquella imagen. Aun así, no pudo evitar que se le escapara un sollozo. Era tanta la tensión que había sufrido en los últimos días que las rodillas le temblaban, lo que provocó que cayese al suelo mientras lágrimas de alivio corrían por sus mejillas.

—Zulima —la llamó Kalim con preocupación al entrar en el cuarto y encontrarla acurrucada bajo la ventana envuelta en lágrimas.

Zulima le miró al oír cómo la llamaba, sin embargo, no tuvo fuerzas para contestarle. Lo único que consiguió fue que sus sollozos se intensificaran. Kalim se quitó la mochila que llevaba a la espalda, se acercó a ella y se agachó para sostenerla entre sus brazos mientras ella se aferraba a él con desesperación sin dejar de llorar.

—¿Qué te ocurre, dueña de mi corazón? —le preguntó Kalim mientras acariciaba su cabeza cubierta por el hiyab.

Ella trató de responder, pero le resultó imposible. Escuchar de nuevo sus palabras, cómo la llamaba, sentir la ternura con la que la sostenía y la acariciaba, hizo que su corazón se desgarrara y que se intensificaran los sollozos que en ningún momento habían dejado de arreciar.

Kalim la sostuvo con el corazón roto. No tenía muy claro cuál era el motivo de su llanto, pero se juró a sí mismo que jamás volvería a abandonarla. La protegería con su vida si hacía falta. Se sentó en el suelo junto a ella sin dejar de abrazarla y le dio el tiempo necesario para recuperarse a pesar de no saber si su llanto era de alegría o de tristeza.

Los minutos fueron pasando y los sollozos se atenuaron hasta que se convirtieron en pequeños hipidos temblorosos que la asaltaban de vez en cuando. Cuando Kalim pensó que se había tranquilizado, la sujetó con firmeza y se levantó con ella entre los brazos.

—Bájame —pidió Zulima con voz enronquecida por las lágrimas—. Tus muñecas...

—Estoy bien —replicó Kalim, que notaba tirantez y algo de dolor.

Para no arriesgarse a que se reabriesen las heridas, la depositó en la cama. Ella le miró con los ojos enrojecidos con una tristeza tan profunda que se le clavaron como un puñal en el corazón.

—Dueña de mi corazón —susurró de nuevo Kalim con ternura al tiempo que le sostenía el rostro entre las manos—. ¿Por qué esas lágrimas? Dime.

Zulima trató de apartarse y que soltara su rostro, pero él no solo no se lo permitió, sino que la sujetó con más firmeza aún. Se acercó a ella y depositó un tierno beso en sus labios.

—Dime —repitió con dulzura.

Zulima abrió la boca para hablar aunque fue incapaz de decir nada. La forma en la que él la miraba era como lo recordaba: cuando apenas eran unos niños y ya estaban seguros de que su amor sería eterno. Ese pensamiento le produjo una tristeza tan profunda que le dolió el corazón.

—Hay cosas en el mundo que no tienen arreglo —murmuró al fin con la voz enronquecida por las lágrimas derramadas—. Puedes pegar lo que está roto, pero nunca volverá a ser igual de bello.

Kalim la contempló durante unos segundos en silencio tratando de descifrar en su mirada la veracidad que se desprendía de sus palabras.

—¿Recuerdas aquella muñeca que tenías de niña? —le preguntó con una tierna sonrisa—. ¿Cómo se llamaba? La llevabas a todas partes contigo.

—Princesa —respondió Zulima con una tímida sonrisa. La recordaba perfectamente. Era una muñeca de trapo y de niña la trataba como si fuera su hija. Dormía con ella, la llevaba consigo a todas partes y le contaba todos sus secretos. A fuerza de lavados se había quedado desteñida y

tenía todo el cuerpo remendado. Aun así, todavía la guardaba en el fondo de un armario. Era la única cosa que se había permitido conservar de su pasado.

—Un día te compré una muñeca nueva —le recordó Kalim con voz queda—. Te dije que sustituyeras a Princesa por aquella muñeca porque estaba rota y la que yo te regalaba era nueva y mucho más bonita. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste? Te enfadaste mucho conmigo.

—Te dije... —musitó Zulima que recordaba perfectamente aquel momento—. Te dije que la amaba y que eso era el amor: quererla aunque estuviese rota.

—No me pidas que deje de amarte porque estés rota —susurró Kalim con dulzura—. Para mí ninguna mujer es ni será como tú. Incluso cuando pensaba que me habías traicionado no he podido dejar de amarte. ¿Crees que podría hacerlo ahora?

Zulima le miró a los ojos y vio reflejado en ellos lo que sentía en su propio corazón. Kalim le cogió el rostro entre las manos y la besó como había deseado hacer durante todos estos años. Le entregó el corazón en ese beso para que supiera... Para que recordara la fuerza de su amor. Después, la abrazó como si estuviera hecha del cristal más frágil y susurró en su oído:

—Debemos irnos, Zulima. No puedo dejarte aquí. No es seguro. Debo ir al desierto y quiero que vengas conmigo.

—¿Al desierto? ¿Por qué? —preguntó Zulima con temor al tiempo que se apartaba de él.

—Mi primo me ha exigido que vaya a buscar a mi tío Ahmed —le explicó Kalim con voz tensa. Sabía que no le iba a gustar lo que estaba a punto de escuchar.

—¿El jeque de las tribus del norte? ¿El que se casó con mi tía? —preguntó Zulima con un tono de esperanza en su voz. Hacía muchos años que no veía a su tía Zara. Desde que les habían desterrado del país. Se habían enterado de su matrimonio con Ahmed, aunque no habían vuelto a tener noticias de ella. Si acompañaba a Kalim al desierto, vería a su tía de nuevo.

—Sí —afirmó Kalim—. Si él apoya a mi primo como el heredero al trono, todas las tribus del norte le secundarán. Por eso Brahim quiere que le busque. Para establecer una alianza que le permita gobernar. Desde que desterraron a tu familia del país se rompieron las relaciones con ellos.

—No lo sabía —murmuró Zulima con tristeza—. Nunca volvimos a saber de mi tía Zara. Siempre pensé que era porque tu tío Ahmed le había prohibido que contactara con nosotros.

—Desconozco por qué no volvió a contactar. Lo único que sé es que mis tíos también quisieron desterrarla a ella y mi tío Ahmed se opuso. Acompáñame al desierto —la animó con dulzura—. Tendrás la oportunidad de preguntarle tú misma el motivo por el que no volvió a contactar con vosotros.

Tras sus palabras, se apartó de ella y se acercó a la mochila que había dejado en el suelo al entrar en el cuarto. La abrió y sacó de ella unas prendas masculinas. Parecía el uniforme de los guardaespaldas que le acompañaban de forma habitual. Al ver que se lo extendía para que lo cogiera, Zulima le lanzó una mirada interrogativa.

—No quiero despertar las sospechas de Brahim —le explicó Kalim—. No quiero que nadie le cuente que me ha visto atravesar el desierto acompañado de una mujer.

—¿Tan raro sería? —murmuró Zulima con desconfianza.

—Jamás lo he hecho —le aseguró con firmeza. Se acercó de nuevo a ella y tiró de su hiyab para obligarla a que le mirase a la cara—. La única mujer con la que he estado en el desierto ha sido contigo.

—¿Ni siquiera con tu esposa? —preguntó Zulima sin poder evitar que se trasluciera un matiz de celos en su voz.

—Ni con ella —negó Kalim con pesar en la mirada—. Jamás fui capaz de amarla. Le entregué mi cuerpo. Nada más. Nunca pisó este lugar —le confesó mirando alrededor—. En cierta forma, lo sentía como una traición, por eso nunca la llevé conmigo al desierto a pesar de que me lo pidió en múltiples ocasiones.

Zulima se alegró de su confesión, aunque a los pocos segundos se sintió mal por sentir esa alegría; por los celos desmedidos durante todos estos años en los que había creído que él amaba a su esposa; por haberse alegrado de su muerte y de la de su hijo no nato. Se sintió mal por no ser mejor persona; por celebrar de forma egoísta que no le hubiera entregado a su esposa lo que ella siempre había sentido como propio.

—Te dejo para que te vistas. Te espero en el *jeep* —le indicó Kalim antes de salir del cuarto. Era el mismo *jeep* con el que había ido la primera vez en el palacio y que había tenido que dejar allí cuando le habían recogido en el helicóptero tras la muerte de su tío—. Cuando estés lista, partiremos. Solo nos acompañará Abdul, mi guardaespaldas.

Minutos después, Zulima salía del palacio para encontrarse con Kalim y Abdul. Cuando Kalim la vio con el mismo uniforme que vestía Abdul, se dio cuenta de que cualquiera que la viera de cerca se daría cuenta enseguida de que era una mujer. A pesar de haber cogido el uniforme más pequeño que había encontrado, los pantalones le quedaban tan largos que le había tenido que dar varias vueltas a los bajos para evitar arrastrarlos por el suelo y la camisa le quedaba enorme. Una gorra ocultaba el hiyab que a su vez cubría sus cabellos. Estaba en cierta medida ridícula; no obstante, Kalim estaba seguro de que cualquiera que les viera pasar en el *jeep* no se fijaría más que en los colores del uniforme, así que para lo que lo quería, evitar que llegase a oídos de su primo que estaba con una mujer, sería suficiente.

—Estoy ridícula —se quejó Zulima con frustración.

Kalim sonrió ante su arrebató, hizo un gesto a Abdul para que se apartase y les dejase cierta intimidad y se acercó hasta ella. Zulima no era consciente de que para él no estaba ridícula sino tremendamente sexi. Desde que había aparecido en la puerta del palacio con esas trazas, se había sentido excitado. La cogió por la cintura y la elevó hasta que estuvo a su altura.

—Estás deliciosa —murmuró con ojos brillantes—. Me muero por arrancarte esa camisa y tocar tus pechos maduros, bajarte los pantalones y sumergirme en tu interior. Hacer que me supliques que pare... que siga... hasta que te corras mientras gritas mi nombre.

Zulima estaba en estado de *shock*. El hecho de que la hablase así la impactó. Los recuerdos que tenía de Kalim y de su amor eran los recuerdos de un niño, un adolescente. Nunca habían pasado de torpes besos y abrazos. Sin embargo, en ese momento, con unas simples palabras había logrado que toda ella ardiera de deseo. Había tenido relaciones con otros hombres, ya que el hecho de que no recordara nada de lo sucedido con Brahim y Zahir no le había impedido, con el tiempo, poder disfrutar de su sexualidad; sin embargo, ninguno de los hombres con los que había estado había conseguido que se excitara tan solo con unas pocas palabras como él había hecho en unos segundos.

Kalim sonrió al ver el deseo reflejado en el rostro de Zulima y cómo se humedecía los labios con la lengua. Le hubiera gustado poder poner en práctica aquellas palabras. Apoyarla en el capó del *jeep*, arrancarle la ropa y poseerla. Sin embargo, eso tendría que esperar porque no era ni el momento ni el lugar. Aparte del hecho de que no estaban a solas. Abdul permanecía a una distancia prudencial y trataba de fingir que no había sido testigo de la escena, aunque Kalim sabía que era casi imposible que no le hubiera oído. Se juró que no permitiría que pasase mucho tiempo antes de dar rienda suelta a sus deseos.

—Sube al *jeep* —le ordenó después de bajarla de nuevo al suelo.

A Zulima le costó un poco recuperar el ritmo normal de la respiración. Avergonzada y sin atreverse a mirar a la cara a Abdul, que permanecía de forma estoica a un lado, subió al vehículo. Kalim subió tras ella y Abdul ejerció las funciones de conductor para arrancar rumbo a su destino en el desierto.

El viaje transcurrió en silencio. Zulima se sentía invadida por una sensación de añoranza tan grande que no pudo evitar que se le escaparan las lágrimas. Hasta ese momento no había sido consciente de lo mucho que echaba de menos su país, el desierto que llevaba en la sangre y la vida que se había visto obligada a dejar atrás. Miró a Kalim de soslayo. Era tan diferente del muchacho

que recordaba... aunque ya con dieciocho años se adivinaba el hombre en el que se convertiría. Volvió a sentir el mismo dolor al pensar en cuán diferente hubiera sido su vida si no les hubieran separado. Sintió un dolor agudo que le atravesó el pecho. Se giró hacia la ventanilla para evitar que Kalim fuera consciente de la angustia que la asolaba.

Decía que la amaba pero, en realidad, no la conocía. Él amaba a la niña que recordaba y esa ya no era ella. Al igual que él ya no era el Kalim que una vez había conocido. El tiempo y las experiencias de la vida les habían cambiado y no había forma humana de que volvieran a ser los mismos de entonces. Kalim aún no lo comprendía, pero ella era consciente de que el tiempo de su historia de amor ya había pasado y que no había nada que pudieran hacer para recuperarlo.

—Hemos llegado —anunció Abdul al cabo de un par de horas.

Zulima parpadeó con sorpresa al darse cuenta de que estaban frente a un campamento. Tan sumida estaba en sus pensamientos que ni siquiera había sido consciente de que habían llegado a su destino. No lo reconoció aunque tampoco le extrañó. Las tribus del norte eran nómadas y desplazaban los campamentos de un sitio a otro. Habían pasado demasiados años desde que había estado en alguno de ellos como para recordarlo. Con nerviosismo miró alrededor. Esperaba ver a su tía Zara. No sabía si la reconocería. Habían pasado demasiados años y apenas recordaba al tío de Kalim. Solo lo había visto un par de veces, así como a sus hijas, Sira y Jasmine, fruto de un matrimonio anterior.

Se armó un gran revuelo con su llegada y Zulima se sintió cohibida. Se veía ridícula con la ropa que llevaba y no sabía lo que pensarían al ver a una mujer con semejante aspecto.

—Bienvenido, Kalim —saludó un hombre imponente que salió de una tienda y se acercó a ellos con una sonrisa—. Cuando nos enteramos de la muerte de mi hermano, supuse que Brahim enviaría a alguien para hablar conmigo y sospechaba que ese alguien serías tú.

Kalim estrechó la mano del hombre y Zulima se dio cuenta de que debía ser su tío Ahmed. Alto, con el pelo negro salpicado de canas y unos ojos oscuros y penetrantes que la miraban como si la evaluaran. De nariz aguileña y tez oscura, la observó de una forma que en ese momento Zulima no supo interpretar.

Una pequeña mujer apareció tras él y se quedó paralizada mientras miraba a Zulima sorprendida.

—Zulima, ¿eres tú? —A pesar de los años transcurridos y de las ropas ridículas que llevaba, Zara reconoció a su sobrina con facilidad. Estaba igual a la última vez que la había visto cuando apenas era una niña. Se acercó despacio hasta detenerse frente a ella.

Zulima también la reconoció al instante. No pudo evitar que se le empañaran los ojos y se

sorprendió a sí misma y a todos cuando se lanzó a los brazos de su tía que, en un principio, no supo qué hacer por la sorpresa. Al sentir cómo los hombros de Zulima se movían a consecuencias de los sollozos que sacudían su cuerpo, la abrazó con fuerza al tiempo que le susurraba palabras de consuelo.

—Tía Zara —gimió Zulima entre lágrimas.

Hacía tanto que no abrazaba a alguien de su familia, que se sintió sobrepasada por las emociones. De niña había estado muy unida a su tía Zara, aunque desde que se habían visto obligados a abandonar el país no habían vuelto a tener contacto alguno. El hecho de haber tenido también que cortar los lazos que la unían con su padre y que su hermana la hubiera traicionado al irse con Brahim había conseguido que durante todos estos años se sintiera tan sola que, de pronto, la sorpresa de ver de nuevo a su tía había sido más de lo que había podido resistir.

El tío de Kalim, que había observado toda la escena con sorpresa, hizo un gesto a su sobrino para que le acompañaran y los condujo a todos hasta su tienda. Abdul les siguió con mirada estoica. Como guardaespaldas de Kalim estaba acostumbrado a ver, oír y callar, aunque era evidente que tenía que estar haciéndose muchas preguntas sobre quién era Zulima en realidad.

Zara no soltó a su sobrina durante todo el camino. La instó a sentarse junto a ella en uno de los almohadones que se encontraban desperdigados por la tienda y Kalim se agachó para estar a su altura. Cogió su rostro con las manos para poder mirarla a los ojos que permanecían empañados por las lágrimas.

—No llores —le pidió con dulzura—. Qué torpe he sido... No me he dado cuenta de lo que debía significar para ti volver a ver a tu tía.

—¿Sabe Brahim que ella está contigo? —preguntó su tío Ahmed con curiosidad.

—No —respondió Kalim poniéndose en pie para enfrentarle—. Y preferiría que no lo supiera.

—Si de nosotros depende, no lo descubrirá —anunció Zara con firmeza—. ¿Por eso va así vestida?

—Sí —reconoció Kalim—. No quería que nadie informase a mi primo de que una mujer viajaba conmigo.

—¿Qué es lo que quiere Brahim de mí? —preguntó Ahmed al tiempo que invitaba a Kalim a sentarse—. Porque imagino que algo quiere y por eso te ha enviado como emisario.

—Quiere que forjemos una alianza —reconoció Kalim con seriedad—. Le interesa la estabilidad del país. Sabe que nunca habéis tenido una buena relación, así que está muy interesado en mejorarla.

—¿Y cómo pretende hacer eso? —preguntó su tío con curiosidad.

—Con una boda, por supuesto —anunció Kalim—. Quiere que me case con tu hija Jasmine.

Una exclamación ahogada se escapó de Zara al tiempo que Zulima palidecía. No entendía cómo Kalim podía haberle dicho que la amaba y ahora la sometía a la humillación de ser testigo de su compromiso con otra mujer.

—Tenemos que hablar —afirmó el tío de Kalim con gesto serio—. Será mejor que lo hagamos a solas. Zara, ordena que acomoden a Zulima. Imagino que le apetecerá comer algo, refrescarse y ponerse ropa más apropiada. Mientras tanto, Kalim y yo hablaremos para llegar a algún tipo de acuerdo

Kalim hizo un gesto de asentimiento y permitió que Zara se llevase a una aturdida Zulima que no lograba comprender lo que había escuchado. Que Kalim hubiera anunciado con esa tranquilidad que tenía pensado casarse con otra mujer cuando tan solo unas horas antes le había asegurado que aún la amaba... ¿Por qué la había llevado con él? ¿Por qué no le permitía abandonar el país? ¿A qué clase de juego enfermizo estaba jugando?

XIII

Zulima aún permanecía en estado de *shock* por el anuncio de Kalim respecto a su compromiso con Jasmine, la hija de Ahmed, cuando las palabras de su tía la sacaron del aturdimiento en el que estaba sumida. La había acompañado hasta una tienda y ordenado que le trajesen ropa y le preparasen algo de comer, por eso en ese momento estaba sentada junto a ella.

—Quisiera que me contaras todo lo que has hecho desde que dejaste de ver a tu padre —le pidió su tía Zara—. Él me mantenía informado sobre tu vida hasta que desapareciste. ¿A dónde fuiste?

Zulima oyó las palabras de su tía con estupor. ¿Su padre la había mantenido informada? Nunca le había dicho nada. Siempre les había hecho creer a Sulaima y a ella que su tía Zara no quería saber nada sobre ellos. La había echado de menos. Había sido su confidente, su amiga, y cuando les habían expulsado del país, ni una carta, ni una llamada... Era como si nunca hubieran existido.

—¿Dices que mantenías contacto con mi padre? —preguntó con escepticismo, ya que no lo creía posible—. Nunca me contó nada al respecto.

—Hablo con mi hermano todas las semanas —confesó Zara tras emitir un hondo suspiro—. Tu padre y yo decidimos que lo mejor para todos era que nadie lo supiese.

—¿Lo mejor para todos o lo mejor para ti? —replicó Zulima con enfado al descubrir el engaño.

—Lo mejor para el país. Si el rey hubiera descubierto que aún manteníamos contacto, lo hubiera considerado un desafío hacia su autoridad. Me prohibió de forma específica que volviera a verlos o a hablarlos. Por actos más pequeños han estallado guerras. Cuando el rey Mounir os desterró del país, le prohibió a Ahmed que se casara conmigo y quiso que yo también fuera desterrada. Ahmed le desafió y le amenazó con poner a las tribus del norte en su contra e iniciar una revuelta si se oponía a nuestra boda, así que el rey no tuvo más remedio que claudicar; a cambio, le exigió que yo no mantuviera contacto alguno con mi familia.

—¿Por qué nos odia tanto? —gimió Zulima con frustración. No comprendía por qué había llevado el castigo hacia Sulaima tan lejos como para que les afectase a todos ellos. Reconocía que Sulaima no había actuado bien. Fingir un embarazo no había sido el comportamiento más adecuado. No obstante, llegar hasta el punto de desterrarles le parecía excesivo. Obligar a su tía a

que renegara de ellos. Le parecía que la pena no había sido proporcional al crimen cometido.

—Esto se remonta a antes de que nacierais —reconoció su tía Zara con tristeza—. Lo de Sulaima fue solo la excusa que necesitaba.

—¿El rey? ¿La excusa que necesitaba para qué? No lo entiendo —replicó Zulima confusa.

—El rey no. La reina —confesó su tía.

—¿La reina? —preguntó Zulima consternada—. Ahora sí que no entiendo nada. ¿Qué tiene que ver la reina en todo esto?

—Sulaima es el vivo retrato de tu madre —le dijo su tía, como si eso fuese suficiente explicación.

—No entiendo nada, tía. ¿Qué tiene que ver mi madre en todo esto?

—El rey Mounir quiso casarse con tu madre antes de hacerlo con la reina Selenia. Estaba loco por ella.

—¿Quééé! —exclamó Zulima con sorpresa. Nunca lo hubiera creído posible.

—Sin embargo, ella amaba a tu padre —le explicó su tía Zara—, así que rechazó la posibilidad de ser reina. El rey Mounir quedó destrozado. Dos días después de que ella le rechazara se casó con la reina Selenia. Era su prima segunda y llevaba toda la vida enamorada de él, por lo que odiaba profundamente a tu madre a pesar de saber que no amaba al rey Mounir; a pesar de que le rechazó cuando le pidió matrimonio; a pesar de que casó con tu padre. Nada le pareció suficiente. La reina nunca superó los celos que sentía por ella.

—Pero mi madre no tenía la culpa que el rey se hubiera enamorado de ella. Además, le rechazó. ¿Por qué habría de sentir celos? —preguntó Zulima consternada.

—Un año después de la boda de tu madre, el rey Mounir le ofreció a tu padre el puesto de consejero real, lo que implicaba que debían irse a vivir a palacio. La reina se convenció de que tu madre y el rey se habían hecho amantes, aunque eso solo estaba en su mente. Tu madre amaba a tu padre por encima de todas las cosas. Cuando murió al darte a luz, pareció que los celos enfermizos de la reina habían terminado, hasta que Sulaima empezó a crecer y a parecerse cada vez más a tu madre.

—Es cierto —reconoció Zulima, que había visto en muchas ocasiones fotos de su madre—. El parecido es asombroso.

—Cuando la reina descubrió la relación entre Sulaima y Brahim, sintió como si tu madre volviese para robarle lo que era suyo, por eso le exigió al rey que os desterraran. También lo intentó conmigo, pero ante la oposición de Ahmed lo único que consiguió fue que el rey me obligara a romper cualquier lazo con vosotros; sin embargo, Ahmed nunca estuvo de acuerdo con

ello, por eso me permitió seguir manteniendo el contacto con tu padre a pesar del riesgo que ello suponía.

Zulima estaba sorprendida por todo lo que le había contado. Comprendió que, si bien las acciones de Sulaima habían sido el detonante, en realidad solo habían sido una excusa de la reina para vengarse de su madre a través de ellos. De no haber sido ese el motivo, con toda seguridad, habría encontrado otro.

—Tu padre me contó lo que te sucedió con Brahim y Zahir —añadió su tía con suavidad.

Zulima palideció ante sus palabras. Se levantó y comenzó a pasear de forma nerviosa por la tienda.

—No quiero hablar de ello.

—Lo entiendo. Solo me preguntaba... ¿lo sabe Kalim?

—Sí —reconoció Zulima avergonzada.

—Bien —afirmó Zara, y se acercó para abrazarla.

—¿Por qué me ha traído Kalim hasta aquí? —preguntó Zulima consternada.

—No lo sé, Zulima, pero estoy segura de que pronto lo descubriremos.

—No voy a entregarte a mi hija Jasmine como esposa —anunció Ahmed a Kalim en cuanto estuvieron a solas.

—Ni yo la deseo como tal —replicó a su vez Kalim.

Se miraron a los ojos durante unos segundos en los que Ahmed trató de descubrir la veracidad de sus palabras. Pareció haberla encontrado, ya que sonrió y se sentó de nuevo de forma relajada en uno de los sillones de la tienda.

—Muy bien —aceptó con una sonrisa—. Si no deseas a mi hija como esposa, ¿a qué has venido en realidad, Kalim? ¿y por qué has traído a Zulima contigo? Ni siquiera entiendo qué hace aquí. Si Brahim lo descubriera...

—¿Por qué dices eso? Ya me preguntaste antes si Brahim sabía de su presencia —le interrumpió Kalim molesto—. ¿Por qué crees que a Brahim le importaría o le molestaría que Zulima estuviera aquí?

Al ver que su tío durante un segundo le rehuía la mirada, lo comprendió:

—¡Lo sabes! —le acusó enfadado—. Sabes lo que Brahim le hizo.

Al ver que no lo negaba, preguntó con rabia:

—¿Cómo es posible que tú lo supieras y yo no?

—Zara me lo contó —reconoció Ahmed al tiempo que le miraba con sorpresa—. Lo que no sabía era que tú lo desconocías. ¿Cómo es posible?

Kalim enrojeció con vergüenza al comprender que tendría que contarle a su tío todos los escabrosos detalles que habían provocado que renegara de Zulima durante todos estos años. Aun así, primero necesitaba descubrir cómo era posible que ellos supieran algo que él desconocía.

—¿Cómo es posible que tu esposa Zara supiese algo que yo desconocía si no ha vuelto a contactar con su familia desde que les expulsaron del país?

—Porque sí mantuvo el contacto —reconoció Ahmed con reticencia—. Habla con su hermano todas las semanas aunque lo hemos mantenido en secreto. Tu tío nos exigió que mi esposa rompiera todo contacto con su familia, pero digamos... —continuó con una sonrisa—, que nunca se me ha dado bien obedecer órdenes. Y ahora que nos hemos sincerado, te pregunto de nuevo: ¿Qué es lo que quieres, Kalim, y por qué has traído a Zulima contigo? Porque lo que pretende Brahim ya lo tengo claro.

—Ahora mismo estoy atado de pies y manos —reconoció Kalim con frustración—. Quisiera matar a Brahim y a Zahir por lo que le hicieron a Zulima, sin embargo, tras la muerte de mi tío, Brahim va a ser coronado rey. Si hiciera algo contra ellos, la única opción que nos quedaría a Zulima y a mí sería escapar del país y pasarnos el resto de nuestra vida huyendo, y eso no es lo que deseo para ambos.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que quieres?

—He tratado de hablar con mi tía y explicarle lo que realmente sucedió hace tantos años, pero no quiere escucharme. Cree que es todo una vulgar mentira orquestada por Zulima. Sé que lo más inteligente sería subir a Zulima a un avión y devolverla a los Estados Unidos, pero no me siento capaz. Ya una vez permití que la apartaran de mi lado y abandonara el país, y pasaron veinte años hasta que volví a encontrarla. No pienso arriesgarme a que suceda de nuevo. No me alejaré de ella pase lo que pase.

—Muy bien —afirmó Ahmed—, pero sigo sin saber qué es lo que pretendes.

—Brahim quiere que me case con tu hija para forjar una alianza con las tribus del norte y que acepten de buen grado su subida al trono. Durante el camino hasta aquí, pensé en las diferentes opciones que tenía y esperaba convencerte a ti y a tu hija para que fingiéramos un compromiso que satisficiera a mi primo y me diera el tiempo suficiente como para conseguir el apoyo de mi tía e impedir que fuera coronado.

—Veo bastantes fallos en ese plan tuyo —le explicó Ahmed con tranquilidad—. En primer

lugar, mi hija ya está comprometida con otro hombre y él no permitirá que se produzca ninguna charada en ese sentido y, por otro lado, ¿cómo pretendes evitar la coronación de tu primo?

—Soy el comandante en jefe de su ejército —afirmó Kalim con voz tensa—. Si me opongo a él, los hombres me seguirán; sin embargo, no quiero iniciar una guerra. Brahim quiere utilizarme como instrumento político. Sabe que a través de mí tiene al ejército controlado y, a través de mi matrimonio con tu hija, tendría también la fidelidad de las tribus del norte.

—Aun en el caso de que fingiéramos un compromiso, sigo sin ver cómo pretendes impedir la coronación de tu primo.

—Creo que mi tío fue asesinado y sospecho que él tuvo algo que ver con ello —confesó Kalim con pesar.

Ahmed se quedó en silencio mientras le miraba asombrado. Jamás se hubiera esperado algo así. En cuanto se repuso de la sorpresa, preguntó con voz tensa:

—¿Tienes pruebas? Es muy grave lo que afirmas.

—Pruebas, no —reconoció Kalim—, solo sospechas. Por eso necesito tiempo para confirmarlas.

—¿Y qué sospechas son esas?

—La actitud del médico de mi tío. Creo que vio algo sospechoso en su muerte y, no sé si por miedo o por otro motivo, no se atreve a decirlo, aunque creo que si lo presionase un poco acabaría confesando. Necesito tiempo para convencerlo de que confíe en mí. En función de lo que me diga, le transmitiré mis sospechas a mi tía. Si consigo su apoyo, no habrá coronación. Así que, ya ves, lo único que necesito es tiempo; por eso pensaba que con que fingiéramos un compromiso sería suficiente.

—Pues ya ves que eso es imposible. Tendrás que pensar en otro plan.

Zulima estaba tan nerviosa que no podía descansar. Habían pasado horas desde que había dejado a Kalim con su tío Ahmed. Su tía Zara la había dejado sola en la tienda para que se cambiara de ropa, se refrescara y durmiera un poco, sin embargo, no era capaz. Tan solo cinco minutos antes, un grupo de sirvientas habían entrado en la tienda y preparado un baño. Zulima había aceptado con cansancio y permanecía sumergida en el agua con los ojos cerrados. Diez minutos después, volvieron las sirvientas.

—Señorita Zulima. La ayudaremos a vestirse para la ceremonia—anunciaron al tiempo que le traían ropa limpia para que se cambiase.

¿Ceremonia? ¿Qué ceremonia? Un frío helador atravesó sus entrañas al darse cuenta de cuál era la única ceremonia de la que podían hablar. ¿Era posible que Ahmed hubiera aceptado la propuesta de Kalim pero le hubiera exigido que se celebrara un matrimonio? ¿Qué otra ceremonia podía ser? Temerosa, sin atreverse a confirmar sus sospechas, permitió que la ayudaran a salir de la bañera, le pusieron una bata y le pintaron las manos y pies con henna.

Zulima no entendía nada, los dibujos le recordaban a los que había visto en el cuerpo de algunas novias. La peinaron y maquillaron casi antes de que pudiera darse cuenta. Cuando le mostraron el vestido que debía ponerse, se opuso con vehemencia. Lo que estaba viendo era, sin duda alguna, un vestido de novia.

—¿Qué significa todo esto? —logró articular a pesar de la rabia que sentía. ¿A qué demonios estaba jugando Kalim? ¿Por eso la había arrastrado con él? ¿Para utilizarla como moneda de cambio en sus planes? Él se comprometía con la hija de Ahmed. ¿Y ella? ¿Planeaba utilizarla para que se casara con quién? La furia hizo que empezara a verlo todo de color rojo.

—¡Largo! —gritó Zulima fuera de sí—. ¡Qué venga Kalim ahora mismo! ¡Llamad a Kalim!

Las sirvientas salieron apresuradas de la tienda. Zulima se paseó por la tienda mientras la furia que sentía crecía y crecía hasta que estalló cuando vio a Kalim en la tienda frente a ella.

—Zulima... —comenzó a decir Kalim, sin embargo, Zulima no le permitió que dijera más. Atravesó la tienda hasta situarse frente a él y, a pesar de su escasa estatura, lo agarró de la pechera y tiró de él para acercarlo, lo que le permitió cruzarle la cara de una bofetada que resonó por toda la tienda.

—¡Eres un cerdo! —rugió ella con furia.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó él desconcertado mientras se frotaba la mejilla que ella le había abofeteado.

—¿Te atreves a preguntarme lo que me pasa después de que le has pedido matrimonio a otra mujer en mi presencia y ahora me preparan a mí también como una novia? ¿Pretendes utilizarme para alguna de tus alianzas? ¿Por eso me has traído contigo? Pues que sepas que no pienso seguirte el juego —afirmó con voz rabiosa mezclada con lágrimas.

—¿Estás celosa? —preguntó Kalim sin poder evitar que se le escapara una sonrisa de suficiencia. Si en algún momento había dudado sobre si Zulima aún le amaba o no, sus dudas habían quedado resueltas con esta escena—. ¿Acaso no sabes que te amo? —le preguntó con voz ronca al tiempo que la apretaba entre sus brazos.

Zulima se resistió. Estaba demasiado enfadada como para caer presa de su hechizo. Le apartó de un empujón y se limpió las lágrimas traicioneras que se escurrían por sus mejillas.

—Quiero volver a los Estados Unidos —le exigió con fiereza.

Kalim la ignoró. Volvió a encerrarla entre sus brazos y capturó sus labios en un beso posesivo en el que descargó todo el dolor que había sentido en estos años. Zulima se resistió al principio pero, al ver que era incapaz de soltarse, permaneció apática sin devolverle el beso. Kalim, al darse cuenta de que no le correspondía, se apartó de ella para mirarla a los ojos.

—Te amo. Jamás he dejado de amarte; ni cuando pensé que me habías traicionado fui capaz de olvidarte. He vivido sin vivir. He existido sin existir porque tú eres mi vida. Eres la dueña de mi corazón. Hace muchos años que me lo robaste y ahora te exijo que me lo devuelvas.

Zulima comenzó a temblar sin poder evitarlo. Kalim la abrazó con ternura. Levantó su rostro para que le mirara y se volvió a apoderar de sus labios, aunque en esta ocasión la inundó con su amor. Con ternura, depositó suaves besos en sus labios, en sus mejillas. Bajó por su cuello mientras le susurraba todos aquellos sueños que había enterrado en lo más profundo de su alma para que nadie supiera; para que nadie se diera cuenta de que no había sido capaz de dejar de amarla.

—Creí que ya sabías lo mucho que te amo. Que siempre has sido y serás la única para mí —confesó con voz ronca—. ¿Acaso no me amas tú a mí?

Zulima le miró con el corazón en los ojos y negó con congoja. Ojalá todo fuera tan sencillo. Ojalá bastara con su amor.

—Kalim. Esto es una locura. Debo irme del país —susurró con tristeza—. Si Brahim descubre que estoy aquí... —La angustia la invadió al pensar en las posibilidades. ¿Sería capaz de dañar a Kalim? No estaba segura. Jamás hubiera imaginado que fuera capaz de hacerle a ella lo que le hizo, así que ¿cómo arriesgarse? —. Va a convertirse en rey. Tendrá libertad para hacer lo que quiera y nadie podrá impedirselo.

—Por ese motivo debo demostrar que provocó la muerte de mi tío —confesó Kalim

—¿La muerte de tu tío? —preguntó Zulima sorprendida al tiempo que se apartaba de él—. ¿Cómo lo vas a probar? ¿Tienes pruebas o solo meras sospechas? Lo que me estás diciendo me convence aún más de que debo irme del país. Si fue capaz de matar a su propio padre, ¿qué no será capaz de hacernos a ti y a mí? Más de lo que ya me ha hecho.

—Necesito convencer a mi tía para que le hagan la autopsia a mi tío. Así conseguiré las pruebas que necesito para demostrar que fue asesinado.

—Ya lo han enterrado, Kalim. Tu tía nunca aceptará la exhumación.

—Sí, si sembramos en ella la sospecha de que puede haber algo turbio en su muerte. Para ello debo volver a palacio y no podré hacerlo si no es acompañado de mi prometida.

—¿Por qué me cuentas todo eso? ¿Qué tengo yo que ver? —preguntó Zulima dolida—. ¿Y qué tiene que ver todo eso con que planees casarme con alguien? Como tú me has recordado en varias ocasiones, este ya no es mi país y tú no eres nada mío. No puedes obligarme a que me case con nadie.

Kalim la observó en silencio durante unos segundos hasta que anunció con aspereza:

—¿En qué momento se te ha ocurrido la peregrina idea de que permitiría que otro hombre tomara lo que es mío?

Zulima palideció de furia ante sus palabras. ¿Quién demonios se creía que era?

—Eres un cerdo arrogante —le espetó enfadada—. No soy tuya. No soy de nadie.

—Eres mía —replicó Kalim exasperado—. Has sido mía desde que tenías nueve años. Al igual que yo he sido tuyo desde entonces —murmuró al tiempo que se acercaba de nuevo hasta ella y enlazaba las manos en su espalda para rodear su cintura y abrazarla con delicadeza—. Perdóname. Me he comportado como un asno —le pidió con torpeza al comprender que el motivo de su enfado era la creencia de que pretendía casarla con otro hombre para usarla como un instrumento político.

Se arrodilló frente a ella.

—Eres la dueña de mi corazón —repitió una vez más—, y ni el tiempo ni la distancia han logrado que me olvide de ti. Cásate conmigo y te juro que intentaré hacerte feliz lo que nos resta de vida.

—¡Estás loco! —exclamó Zulima mirándole asombrada—. Se supone que has de volver comprometido con Jasmine... ¿y pretendes que nos casemos?

—No. No estoy loco. Es la mejor idea. He estado pensando con Ahmed en una solución a nuestro problema. Fingiremos que eres Jasmine, Brahim no se dará cuenta. No la ve desde que era una niña. Llevarás un nicab en su presencia y evitarás en todo lo posible hablar. Hace muchos años que no te ve y, desde luego, lo último que espera es verte. Si le decimos que eres Jasmine, se lo creerá.

—Es la mayor locura que he oído en mi vida. No lo haré —gimió angustiada. La simple posibilidad de volver a encontrarse con Brahim le provocaba sudores fríos—. Debería volver a Estados Unidos —murmuró con desesperación—. Sulaima también está en el palacio. ¿Crees que no va a reconocer a su propia hermana, incluso aunque lleve un nicab?

—Sulaima es la concubina del rey. No se relacionará con mi esposa. No le supondrás ninguna amenaza, así que no creo que ni tan siquiera se acerque a ti.

—Debería irme del país —repitió Zulima alejándose de él para darle la espalda.

—Este es tu país. Jamás deberías haber tenido que irte. ¿No lo has echado de menos? —le preguntó con fervor mientras la abrazaba por detrás.

—Más de lo que nunca te podrás imaginar —confesó Zulima con voz quebrada—. Os he echado de menos a ti y a este desierto hasta el punto del dolor. Sin embargo, ni podemos estar juntos ni podré volver a vivir aquí jamás. Lo sabes aunque no quieras reconocerlo.

—Siendo casi unos niños te juré que te amaría y honraría mientras viviera —le recordó Kalim mortificado por haber faltado a su palabra—. Me avergüenza reconocer que no te he honrado como te merecías, sin embargo, puedo asegurarte que jamás he dejado de amarte y estoy seguro de que tú a mí tampoco. De no ser así, no estarías aquí conmigo en este momento. ¿Vas a permitir que Brahim consiga lo que quería?, ¿separarnos para siempre?

—Si estoy aquí contigo es porque tú me has obligado y chantajeado. Si no fuera por eso, habría huido de nuevo y no habrías vuelto a encontrarme jamás —le espetó ella dolida.

—En ese caso —afirmó Kalim con dureza—, no me arrepiento de haberte chantajeado. Hace años te abandoné, y si algo te puedo asegurar es que no volveré a cometer el mismo error.

Zulima tenía tanto miedo... Miedo a creer que de verdad podía protegerla de Brahim. Miedo a creer que no la abandonaría. Miedo a no ser capaz de superar otra decepción. Kalim besó sus manos decoradas con henna y le suplicó con dulzura:

—Cásate conmigo, dueña de mi corazón.

—¿Y si no lo consigues? —preguntó Zulima con voz temblorosa.

—Si no consigo, ¿el qué?

—Si no consigues demostrar que tu primo tuvo algo que ver con la muerte de tu tío. Si Brahim llega a ser rey. Esa farsa de que soy Jasmine quizás pueda sostenerse unos días, incluso unas semanas, pero dudo que pueda hacerlo durante demasiado tiempo. Más tarde o más temprano se descubrirá la verdad. ¿Qué harás cuando eso ocurra?

—No llegará a ocurrir porque si no puedo demostrar que mi primo está implicado en la muerte de mi tío, nos iremos de Salima y jamás regresaremos; porque si de algo puedes estar segura —la tranquilizó mientras la abrazaba—, es que vaya donde vaya te llevaré conmigo.

XIV

Cuando años después Zulima recordara su boda con Kalim, solo podría decir que estaba como en una nube, como si no fuera ella misma. Aún no era capaz de comprender cómo había accedido a semejante locura. Contestaba cuando le hablaban y aquella parecía no ser su voz. Se veía a sí misma lejana, como si la persona que se estaba casando con Kalim no fuera realmente ella. Sentía una angustia que le constreñía el cuello y hacía que su voz sonase ahogada porque le parecía que estaban cometiendo una equivocación de proporciones bíblicas. Un error solo comparable al terrible momento en el que había accedido a ir a aquel cuarto con Brahim y Zahir.

Amaba a Kalim y le creía cuando afirmaba que él también la amaba, aunque estaba segura de que este plan absurdo estaba destinado a fracasar de la peor manera posible. No sabía qué le aterraba más, si la posibilidad de la muerte de Kalim o la suya propia, ya que le parecía que ese sería el terrible desenlace al que estaban abocados a consecuencias de sus actos.

—Baila conmigo, esposa mía —le susurró Kalim al llegar a su lado y tomar sus manos.

Zulima le miró con tristeza mientras se dejaba llevar y comenzaba a bailar al ritmo que él marcaba. Era evidente que Kalim no compartía sus temores. Había estado toda la ceremonia... ¿feliz? Zulima no comprendía cómo no era consciente de la realidad como lo era ella misma.

Había aceptado las felicitaciones de todos los miembros del campamento. Su tía Zara había llorado de alegría mientras la abrazaba. También había visto a las dos hijas de Ahmed, fruto de su primer matrimonio, Jasmine y Sira. Apenas las recordaba. Jasmine era una joven tímida y agradable que le contó que estaba comprometida.

—¿Estás siendo un iluso a propósito o de veras no eres consciente de lo absurdo de nuestros actos? —le preguntó Zulima con ironía a Kalim mientras este la hacía girar entre sus brazos.

Kalim interrumpió brevemente el baile. Fue tan solo un segundo, pero bastó para que Zulima fuera consciente de hasta qué punto le había afectado su pregunta.

—No era necesario este absurdo matrimonio para realizar la charada de fingir que soy Jasmine —le espetó Zulima con un toque de tristeza y de rabia a la vez.

Kalim apretó la mandíbula furioso. Interrumpió el baile de forma abrupta y exclamó de viva voz para que le oyeran todos los presentes:

—Mi dulce esposa me suplica que nos retiremos. Está impaciente por disfrutar de su noche de bodas —añadió burlón, lo que provocó las risas de los presentes y que Zulima enrojeciera avergonzada.

Sin más preámbulos, tiró de ella y la llevó en volandas a la tienda que les habían preparado. Una vez allí, se apartó de Zulima como si le quemara y se mantuvo unos minutos en silencio tratando de tranquilizarse. Cuando le pareció que lo había conseguido, se giró hacia ella dispuesto a descargar su enfado. Le ofendía que no comprendiera que aquello no era ninguna charada; sin embargo, al verla frente a él, pálida y temblorosa, intentando fingir una tranquilidad que estaba lejos de sentir, se sintió conmovido y su corazón se llenó de ternura. Se acercó a ella y le tomó el rostro entre las manos.

—¿Qué te pasa? Yo soy feliz. ¿Por qué tú no lo eres?

—¡Feliz! —exclamó ella al tiempo que se le escapaba una carcajada histérica y se apartaba de él para que no la tocara—. ¡Qué si soy feliz! —repitió mientras meneaba la cabeza para negar dicha afirmación—. ¡Esto es una locura! ¡Tú estás loco! Y yo estoy loca también por haberme dejado arrastrar por ti.

Kalim la observó durante unos segundos mientras ella no dejaba de dar vueltas por la tienda rezongando sobre lo absurdo de sus actos. Harto de la situación, Kalim se le acercó para interrumpir su diatriba. La sujetó por la cintura, lo que la dejó inmóvil y muda por la sorpresa. Subió las manos por su cuerpo en una caricia hasta que cogió su rostro entre las manos y la besó. La besó como nunca la había besado. Como nunca se había atrevido. Como siempre había deseado besarla. Le entregó su alma, su corazón, su vida en ese beso, y le exigió una respuesta a la altura.

Al principio Zulima no pudo reaccionar por la sorpresa. Sin embargo, a los pocos segundos se sintió inundada por una ola de amor tan grande que en ningún momento supo de quién de los dos procedía, solo que la esclavizaba en cuerpo y alma. Respondió a los besos de Kalim con idéntico fervor. Sentía como si se estuviera desgarrando por dentro.

Kalim interrumpió el beso de forma abrupta y se apartó de ella para poder mirarla a la cara. Las lágrimas anegaban el rostro de Zulima y, al mirarla a los ojos, ella prorrumpió en sollozos. Kalim no sabía qué hacer ni qué decir, así que se limitó a abrazarla con ternura. Zulima se aferró a él con desesperación. Kalim la cogió entre sus brazos y la depositó en el lecho nupcial. Zulima se apretó aún más contra él y él la abrazó más fuerte mientras le susurraba al oído lo mucho que la amaba, hasta que el agotamiento pudo con ella y se quedó dormida. Incluso en ese momento, Kalim no se atrevió a soltarla. Tenía el horrible pensamiento de que si se apartaba, aunque solo fuera un instante, ella se iría y no la volvería a ver jamás.

Rozaba el amanecer cuando Zulima abrió los ojos. Notó un cuerpo caliente a su espalda y durante unos segundos se tensó presa del temor. Jamás había dormido con otra persona. Los hombres con los que había estado habían sido solo un simple desahogo para la soledad que en ocasiones la atenazaba, pero jamás había pasado la noche entera con ninguno de ellos. Tardó unos segundos en comprender dónde estaba, qué había pasado y quién era el hombre que estaba a su lado. Se giró para contemplarle y descubrió que él la observaba en silencio.

Abrió la boca para decir algo, lo que fuera que interrumpiera la intimidad de ese momento, pero él se lo impidió. Kalim depositó un dedo entre sus labios para acallarla y negó con la cabeza:

—No digas nada —le pidió al tiempo que la enlazaba por la cintura y la atrapaba bajo su cuerpo.

Zulima permaneció inmóvil y permitió que Kalim la abrazara para, poco a poco, comenzar a desnudarla. Cuando ya no quedó una prenda de ropa sobre su cuerpo, Zulima, enrojecida y temblorosa, cerró los ojos avergonzada.

—Abre los ojos —le pidió Kalim con dulzura.

Zulima los abrió y quedó sobrecogida al adivinar el deseo, el amor y hasta el miedo en los ojos de Kalim. Este acercó su rostro al de ella y la devoró con ansia. Con fervor. Con adoración.

Primero besó sus labios, sus mejillas. Descendió por su cuello hasta llegar a sus pechos. Lamió sus pezones y los chupó hasta que Zulima no pudo evitar dejar escapar un gemido y aferrarse a las sábanas mientras notaba la humedad que empapaba sus muslos. Kalim descendió por su cuerpo sin dejar de torturarla con besos y caricias que hicieron que Zulima jadeara, hasta situarse entre sus piernas. La instó a separarlas e introdujo la cabeza para saborear el centro de su ser.

—¡Dios mío, Zulima! —gimió con voz torturada—. Cuando los dioses griegos hablaban de ambrosía, se referían a tu sabor.

Zulima no pudo evitar que se le escapara un grito y, casi al instante, se sintió arrastrada por un orgasmo que la dejó palpitante y deseosa de más. Acarició el corto cabello de Kalim, que aún permanecía con la cabeza entre las piernas y, para su sorpresa, él comenzó a hablar al tiempo que la lamía de nuevo:

—Quiero que olvides a cualquier hombre con el que hayas estado —murmuró justo antes de lamer en su interior hasta que ella gimió enfebrecida y le pidió que parara, que siguiera... no era capaz de pensar con claridad.

Kalim le dio un par de lametones más hasta que sintió en su lengua cómo le provocaba otro

orgasmo. Se apartó de ella para observarla. Zulima cerró los ojos con vergüenza. Le parecía todo demasiado íntimo. Se sentía descarnada. A pesar de haber tenido dos orgasmos, aún le palpitaba el centro de su ser con deseo. Solo quería que la poseyera de una vez.

Kalim se desnudó con rapidez. Trepó por su cuerpo hasta situarse entre sus piernas. Sabía que estaba empapada por los orgasmos, así que se introdujo de forma brusca, casi desesperada, en su interior. Ambos gimieron al notar la fricción. Kalim creyó que moriría allí mismo por el placer tan inmenso que sentía. Nada era comparable a esto. Ninguna de las mujeres que había poseído en su vida le habían hecho sentir ni una mínima parte de lo que estaba sintiendo en ese momento. Salió del interior de Zulima para volver a introducirse con fuerza, lo que provocó que ella gimiera con deseo. Ese sonido le enardeció y dio paso a la locura. Se inició un ritmo brutal que provocó que ambos se abrazaran y lucharan por hacerse con el mando. Cuanto más fuerte se sumergía en ella, más le apretaban sus músculos vaginales. Se sumergieron en una vorágine de placer que culminó en un grito gutural que ambos emitieron a un tiempo. Kalim se derrumbó sobre Zulima en estado de *shock*. Se sintió avergonzado. Se había comportado como un animal. Levantó la cabeza para disculparse, cuando vio que ella le miraba con expresión de asombro:

—Ha sido maravilloso —susurró con voz dulce como la miel—. Jamás he sentido algo así.

Un orgullo masculino invadió su cuerpo. Dejó de sentirse avergonzado y le sonrió con petulancia:

—Esto es solo el comienzo.

Sus palabras provocaron las risas de Zulima, al tiempo que añadía:

—Estoy impaciente porque me muestres más.

Cuando Zulima volvió a despertar, ya era pleno día. Giró la cabeza y comprobó que estaba sola. Acarició con ternura el hueco de la cama que había ocupado Kalim y notó que estaba frío. Hacía tiempo que había abandonado el lecho. Imágenes de lo sucedido durante la noche invadieron su cabeza y provocaron que se sonrojara. Se estiró, satisfecha, como una gata. Se tocó el punto en el que tenía el corazón con una mano, porque la felicidad que sentía en ese momento era tan intensa que dolía. Permaneció todavía unos minutos más, recostada en el lecho, rememorando todos los momentos. Todas las palabras. Todas las promesas.

Era consciente de que no podía permanecer mucho más sin levantarse, así que salió de la cama con cuidado porque le dolía todo el cuerpo. En una esquina del cuarto, observó que alguien había dejado ropa para ella. Un vestido y un nicab. Este último le sorprendió, ya que nunca lo

había utilizado. Solo había usado el hiyab.

Desde que se había visto obligada a ocultar su identidad hacía ya tantos años, había tenido que renunciar a todo aquello que pudiera identificarla como musulmana y quizás propiciar que la localizaran, así que entre otras cosas había abandonado también la forma de vestir de su país. Sin embargo, en el tiempo que llevaba en Salima, Kalim se había encargado de proporcionarle ropa acorde con las costumbres musulmanas.

Tuvo que reconocer que lo había echado de menos. Sentía como si poco a poco pudiese recuperar sus raíces. Tomó las prendas con cuidado. No sabía a quién pertenecían aunque, al ponérselas, observó que eran de una mujer con un físico parecido al suyo, al igual que las que le había dado su tía la tarde anterior. Supuso que serían de Jasmine, ya que ambas se parecían. Una vez vestida, se animó a salir de la tienda para buscar a Kalim.

No tardó mucho en encontrarle. Estaba en el centro del campamento hablando con uno de los hombres de su tío. En cuanto fue consciente de su presencia, interrumpió la charla e hizo un gesto al hombre con el que hablaba para que esperarse mientras se acercaba a ella con una sonrisa. Cuando estuvo frente a ella, la cogió de una de las manos y tiró de ella para acercarla a su pecho. Elevó el rostro de Zulima con un dedo bajo su barbilla y depositó un dulce beso en sus labios.

—Buenos días, dueña de mi corazón.

—Debemos hablar —le susurró Zulima sonrojada, asaltada por los recuerdos de lo sucedido la noche anterior.

—Lo sé —reconoció Kalim con una sonrisa—. Primero debo reunirme con mi tío. Después, hablaremos.

—De acuerdo —aceptó Zulima con resignación.

—Vuelve a la tienda, pediré que te lleven algo para desayunar. Había ordenado que no te molestaran para que pudieras descansar.

Zulima vio cómo Kalim se marchaba en dirección a la tienda de Ahmed, así que regresó a la tienda en la que habían pasado la noche. Apenas llevaba unos minutos cuando las sirvientas que la habían ayudado el día anterior a vestirse llegaron con el desayuno acompañadas de su tía Zara.

—Buenos días, Zulima —saludó su tía con una gran sonrisa—. Al final, ayer no tuvimos mucho tiempo para hablar. ¿Por qué no me cuentas lo que has hecho en todos estos años? Desde que rompiste el contacto con tu padre no he vuelto a saber de ti.

Durante lo que le parecieron horas, Zulima y Zara estuvieron poniéndose al día. Zulima se permitió durante unos instantes incluso imaginar cómo sería su vida junto a Kalim si pudiera

permanecer en Salima. Reencontrarse con su padre sin tener que preocuparse por Brahim o por Zahir. Con tristeza, no tardó en comprender que eso era una utopía. Si Brahim llegaba a ser rey, Kalim y ella jamás podrían estar juntos. Por lo menos en Salima. Tendrían que huir del país y, con toda seguridad, jamás podrían regresar.

—¿Quieres hablar con tu padre? —le ofreció su tía Zara—. No le he dicho que estás aquí. No estaba segura de que quisieras que lo supiera.

—Prefiero que no sepa nada —afirmó Zulima con tristeza—. El plan de Kalim me parece una locura. Tengo miedo de lo que nos pueda suceder si Brahim lo descubre. Solo cuando me sienta a salvo encontraré las fuerzas para llamarle.

—Te entiendo —aceptó su tía con una sonrisa triste—. Quiero que sepas que, cuando estés preparada, solo tienes que decírmelo.

—Gracias. Te lo haré saber —aceptó Zulima con una sonrisa.

Un par de horas después, Kalim entró en la tienda y se encontró a Zulima en animada charla con su tía Zara.

—¿Puedes dejarnos a solas, Zara? —le pidió Kalim mientras miraba a Zulima con intensidad.

Aún no se podía creer que realmente fuera su esposa. Sabía que la boda no era necesaria para que fingiese ser Jasmine, y tenía que reconocer que la había manipulado para que accediera a casarse con él, sin embargo, no se arrepentía. Si fuera necesario lo volvería a hacer una y mil veces más. Zara se despidió de su sobrina con un beso y salió de la tienda para dejarles intimidad.

—Ese plan tuyo de hacerme pasar por Jasmine es una locura y tampoco era necesario que nos casáramos para llevarlo a cabo —comenzó Zulima en cuanto quedaron a solas dando voz a sus propios pensamientos.

—Lo sé —reconoció Kalim, lo que provocó que ella le mirara con sorpresa. Esperaba que hubiera negado la locura de lo que habían hecho, no que le diera la razón.

—¿Entonces? —preguntó perpleja.

—Entonces... nada. No puedo abandonar mi país y dejarlo en las manos de Brahim. No mientras haya algo que pueda hacer para evitarlo, y más si, como sospecho, asesinó a mi tío. El matrimonio es la única forma que he encontrado de mantenerme a salvo e impedir que te alejaras de mi lado.

—Si Brahim descubre que estoy en el país, no creo que el hecho de ser tu esposa le vaya a importar lo más mínimo —protestó Zulima.

—Es cierto. Por eso era importante que se celebrara este matrimonio. Si llegado el caso

tienes que huir del país sin mí, como mi esposa encontrarás la ayuda necesaria para poder hacerlo sin dificultades. Una vez en el extranjero tendrías acceso a todos mis activos. Tendrías la vida solucionada.

Zulima le miró sorprendida por sus palabras. No quería bienes materiales ya que nunca los había necesitado. Lo que quería era que ninguno de los dos muriera. Ambos sabían que lo más práctico era que ella abandonara el país en ese mismo instante; sin embargo, ambos fingieron que esa posibilidad no existía. Zulima renegaba de esa idea y le calentaba el corazón que él tampoco se lo hubiera pedido; que la considerara lo suficientemente fuerte como para resistir los problemas que se pudieran encontrar aunque en el fondo estuviera aterrorizada ante la posibilidad de reencontrarse de nuevo, frente a frente, con Brahim.

—No quiero tu dinero. —No quería que pensara que ese era el motivo por el que había aceptado ese absurdo matrimonio.

—Lo sé —murmuró Kalim—, pero yo quiero estar seguro de que si lo necesitas puedas utilizarlo, ¿lo entiendes?

—Sí —reconoció ella con un suspiro que denotaba el cansancio acumulado—, sin embargo, eso no quiere decir que me guste.

—He pedido que te preparen una maleta con tu nueva ropa. No podrás llevar a palacio ningún objeto que te pertenezca de verdad. No queremos que haya ninguna duda sobre tu identidad como Jasmine.

—¿De quién es esta ropa? —preguntó Zulima con curiosidad.

—De Jasmine, a excepción del nicab. Me ha costado un poco conseguir uno. Aún hay un sector de la población muy tradicional que considera que la mujer debe usarlo. Es una minoría, aunque estoy seguro de que mi primo no tendrá ni idea. Nunca le ha interesado la situación política del país. Le diremos que a pesar de que no te he pedido que lo uses, insistes en hacerlo porque en tu pueblo muchas de las mujeres lo llevan y tu madre era una de ellas. No se lo cuestionará. Hace años que no trata con Ahmed y nunca llegó a conocer a su primera esposa. En cuanto estés lista nos despediremos de mi tío Ahmed y de tu tía Zara, y partiremos hacia palacio para comenzar la farsa.

—Tengo miedo, Kalim —susurró Zulima con un hilo de voz. Lo cierto era que estaba aterrorizada por volver a ver a sus violadores.

Kalim la abrazó sin decir nada. Nunca lo reconocería en voz alta, pero él también tenía miedo. Por ella. Por él. Miedo a que Brahim descubriera la charada. Miedo a que los separaran de nuevo o incluso de algo peor.

XV

Zulima tenía la sensación de que se ahogaba. Le costaba respirar, le temblaban las manos y no era por el nicab que ahora cubría su rostro. Todo el viaje de vuelta a palacio desde el campamento transcurrió en el más estricto de los silencios. Abdul iba al volante. Kalim le había indicado que nadie, bajo ninguna circunstancia, debía saber que era Zulima la que se ocultaba bajo el nicab. Para todo el mundo ella era Jasmine, la hija de Ahmed.

Zulima no podía dejar de pensar en la locura que estaban a punto de cometer. Estaba segura de que Brahim se daría cuenta de que ella no era Jasmine y que la reconocería a pesar del nicab que solo permitía ver sus ojos.

Kalim se obligó a sí mismo a relajarse. Apretaba con tanta fuerza la mandíbula que sentía el rostro agarrotado. La idea de llevar a Zulima ante la presencia de Brahim y Zahir le repugnaba, sin embargo, no se le ocurría qué más hacer. Ya la había puesto en peligro al obligarla a retornar al país. La única manera que se le ocurría para poder protegerla y que no se alejara de él era mantenerla lo más cerca posible, porque bajo ninguna circunstancia permitiría que nadie volviera a hacerle daño. Si para ello tenía que matar a Brahim y a Zahir, que así fuera.

Al cabo de unas horas llegaron a palacio. Anochecía. Zulima no pudo evitar soltar un suspiro al verlo. Recuerdos de su infancia pugnaron por salir. Aquellos tiempos en que su padre era consejero del rey Mounir y su vida era distinta. El nicab le cubría el rostro y solo permitía que se le vieran los ojos que, en ese momento, lucían asustados.

—Jasmine nunca ha estado en este palacio. No lo olvides —le susurró Kalim antes de descender del vehículo y después de que Abdul les abriera la puerta.

—¿Qué? —jadeó Zulima que apenas le había escuchado ya que solo era capaz de oír el ritmo acelerado de su propio corazón.

—Que Jasmine nunca ha estado en palacio —repitió Kalim en un susurro—. No conocerá la distribución de las habitaciones ni estará acostumbrada al protocolo de la vida en la corte. Se supone que se ha educado en el desierto, con otras costumbres y tradiciones, ¿lo entiendes?

Zulima asintió con torpeza. En ese momento, se acercó un sirviente que se inclinó ante Kalim con formalidad.

—Informa a mi primo de que he regresado y de que lo he hecho acompañado de mi nueva esposa —le ordenó Kalim.

Si al sirviente le sorprendieron sus palabras, no lo manifestó. Se limitó a asentir en silencio, ordenar que recogieran el escaso equipaje con el que habían llegado y entrar en palacio tras Kalim, Zulima y Abdul.

—¿Cómo está mi tía? —preguntó Kalim al sirviente.

—No está en palacio. Le pidió al rey que le permitiera retirarse a la casa de Mensalah. El palacio le traía demasiados recuerdos.

—Entiendo —respondió Kalim, al que no se le pasó desapercibido que aunque aún no se hubiera celebrado la coronación ya se referían a Brahim en esos términos.

Supuso un cierto alivio saber que su tía Selenia no estaba, puesto que aunque sabía que no había visto a Jasmine desde que esta era una niña, era mejor no arriesgarse. Cabía la pequeña posibilidad de que sospechara que Zulima no fuera quien decía ser.

Zulima siguió a Kalim al interior de palacio un par de pasos por detrás. Este no se detuvo a comprobar si Zulima le seguía, se limitó a dirigirse a sus aposentos. No quería que nadie pensara que le prestaba a su nueva esposa más atención de la debida. Más de la que le había prestado jamás a su primera esposa.

—Raisa —llamó Kalim a una doncella que encontraron en uno de los pasillos—. Te presento a Jasmine, mi nueva esposa. Se ha criado en el desierto y desconoce la vida en palacio, así que tu labor será ayudarla en todo lo posible.

—Así lo haré, jeque Kalim —afirmó la doncella con una reverencia al tiempo que no podía evitar lanzar una mirada curiosa sobre Jasmine. No era usual ver una mujer con nicab.

—Prepara la que fuera habitación de mi primera esposa para ella —ordenó Kalim con frialdad mientras ignoraba el jadeo ahogado que se escapó de Zulima ante sus palabras.

Se limitó a seguir caminando, lo que obligó a Zulima a seguirle. Aunque por dentro ardía de furia, no fue hasta que estuvieron a solas en el cuarto de Kalim que pudo dar rienda suelta a su enfado.

—¡Eres un cerdo! —exclamó al tiempo que le cruzaba la cara de una bofetada. Ambos se quedaron inmóviles y sorprendidos por el gesto hasta que, al cabo de unos segundos, Zulima se cubrió los ojos con las manos y comenzó a sollozar.

—No llores —susurró Kalim al tiempo que se acercaba para abrazarla. Desconocía el motivo de su enfado y tenía que averiguarlo.

—¡No me toques! —exclamó Zulima con rabia—. Ni se te ocurra tocarme después de lo que acabas de hacer.

Kalim la miró sin comprender. Repasó lo sucedido desde que habían llegado. Lo único

que había hecho... se maldijo en silencio al comprender por qué se había ofendido.

—¿Me has golpeado por qué he pedido que arreglen para ti las habitaciones de mi primera esposa? —preguntó con dulzura.

Zulima se limitó a mirarle con furia. Se arrancó el nicab, lo que provocó que se derramasen sus cabellos por su rostro. Kalim nunca la había visto más hermosa. La furia y las lágrimas derramadas hacían que sus ojos refulgiesen como estrellas. Al principio, Kalim se alegró de su enfado, ya que el único origen que podía tener eran los celos; sin embargo, al minuto se dio cuenta del daño que le había hecho sin proponérselo y eso era lo último que quería.

—Mi esposa y yo teníamos cuartos separados —le explicó mientras señalaba hacia la puerta lateral que separaba ambas estancias—. Esa puerta conduce al que era su cuarto. He pedido que te arreglen esa habitación porque resultaría muy extraño que nunca hubiera compartido la mía con ella y, sin embargo, lo hiciera con Jasmine. Lo que quiero que tengas claro es que esto es de cara a la galería porque mi intención es que duermas conmigo todas y cada una de las noches que pasemos en este palacio. No permitiré que te alejes de mí más allá de lo indispensable.

La furia que Zulima sentía se diluyó por sus palabras. Kalim se acercó a ella y le acarició las mejillas con dulzura. Le besó los ojos enrojecidos y lamió sus lágrimas. Siguió el rastro de las mismas y la cubrió de besos al tiempo que le susurraba:

—Te amo, dueña de mi corazón. No vuelvas a dudarle nunca. No te lo permitiré.

Zulima se abrazó a él temblorosa. Tenía tanto miedo de que algo les volviese a separar... No creía que pudiera soportarlo de nuevo. Kalim la tomó en brazos y la llevó hasta la cama, donde la depositó con suavidad sin dejar de murmurarle lo mucho que la amaba hasta que notó que Zulima ya no temblaba. De pronto, unos golpes en la puerta les interrumpieron.

—Jeque Kalim —oyeron a uno de los criados, que llamaba al otro lado de la puerta.

Con un suspiro, Kalim se apartó de Zulima. Supuso que su primo ya le había mandado llamar. Le dio un ligero beso en los labios antes de dirigirse hacia la puerta y comprobar el motivo por el que los habían interrumpido. Tal y como sospechaba, su primo solicitaba su presencia y la de Jasmine, su esposa.

Brahim miró a su primo Kalim y a su esposa con desagrado. No le gustaban las sorpresas ni todo aquello que no pudiera controlar.

—Te dije que hablaras con nuestro tío para forjar una alianza con las tribus del norte y que te comprometieras —afirmó con frialdad—. En ningún momento recuerdo haberte dicho que te casaras y volvieras con una esposa.

—Lo sé, primo—reconoció Kalim—, sin embargo...

—¡No soy tu primo! ¡Voy a ser tu rey! —interrumpió Brahim con furia.

Kalim se abstuvo de recordarle que aún no lo era o de decirle que haría todo lo que estuviera en sus manos para evitar que llegara a serlo. En lugar de eso, le explicó en tono conciliador:

—Sabes que nuestro tío Ahmed no te tiene en mucha estima.

—Soy consciente de ello —gruñó Brahim—. De ahí que te enviase para limar asperezas. No deseo una guerra. Quiero que las tribus del norte me acepten como su líder.

—Eso le expuse a nuestro tío. Le comenté tu sugerencia de que me comprometiera con su hija Jasmine y él estuvo de acuerdo; sin embargo, me exigió que el matrimonio se llevara a cabo en ese mismo momento —explicó Kalim con cautela.

—¿Por qué? —preguntó su primo molesto por las exigencias.

—Digamos... —Kalim hizo una pausa dramática y fingió durante unos segundos que dudaba, como si lo que estaba a punto de decir no fuera a ser del agrado de Brahim, cosa de la que estaba completamente seguro—. Expresó cierto recelo ante tu palabra.

—¡Mi palabra! —exclamó Brahim indignado—. ¿Dudó de mi palabra?

Kalim tuvo que ocultar una sonrisa al comprobar a su primo ahogarse en una indignación repentina. Aun así, se obligó a adoptar una actitud contrita:

—Nuestro tío Ahmed temió que, una vez fueras coronado y obtenido su apoyo, renegáramos del compromiso y no me casara con su hija, así que me obligó a hacerlo allí mismo para demostrarle que no se trataba de ninguna argucia. Te presento a Jasmine, mi nueva esposa.

Tras esas palabras, hizo un gesto a Zulima, que se había mantenido un par de metros por detrás de él, para que se acercara. Estaba aterrorizada. Temía que en cualquier momento Brahim la señalara y se diera cuenta de quién era

—Primo Brahim —susurró con voz temblorosa ahogada por el nicab—. Os doy el pésame por la muerte de vuestro padre y, a su vez, os felicito por vuestra próxima coronación.

Brahim no pudo evitar observar con disgusto el nicab que la cubría. No era muy frecuente encontrar en Salima mujeres que lo llevaran. Le impedía ver su rostro y sentía curiosidad. Oír su voz temblorosa le produjo cierta satisfacción. Le recordó a su esposa tan tímida, tan sumisa...

—Está bien, Kalim —sonrió con condescendencia hacia su primo—. A fin de cuentas... has seguido mis instrucciones. Espero que estés satisfecho con tu nueva esposa.

—Lo estaré —afirmó Kalim como si dudara de ello. Quería que Brahim pensara que había

actuado presionado por las circunstancias, pero que no estaba nada contento con ello.

Brahim le miró con satisfacción. No sabía por qué disfrutaba tanto con el malestar de su primo. No entendía lo que la gente veía en Kalim. Todos le querían. Tan honorable, tan fuerte... Se le revolvió el estómago solo de mirarle. Deseaba su infelicidad, no podía remediarlo. Todo lo ocurrido con Zulima le había producido una inmensa satisfacción aunque no hubiera sido idea de él, sino de su padre.

El placer que había sentido al vejarla, al destruir el amor que Kalim sentía por ella, había sido indescriptible. Lo único que lamentaba era que él no lo supiera. Daría lo que fuera por poder decírselo. Quizás algún día lo hiciera, pero ahora mismo no le convenía. Necesitaba que estuviese a su lado para calmar la situación y propiciar una adecuada transición. Kalim era muy respetado entre las tropas. Si él y su tío Ahmed se aliasen en su contra le resultaría difícil llegar a ocupar el trono. Así que no, por mucho que lo desease, no podía contarle a Kalim cómo le había arrancado la virginidad a la mujer que amaba.

Un recuerdo de aquel día le vino a la cabeza y se excitó en el acto. No tenía que haberla drogado. Era lo único que lamentaba. Hubiera disfrutado aún más con la lucha. Sin embargo, en aquel entonces era más joven. No tenía tanta experiencia. Los años pasados junto a su esposa le habían permitido pulir sus gustos y sus atenciones. Si Zulima volviera a caer en sus manos...

—Retiraos —ordenó a Kalim y a su esposa—. Nos veremos en la cena.

Estaba excitado. Aún tenía tiempo para jugar. Se lamió los labios al recordar lo que había obligado hacer a su esposa esa misma mañana. Por un lado, le encantaba que fuera tan sumisa, pero en ese momento lo que le apetecía era un poco de pasión, así que salió de la sala de recepciones en busca de Sulaima. Notaba su miembro duro. Si no fuera por la túnica que llevaba, todos serían conscientes de su excitación. Abrió de golpe la puerta de las habitaciones de su concubina, que se giró con rapidez asustada por el ruido.

—Idos —exigió Sulaima con rapidez a las doncellas que se encontraban en el cuarto, que se apresuraron en obedecer sus órdenes. Ya sabían lo que iba a pasar. No era la primera vez que se producía esa misma escena.

Brahim llegó junto a Sulaima que, con el porte de una reina, le observaba orgullosa. Brahim tiró de sus ropas para desnudarla y ella le ayudó. Cuando la tuvo completamente desnuda frente a él, Brahim se quitó la túnica y la empujó contra la cama que estaba a su espalda. Tiró de sus piernas para abrirlas y observó con satisfacción que no llevaba ropa interior, como a él le gustaba. Entonces, la penetró. Estaba húmeda, como siempre. La folló de forma salvaje, una y otra vez, de todas las formas posibles. Sulaima gritaba y jadeaba con placer. Incluso cuando separó sus nalgas y se introdujo con brusquedad, el grito de dolor fue secundado casi al momento por otro de

placer. Brahim se corrió dentro de ella y con satisfacción observó cómo su propio semen rezumaba entre las nalgas de su amante, aunque aún no estaba satisfecho. Volvía a estar excitado.

—No te muevas —le exigió. Sin preocuparse por su desnudez, llamó a uno de los criados. Este no se inmutó ni ante su desnudez ni ante sus órdenes. Estaba acostumbrado a ese tipo de escenas.

Brahim se dirigió hacia la cama y observó a Sulaima, que no se había movido. Permanecía de forma obediente tumbada sobre su estómago, esperando sus órdenes. Al cabo de unos minutos, oyeron un golpe en la puerta.

—Adelante —concedió Brahim.

Zahir entró en el cuarto y sonrió satisfecho al ver la escena. Se desnudó y se dirigió a la cama en la que yacía Sulaima expectante. Ya sabía lo que se esperaba de él. De ambos. No era la primera vez. Ni tampoco sería la última. Observó el ano dilatado de Sulaima y, con una gran sonrisa, la penetró. Ella apenas se quejó. Estaba acostumbrada. No disfrutaba con ello aunque lo fingía. Merecía la pena. Mientras tuviera contento a Brahim, nunca la dejaría. Tenía incluso más poder que la mosquita muerta de su esposa y eso le encantaba. Viviría siempre como una reina aunque no lo fuera. Brahim y Zahir la poseyeron, pasándosela de uno a otro, e incluso, en ocasiones, la penetraron ambos a la vez hasta que Brahim acabó agotado y satisfecho.

—Eres la mejor amante de la que ningún hombre podría disfrutar —la felicitó con una gran sonrisa antes de que Zahir y él abandonaran el cuarto.

Zulima temblaba mientras seguía a Kalim en dirección a sus aposentos después de la reunión con Brahim. Kalim caminaba con tanta rapidez que le costaba seguir sus pasos. La sala de recepción estaba tal y como Zulima la recordaba. Era evidente que el tiempo no había pasado por el palacio del rey; sin embargo, Brahim sí había cambiado. El recuerdo que tenía de él era el de un muchacho, y el hombre que había visto frente a sus ojos era apenas una sombra de aquel.

Los excesos le habían pasado factura. Profundas arrugas surcaban su cara y tenía el rostro hinchado y abotargado. Recordaba con temor el momento en que la había mirado fijamente. Si no hubiera sido por el nicab que la cubría, Brahim habría comprobado el terror que su presencia le producía. Cada vez estaba más segura de que su estancia en palacio era la mayor idiotez que podían haber cometido.

Cuando llegaron a la puerta de las habitaciones de Kalim, ella se detuvo. No estaba muy segura de lo que se esperaba de ella. Kalim había dicho que no quería que se alejase de su lado pero, aun así, dudaba. Kalim, al darse cuenta de su reticencia, la cogió de la mano y tiró de ella

hacia el interior del cuarto. Una vez dentro, la soltó como si le quemara y se apartó de ella. Salió a la terraza y la dejó allí sola. Temblorosa y asustada.

Kalim salió a la terraza en un intento de tranquilizarse. Era tan grande la rabia y la furia que sentía que tuvo que apartarse de Zulima para no asustarla más de lo que estaba. Sabía que debería permanecer junto a ella, abrazarla y calmar su temor, pero antes tenía que tranquilizarse él mismo. Le hubiera gustado poder matar a su primo con sus propias manos, pero sabía que eso sería una condena de muerte tanto para él como para Zulima. Pasados unos minutos logró encontrar la tranquilidad que buscaba, así que salió de la terraza para regresar al cuarto.

Zulima no se había movido del sitio donde la había dejado; ni siquiera se había quitado el nicab, lo que impedía que pudiera ver sus rasgos. Sin embargo, oyó los sollozos amortiguados y eso hizo que se sintiera como el hombre más miserable de la tierra. Se acercó a ella y trató de abrazarla. En el momento en el que Zulima sintió cómo la tocaba, se alejó de él apresuradamente.

—¡Déjame! —gritó con voz ahogada, no solo por las lágrimas, sino por el propio nicab.

—No puedo —reconoció Kalim apesadumbrado—. ¿Cómo podría? Sería como arrancarme un trozo de mi alma—. Al ver que ella se apartaba de él como él había hecho antes de ella, se dio cuenta del error que había cometido:

—Perdóname —susurró con voz queda. Se situó frente a ella sin llegar a tocarla—. Soy un imbécil. Cuando debería haberte abrazado y consolado... me he apartado de ti. Perdóname. Deseaba matarlo —confesó con rabia.

Ante esas palabras, Zulima dejó de llorar. Levantó el rostro frente a él y, despacio, se quitó el nicab.

—Deseaba matarlo —repitió Kalim con aspereza—. Y la imposibilidad de hacerlo y el tener que fingir indiferencia me provocó una rabia tan grande que temía tocarte. Es por eso por lo que me aparté de ti. Tenía que tranquilizarme, perdóname.

Zulima no dijo nada. No se sentía capaz. Era tan grande el miedo, el dolor y el rechazo que había sentido que no tenía fuerzas para expresarlo.

Kalim la miró en silencio durante unos segundos y decidió dar él el paso. La atrajo hacia sus brazos con lentitud. Quería darle la oportunidad de apartarse si así lo deseaba; sin embargo, ella no lo hizo. Kalim miró su rostro de la mujer que amaba con ternura y, como la primera vez que la había vuelto a ver después de tantos años, se admiró de su belleza.

—Ya no somos unos niños —le susurró y depositó un suave beso en su frente.

—Lo sé —reconoció ella con voz entrecortada. Le abrazó y acomodó la cabeza en su pecho. Lágrimas de tristeza resbalaron por sus mejillas. Ojalá pudieran volver atrás en el tiempo.

Ojalá nadie les hubiera separado.

Kalim se apartó de ella para arrodillarse a sus pies y hacerle una promesa:

—Nunca volverá a hacerte daño —le juró con frialdad—. Antes le mataré.

—Lo sé —reconoció ella con tristeza—. Y eso es lo que más temo.

Kalim la miró fijamente durante unos segundos. Se levantó despacio sin apartar la mirada de su rostro y, con delicadeza, comenzó a desnudarla. Ella se lo permitió mientras temblaba. Era tan grande el amor que sentía en su pecho que sentía como si el corazón le fuera a explotar. Cuando quedó desnuda frente a él, con reverencia, Kalim la cogió entre sus brazos y la depositó en el lecho. Se quitó él también la ropa y comenzó a adorar su cuerpo sin dejar de repetirle lo mucho que la amaba. La poseyó una y otra vez. Quería marcar su cuerpo y su alma para que, pasara lo que pasara, jamás le olvidara.

—No se puede cambiar el pasado —murmuró ella horas después, cuando ya la vencía el sueño fruto del agotamiento.

—Lo sé —reconoció él con tristeza—. Lo que voy a cambiar es nuestro futuro.

XVI

Durante la cena, la tensión se notaba en el ambiente. Kalim y Zulima fueron los primeros en llegar al comedor. Cuando Zulima vio aparecer a Zahir se le aceleró el corazón. Notó que Kalim se tensaba, pero ninguno de los dos pudo hacer nada más que saludarle con educación. Él, a su vez, le lanzó a Zulima una mirada condescendiente.

—¿Nicab? Hacía mucho que no veía a una mujer con él —afirmó con cierto desprecio al tiempo que tomaba asiento junto a Kalim.

La esposa de Brahim llegó unos minutos después. Les saludó tímidamente y se sentó junto a Zahir, que la miró de una forma que a Zulima le produjo escalofríos y, por la forma en la que esta se apartó de él, era evidente que a la esposa de Brahim no le agradaba Zahir. Finalmente, hizo su aparición el propio Brahim junto a su hermana Sulaima. Zulima sintió cómo se le aceleraba el corazón y las lágrimas acudían a sus ojos.

La última vez que había visto a su hermana había sido en el hospital, cuando ella le había reclamado que culpara a Brahim de su violación. El hecho de verla entrar de la mano de Brahim como si ella fuera la verdadera reina y no una mera concubina hizo que se le apretara el corazón. La esposa de Brahim se encogió aún más en su asiento, si es que eso era posible, mientras que Sulaima se sentó en el que estaba reservado para la reina con una gran sonrisa. Era evidente que disfrutaba con la humillación de la esposa de Brahim. Sulaima estaba hermosa vestida con una túnica de seda bordada con hilos de oro. El hiyab también era dorado y estaba salpicado de perlas.

Sulaima miró hacia Zulima y, al verla con el nicab, le lanzó una mirada despectiva y la desechó como insignificante en el momento, lo que Zulima agradeció. No estaba segura de superar el escrutinio de su propia hermana por más que hubieran pasado catorce años desde la última vez que se habían visto.

Sulaima repasó a la nueva mujer de Kalim con desprecio. Nunca había entendido cómo algunas mujeres podían aceptar ocultar de esa forma su belleza. Bueno, si es que la tenían, porque de la nueva mujer de Kalim no se podía saber si tan siquiera era hermosa o un esperpento. Apenas recordaba a Jasmine. Sabía que era prima de Brahim e hija de su tío Ahmed, y le parecía recordar que alguna vez la había visto, pero hacía tantos años que no era capaz de evocar su rostro. Tampoco le preocupaba, ya que no suponía ninguna competencia para ella. Ninguna mujer podía satisfacer los deseos de Brahim como ella hacía. De eso estaba segura. Ni la mosquita muerta de

su esposa, ni mucho menos una mujer de ese estilo, como parecía que era Jasmine. Sulaima miró hacia Anala con desprecio, la cual se encogió ante su mirada como hacía cada vez que se encontraban.

—Tonta —murmuró para sí misma en voz baja. Anala no se daba cuenta de que esa actitud ratonil era la que hacía que Brahim la despreciara. Sabía que él disfrutaba maltratándola y que se quejaba de que había roto su espíritu demasiado pronto. A pesar de ello, insistía en conservarla. A Sulaima no le importaba. Sabía que ella le proporcionaba más placer que la estúpida de su mujer. A Brahim le gustaba su pasión, tan alejada de la sumisión de su esposa. A veces se le iba un poco la mano y le hacía algo de daño, sin embargo, ¿qué era un poco de dolor a cambio de la vida de lujos que le proporcionaba?

Durante la cena, Brahim y Zahir comenzaron a trazar planes para el país una vez que Brahim obtuviera la corona. Era evidente que desconocían por completo la situación política que les rodeaba. Eso obligó a Kalim a intervenir en varias ocasiones para hacerles notar determinados aspectos que desconocían y que podían dar al traste con cada uno de sus planes. Zulima estaba impresionada al comprender que Kalim tenía toda la razón cuando afirmaba que Brahim desconocía cosas de su propio país que, si pretendía gobernar, no podría obviar.

Brahim, por su parte, estaba muy molesto por las continuas interrupciones de Kalim, aunque le fastidiaba tener que reconocer que le necesitaba y que se veía obligado a tener en cuenta cada una de sus apreciaciones. Por eso mismo, quería obligarle a que fuera su consejero. Saber que era el heredero nunca le había hecho sentir la necesidad de interesarse por la política del país. ¿Para qué hacía falta? Lo único que necesitaba era rodearse de los consejeros adecuados. Uno de ellos sería Kalim, quisiera él o no.

—¡Basta! —exclamó cuando ya no pudo soportar más las continuas interrupciones de su primo—. Ya has dejado claro nuestro desconocimiento sobre la situación política del país. No necesito que me lo restriegues más.

Kalim se mantuvo en silencio sin contradecirle, lo que provocó que Brahim se enfadara aún más. Deseaba vengarse de él. Humillarle de alguna manera. Miró a Jasmine, que permanecía sentada junto a su primo y que debido al nicab era imposible distinguir si era fea o guapa. Se la imaginó horrorosa y sintió una gran satisfacción al pensar que había obligado a su primo a casarse a pesar de que había renegado de ello en múltiples ocasiones. Sabía que continuaba enamorado de Zulima. Esos pensamientos hicieron que se le pasara un poco el enfado y se sintiera más satisfecho.

—Alteza —susurró uno de los criados que se presentó en el salón e interrumpió sus pensamientos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kalim con curiosidad. Sabía que Hassan solo se habría atrevido a importunarle durante la cena si algo grave hubiera ocurrido.

—Me han informado... —susurró el hombre antes de quedarse en silencio mirando a Brahim con indecisión.

—¿De qué te han informado? —le animó Brahim a contestar.

—Alguien ha profanado el panteón en el que reposan los restos de vuestro padre —anunció el hombre sin respiración.

Tanto Brahim como Kalim se levantaron indignados aunque por diferentes motivos.

—¿Quééé! —exclamó Brahim con furia—. ¿Quién se atrevería? ¿Por qué?

—Lo ignoramos, alteza —respondió el hombre con apuro—. Vuestro padre fue un gobernante querido. No me imagino quién querría entrar en el panteón. No lograron acceder, pero provocaron daños en la entrada.

—¡Kalim! ¡Quiero que averigües quién ha cometido semejante ignominia y que lo traigas ante mi presencia! —exigió Brahim con una voz que resonó en la estancia como un látigo.

—No descansaré hasta encontrar a la persona o personas responsables de esta afrenta —le aseguró Kalim.

—¡Se acabó la cena! —exclamó Brahim airado sin importarle que ninguno de ellos la hubiera finalizado—. ¡Retiraos! ¡Quiero la cabeza del responsable! —exigió dirigiéndose a Kalim.

—¿Qué has hecho, Kalim? —preguntó Zulima en cuanto estuvieron a solas.

—¿Qué te hace pensar que he hecho algo? —preguntó él a su vez sorprendido.

Zulima le lanzó una mirada reprobatoria. No estaba de humor para juegos.

—Está bien —admitió Kalim al ver cómo ella le miraba—. Lo único que he hecho ha sido poner un poco nervioso a mi primo. He movido un poco el avispero. Quiero infundirle el temor de que alguien pueda querer examinar el cuerpo de mi tío.

—¿Y qué esperas conseguir con ello?

—Ponerle nervioso. Que cometa un error. Necesito alguna prueba para presentar ante mi tía. Si solo cuento con mi palabra, no lo lograré.

—Pero ahora Brahim va a exigirte que le entregues a los responsables. ¿Cómo lo harás sin que se descubra que has sido tú el instigador?

—Fingiré buscarlos. Mañana a primera hora tendré que partir. Lo que no me gusta es dejarte sola a pesar de haber jurado que no lo haría. No quiero que salgas de este cuarto —le rogó—. Solo deja entrar a Raisa. Le daré órdenes de que no te moleste ni le diga a nadie dónde estás.

—¿Lo hará?

—¿El qué?

—No decirle a nadie dónde estoy.

—Mi tía la quiere como una hija y sé que nunca le ha agradado Brahim. No nos traicionará.

Zulima se abrazó a Kalim con preocupación. Le angustiaba la posibilidad de que algo saliera mal. Kalim la tomó entre sus brazos y la llevó a la cama.

—Ven, dueña de mi corazón. Deja que te demuestre lo mucho que te amo.

Kalim abandonó el cuarto en silencio. Zulima aún dormía. Tenía miedo de dejarla sola. Ambos sabían que, por mucho que quisiera, no iba a poder estar con ella todo el día. Salió al pasillo y llamó a Raisa:

—Raisa. Mi esposa duerme en mi cuarto. No quiero que nadie la moleste. Si alguien te preguntara... no sabes dónde está.

Raisa le miró con cierta curiosidad aunque se abstuvo de hacer ningún comentario. Asintió en silencio y continuó con sus quehaceres. Kalim salió del palacio con el corazón en un puño. Hizo una llamada antes de partir:

—¿Rashid? Necesito tu ayuda.

Los rayos del sol se colaban por la ventana del cuarto cuando Zulima despertó. Lo primero que notó fue la ausencia de Kalim. El miedo la paralizó al pensar que estaba sola en palacio. Empezó a respirar de forma agitada y se dio cuenta de que estaba a punto de sufrir un ataque de pánico.

«Inspira. Espira. Inspira. Espira», se obligó a repetirse a sí misma una y otra vez hasta que fue capaz de recuperar el control sobre sus actos.

Abandonó la cama y se vistió con rapidez. No se atrevía a salir de las habitaciones por miedo a encontrarse con Sulaima, Brahim o con Zahir. No sabía cuál de esos encuentros sería el peor. El sonido de una llamada a la puerta le produjo un sobresalto que hizo que casi se le parara el corazón.

—¡Jasmine! ¿Estás ahí? Soy Brahim —Oyó cómo la llamaba. El terror hizo que se quedara paralizada durante unos segundos. Al escuchar la puerta que se abría, logró salir de su inmovilidad y se escondió en el armario justo a tiempo para evitar que la descubriera.

—Le dije que no estaba, señor. —Raisa llegó al cuarto apresurada al escuchar la voz de Brahim.

—No está en su cuarto y tampoco en el de Kalim. ¿Cómo puede ser que no aparezca por ningún lado? —replicó este, visiblemente enfadado.

—Quizás ha salido a los jardines —mintió Raisa con voz nerviosa—. Usted sabe que esto no es lo correcto. No debería buscar a la mujer de Kalim para encontrarse con ella a solas.

—Voy a ser el rey de Salima —afirmó Brahim con petulancia—. Yo decido lo que es correcto y lo que no. Y ahora que lo pienso... tú y yo tenemos una cuenta pendiente.

Zulima sintió escalofríos al escuchar el mismo tono que había empleado con ella hacía ya tantos años. Oyó un grito sofocado y con horror tuvo que taparse la boca para evitar que de ella se escapara un grito. El sonido de una lucha la hizo ponerse a temblar al comprender lo que estaba ocurriendo en ese instante en el cuarto. Por más que quisiera intervenir, no podía. Si salía de ese armario no solo no evitaría la agresión sino que conseguiría que se lo hiciera también a ella, si es que no la mataba al descubrir quién era en realidad.

Al cabo de unos minutos en los que solo se oían los jadeos de Brahim, escuchó su grito de placer y el roce de la ropa antes de que abandonara el cuarto. Segundos después, y antes de que Zulima encontrase el valor para salir del armario, Raisa salió también de la estancia.

Zulima estaba horrorizada por lo que había ocurrido. ¿Era la primera vez o ya había sucedido en más ocasiones? Con temor a que Brahim volviera a buscarla, se refugió de nuevo en el armario. Allí fue donde la encontró Kalim cuando regresó horas después.

—Zulima —llamó Kalim con voz queda. No quería que nadie le oyera. Le había pedido que no se moviera de la habitación, sin embargo, no la encontraba por ningún lado y eso le preocupó.

Se disponía a abandonar el cuarto, cuando un ruido extraño le hizo mirar en el armario y la encontró hecha un ovillo en el interior del mismo.

—Zulima —murmuró con dulzura—. ¿Qué haces aquí dentro?

Zulima se despertó de un sobresalto. Al principio asustada, hasta que comprendió que era Kalim el que se hallaba frente a ella. Se abrazó a él con desesperación y comenzó a sollozar.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué estabas escondida en el armario? ¿Alguien te ha hecho algo? —preguntó él, mezcla de enfado y preocupación.

Ella negó sin dejar de abrazarle con desesperación. Tuvieron que pasar unos minutos hasta que encontró las fuerzas necesarias para contarle lo que había sucedido.

—¿La violó? —preguntó Kalim con furia contenida al terminar de escuchar su relato.

—No podría asegurarlo porque no llegué a verlo —murmuró Zulima con voz temblorosa—. Sin embargo... por lo que oí...

—Brahim se ha vuelto loco. Había escuchado rumores, aunque mis tíos siempre los acallaban. Había oído que era brusco en sus relaciones, pero nunca que había llegado tan lejos como para violar a alguna de las mujeres que trabajan en palacio.

—¿Estás seguro? —preguntó Zulima con un hilo de voz—. ¿Lo hubieras sabido de ser así?

—Igual yo no —reconoció Kalim—, pero es imposible que esto hubiera sucedido anteriormente en palacio y que mi tía no se hubiera enterado. Quiero pensar que nunca lo hubiera permitido. Siente un cariño especial por Raisa, ya que es la hija de la que fuera su niñera. Debemos buscar a Raisa y convencerla para que le cuente lo sucedido a mi tía. Es horrible. No obstante, quizás esto sea lo que necesitamos para que mi tía Selenia se ponga de nuestra parte y en contra de Brahim.

—¿Dónde has estado? —preguntó Zulima.

—He estado con Rashid. Me ha ayudado a encontrar al culpable de la profanación de la tumba de mi tío.

—Pero... creía que eso había sido cosa tuya.

—Y así es.

—¿Entonces...?

—Entonces comienza la segunda parte de mi plan. Quiero poner nervioso a mi primo ante la posibilidad de que se realicen pruebas al cadáver de mi tío. Yo no puedo plantear esa duda, pero el pueblo...

—¿Qué quieres decir? ¿Qué has hecho?

—Rashid conoce a mucha gente. Ha dejado insinuaciones aquí y allá y ahora toda la ciudad es un hervidero. Hay rumores de que hubo una conspiración orquestada con la finalidad de asesinar al rey. Brahim está ahora mismo rodeado de todos los miembros del consejo, que le exigen una investigación completa sobre la muerte de mi tío. De momento, nadie se ha atrevido a hablar de exhumación. Ahora ya no tiene mucha importancia quién ha cometido la profanación, sino por qué lo ha hecho.

—¿Eso será suficiente para que exijan que se le realice la autopsia?

—Eso espero y, si no, el hecho de que Brahim se niegue a que se realice puede hacer que los miembros del consejo le vean como sospechoso. Si de verdad le ha hecho algo a mi tío, ha tenido que contar con cómplices. Con un poco de suerte, estos se pondrán nerviosos y alguno de ellos confesará.

—¿Cómo el doctor Shafir? ¿No fue a causa de él que empezaste a sospechar que había algo raro en la muerte de tu tío?

—Sí. No digo que él haya hecho algo, pero estoy seguro de que hay algo raro en la muerte de mi tío y por alguna razón lo ha ocultado. Quizás solo le tenga miedo a Brahim. Habrá que esperar. Mientras tanto, lo mejor será que busquemos a Raisa para hablar con ella. Con todo lo que está pasando, nadie nos va a prestar mucha atención y quizás sea la oportunidad de poner a mi tía de nuestra parte.

Salieron del cuarto y, tal y como había previsto Kalim, nadie les prestó atención. Brahim, por su parte, se encontraba sumido en una crisis total. Estaba reunido con todos los miembros del consejo. Había llamado infructuosamente al móvil de Kalim sin resultado, ya que este lo había apagado y se había encargado de que nadie informara al futuro rey de su llegada a palacio. Debían encontrar a Raisa con rapidez si no querían que descubriesen su presencia e informasen a Brahim.

Cuando finalmente lograron encontrar a Raisa, no hizo falta interrogarla sobre lo ocurrido. Era algo evidente a simple vista. Tenía una herida en el labio y un ojo morado.

—Raisa —murmuró Kalim cuando la encontró—. Zulima me ha contado lo sucedido.

—No sé a qué se refiere—tartamudeó ella mientras se giraba para ocultar su rostro—. No ha ocurrido nada.

Kalim se acercó a ella, la cogió por la barbilla para poder verla de frente y le examinó el ojo y los labios.

—¿Es la primera vez? —preguntó mientras gruesas lágrimas resbalaban por las mejillas de Raisa. Esta afirmó de forma casi imperceptible y se liberó de su mano para poder ocultar el rostro de nuevo.

—Iremos a ver a mi tía y le contarás lo sucedido —le ordenó Kalim con firmeza.

—No —gimió ella con angustia mientras se retorció las manos—. Ella no me creerá.

—Estoy seguro de que te creerá —afirmó Kalim, que en su interior rezaba porque fuera cierto y no se estuviera equivocando. En el fondo, él también tenía sus dudas—. Recoge tus cosas. No permanecerás en este palacio ni un minuto más.

XVII

Una hora después, llegaban a la casa de Mensalah en la que se alojaba la reina Selenia.

—Kalim —saludó la reina con efusividad a su sobrino—. Esta debe ser tu esposa Jasmine —afirmó al tiempo que se giraba hacia Zulima, que seguía vestida con el nicab que impedía distinguir sus rasgos—. ¿Nicab? No sabía que las hijas de Ahmed... —Sorprendida, la reina Selenia se interrumpió al descubrir la presencia de Raisa, que se ocultaba tras Zulima avergonzada de que la reina la viese con la cara magullada.

—Raisa, querida —saludó la reina de forma afectuosa—, ¿por qué te escondes? Acércate.

En el momento en el que Raisa se acercó hasta ella, a la reina se le borró la sonrisa al ver los signos evidentes de maltrato en su rostro, así como las lágrimas que cubrían sus mejillas.

—¿Qué ha pasado! —exclamó indignada al tiempo que miraba hacia Kalim en busca de una explicación.

—La han violado —aseguró Kalim con voz firme.

La furia cubrió los rasgos de la reina, que abrazó a Raisa mientras esta intentaba apartarse azorada. La reina se lo impidió al abrazarla aún con más fuerza.

—No tienes que avergonzarte de nada—le susurró con dulzura—. ¿Quién ha sido? Me encargaré personalmente de que pague por ello.

—Ha sido Brahim —acusó Kalim con voz tensa.

La reina permaneció inmóvil y pálida durante unos segundos. Apartó a Raisa y buscó su mirada; sin embargo, esta ocultó el rostro. Aún no se había armado de valor para mirarla a los ojos.

—Raisa —susurró la reina—. Mírame.

Raisa elevó el rostro y, no sin cierto rubor, dejó que la reina la examinara.

—¿Es cierto? —preguntó la reina con un atisbo de tristeza en sus ojos—. ¿Ha sido mi hijo el que te ha violado?

Raisa afirmó y comenzó a sollozar con más intensidad. La reina al principio se quedó inmóvil, sin saber cómo reaccionar, hasta que poco a poco volvió a abrazar a Raisa con fuerza.

—Lo siento —susurró una y otra vez—. Lo siento mucho.

—Tía Selenia. Sé que queréis mucho a Brahim, tal y como corresponde a cualquier madre

—reconoció Kalim—, sin embargo, creo que lleváis muchos años negándoos a reconocer las vilezas que ha cometido.

La reina no dijo nada. Se limitó a abrazar a Raisa y ofrecerle consuelo. Zulima, que había escuchado todo en silencio, temía que a pesar de sus palabras hacia Raisa, no le importase lo suficiente lo ocurrido como para hacer algo contra su propio hijo, al igual que no le había importado lo sucedido con ella hacía años. Kalim albergaba las mismas dudas, así que decidió arriesgarse y presionarla un poco:

—Creo que Brahim también ha tenido algo que ver con la muerte de mi tío.

En ese punto, Selenia enrojeció de furia y entró en cólera:

—¿Tienes pruebas de lo que afirmas, Kalim, o tus palabras son producto de los celos? ¿Acaso ambicionas la corona?

Kalim la miró sin inmutarse ante sus acusaciones. Sabía que eran consecuencia del enfado y que ni ella misma se creía lo que preguntaba. Sabía que Kalim siempre había renegado de la vida palaciega y que solo era feliz cuando se retiraba al Palacio de Cristal, lejos de todas las intrigas que rodeaban la vida en la corte.

—Han profanado la tumba del rey Mounir —le explicó con tranquilidad—. Corren rumores de que ha habido una conspiración para asesinar al rey y algunos están acusando directamente a Brahim.

—¿Tú entre ellos? —preguntó la reina, incapaz de contener su rabia.

—No he manifestado mis sospechas en público, sin embargo... sí, creo que ha tenido algo que ver. El día que me enteré de su muerte, me entrevisté a solas con el doctor Shafir y advertí en él ciertas dudas. Quisiera pedirlos que solicitéis la exhumación del rey para que se le practique la autopsia y comprobar si realmente murió por causas naturales.

Kalim comprobó el efecto de sus palabras y vio cómo la duda se instalaba en la mirada de su tía. Era evidente que no quería creer en la culpabilidad de Brahim, su hijo. Sin embargo, allí mismo, entre sus brazos, tenía la prueba de las vilezas que era capaz de cometer. No podía seguir cerrando los ojos ante sus acciones. Por otra parte, si no estaba implicado en la muerte del rey, aquella sería una forma de demostrar su inocencia.

—Está bien —aceptó resignada—. Solicitaré lo que me pides.

—Tendréis que acompañarme para solicitarlo ante los miembros del consejo —le indicó Kalim—, y creo que lo más conveniente sería que Raisa se quedara aquí y no regresara a palacio.

La reina miró a Raisa con ternura y asintió con la cabeza. A continuación, llamó a los criados y les pidió que preparasen el alojamiento de la joven. No permitiría que volviese a

palacio. Adoraba a su hijo, pero en este caso se había extralimitado. A pesar de que no creía que hubiera sido capaz de asesinar a su propio padre, era mejor que se despejaran todas las dudas para que pudiera ser coronado rey con el apoyo del pueblo.

La mera sospecha de su implicación en la muerte de su padre impediría su ascenso al trono y alimentaría el enfrentamiento entre aquellos que creyeran en su culpabilidad y los que creyeran en su inocencia. Algo así podría desembocar incluso en una guerra civil. Era preferible que se le realizara la autopsia y que todos pudieran comprobar que el rey no había sido asesinado.

Cuando regresaron a palacio, este continuaba sumido en el caos.

—¿Brahim sigue reunido? —preguntó Kalim al criado que salió a recibirlos.

—Sí, jeque Kalim. El consejo está preocupado por los rumores que aseguran que el rey Mounir fue asesinado.

—Será mejor que entremos, majestad.

—Tu esposa no debe acompañarnos —le indicó su tía. Apenas le había prestado atención en todo el viaje. No le agradaba su presencia. Podía ser una espía de Ahmed. Estaba segura de que él sí ambicionaba la corona y no le extrañaría que estuviera detrás de aquellos horribles rumores con la única finalidad de desestabilizar el gobierno y negarle a su hijo su derecho de nacimiento. Sabía que Ahmed siempre había rechazado la idea de que Brahim llegase algún día a ocupar el trono. Quizás había visto esto como una oportunidad para impedirlo, pero ella no lo permitiría. Su hijo era el heredero al trono y haría lo que fuera necesario para que asumiera la corona que le pertenecía por derecho.

—Jasmine, espérame en mi habitación —le ordenó Kalim ante el alivio de Zulima, que no se imaginaba tener que soportar el escrutinio de todos los miembros del consejo. Podía ser, incluso, que alguno de ellos conociera a Jasmine en persona y se dieran cuenta de que ella era una impostora.

Zulima aceptó con una inclinación de cabeza y se alejó por el pasillo en dirección al cuarto. Kalim y Selenia se dirigieron al salón del trono donde estaban todos reunidos. Brahim necesitaba el apoyo de la mayoría del consejo si quería subir al trono sin ningún tipo de inestabilidad, por eso era tan importante una alianza con su tío Ahmed. Las tribus del norte representaban casi el cincuenta por ciento de los miembros del consejo y, dentro de ellos, la opinión de Ahmed tenía mucho peso. Prácticamente podía asegurarse que lo que él decidiera sería lo que al final se aceptaría.

Cuando Kalim y la reina Selenia entraron en el salón del trono, se notaba la tensión en el

ambiente. Uno de los miembros del consejo estaba protestando de forma airada hasta que percibió la presencia de ambos, lo que hizo que enmudeciera. La muerte del rey todavía estaba muy reciente y era muy grande el respeto que sentían hacia la reina Selenia.

—¡Madre! —exclamó Brahim sorprendido al verla junto a su primo—. No te esperaba.

—Ya me imagino —replicó ella con acritud—. Me han llegado rumores sobre la muerte de mi esposo, tu padre. Rumores que deseo cortar de la única forma posible.

—Majestad... —Uno de los consejeros quiso intervenir, pero la reina lo acalló con un gesto.

—La mejor forma de terminar con dichos rumores será que se exhume el cuerpo de mi esposo y se le realice la autopsia.

Todos los miembros del consejo enmudecieron ante sus palabras y Brahim palideció.

—¡Madre! ¡Eso es dar pábulo a esos rumores malintencionados! —exclamó con enfado al tiempo que negaba.

—Espero que no te opongas, hijo mío —le exigió la reina con gesto de reprobación—. Será la mejor manera de demostrar que no tienes nada que ocultar. Cuando se le haga la autopsia y se compruebe que su muerte se produjo por causas naturales, los rumores se acallarán.

Brahim, consciente de que una negativa solo generaría más sospechas sobre su persona, decidió no oponerse, así que, tras una intensa deliberación, se determinó que la mejor manera de actuar sería anunciar la exhumación y la autopsia del rey, lo que demostraría que no había nada oscuro alrededor de su muerte.

Kalim, por su parte, esperaba que a través de la autopsia se desvelaran las pruebas que necesitaba. No solo para demostrar que el rey había sido asesinado, sino para averiguar quién era el culpable de su muerte.

Brahim entró en el despacho furioso. Verse doblegado por la voluntad de un puñado de vejesterios era más de lo que estaba dispuesto a aceptar. Cuando fuera rey se encargaría de que el consejo perdiera parte de su poder. Era ridículo que tuviera que pasar su supervisión. Lo que no entendía era que su madre se hubiera aliado con esa panda de buitres y el idiota de Zahir hubiera escogido ese día para desaparecer.

—Brahim. Acabo de enterarme. ¡No puedes permitirlo! —exclamó en ese momento Zahir que, por fin, hizo su aparición en el despacho.

—¿Dónde estabas metido, Zahir? —El enfado de Brahim era evidente—. Te necesitaba

para que me apoyases contra esos carcamales. ¿No se supone que eres uno de mis consejeros? Entre tú y el imbécil de Kalim, que también estaba desaparecido, me encontré solo frente a todos ellos. No sé cómo he podido rodearme de dos inútiles como vosotros. ¿De qué demonios me sirves? Por lo menos Kalim se ha casado con la hija de Ahmed y me ha asegurado una alianza con las tribus del norte.

—Yo no me fiaría de tu primo —replicó Zahir con acritud—. No me extrañaría que estuviera detrás de la corona y con su matrimonio con Jasmine lo único que has conseguido ha sido que afiance más su posición.

—Por mi primo no te preocupes. —El enfado de Brahim daba paso al desprecio—. No tiene aspiraciones políticas. Nunca las ha tenido. Si fuera por él, ni siquiera viviría en la capital. Se retiraría a Mulak con su amiguito Rashid o a su precioso Palacio de Cristal a vivir como un ermitaño.

—No puedes permitir que exhumen a tu padre —le exigió Zahir con vehemencia. Esa era su mayor preocupación. Tenía que convencer a Brahim para que no lo hicieran.

—Mi madre tiene razón. Será la mejor manera de acallar los rumores —aceptó Brahim resignado—. Que le hagan la autopsia. No me importa. Cuando descubran que los rumores no son ciertos, deberán apoyar mi coronación.

—No se van a acallar los rumores —le advirtió Zahir con voz tensa.

—Por supuesto que se acallarán —afirmó Brahim con gesto desdeñoso—. Lo aprovecharé a mi favor y me presentaré como un hijo agraviado por rumores malintencionados.

—Brahim, te lo digo en serio. No puedes permitir que exhumen a tu padre —le exigió Zahir aún con mayor vehemencia.

—¡Y yo te digo que será lo mejor! A la larga me beneficiará —repitió Brahim, presa ya del tedio.

—¡Brahim! ¡No exhumes a tu padre!

—No entiendo a qué viene esa insistencia. A menos... —Se interrumpió al tiempo que miraba a Zahir con estupefacción—. ¿Qué has hecho, Zahir?

—Nada que tú no hubieras deseado —replicó Zahir con nerviosismo.

—¿Que no hubiera deseado? —repitió Brahim con asombro al comprender las implicaciones que se desprendían de sus palabras—. ¿Qué demonios se supone que yo he deseado?

—No te hagas el tonto, Brahim. Sulaima me lo ha explicado todo.

—¡Sulaima! —exclamó Brahim fuera de sí—. ¿Qué se supone que te ha explicado esa estúpida?

—Me contó que deseabas ser rey y que lo único que se oponía era la longevidad de tu padre. Me limité a ayudarte en tus planes, tal y como ella me pidió.

—¿Qué demonios me estás contando! ¿Me estás diciendo qué mataste a mi padre porque la imbécil de Sulaima te hizo creer que eso era lo que yo deseaba? ¿Eres retrasado? ¿Crees que si realmente deseara la muerte de mi padre se lo hubiera contado a esa imbécil? ¿Por qué clase de gilipollas me tomas? —rugió al tiempo que cogía un objeto de encima de la mesa y se lo arrojaba a la cabeza.

Zahir esquivó el objeto. Su habitual seguridad parecía haberse esfumado y convertido en una figura pálida y temerosa hasta el punto de que apenas era capaz de articular palabra:

—Yo... ella me dijo...

—¿Ella te dijo? —gritó Brahim al borde del colapso—. ¿Qué te dijo?

—Que era lo que tú deseabas —explicó Zahir con voz temblorosa. Empezaba a comprender que quizás no era cierto lo que le habían contado.

—¿Qué hiciste exactamente, Zahir? —preguntó con furia.

—Lo que creí que querías.

—¿Qué... hiciste! —exigió saber con voz tensa.

—Le proporcioné matarratas a Sulaima para que se lo echara en la comida a tu padre. Ni siquiera se enteró.

Brahim le miró consternado. A pesar de que hacía ya un rato que había comprendido la veracidad de la conspiración para asesinar a su padre, oírsele contar a Brahim, su brazo derecho durante tantos años, era aún peor de lo que pensaba.

—¿Y qué pretendes que haga ahora con lo que me has contado? ¿Que lo oculte? ¿Que finja que no me lo has confesado? ¿En qué realidad paralela se te ocurrió que yo deseaba la muerte de mi padre? —preguntó rojo de ira.

—Siempre has querido ser rey...

—¡Sííí! ¡Tras su muerte natural, pedazo de imbécil! —gritó con frustración.

—Yo... pensé...

—¡No! —rugió Brahim—. Ni se te ocurra decirme que pensaste, porque eso es lo último que hiciste: pensar. ¿Cómo te convenció esa estúpida? —Observó durante unos instantes a su amigo y, al ver el manojo pálido de nervios en que se había convertido, comenzó a reírse de forma

cruel.

—No me digas que pensaste que esos polvos que echabais significaban algo. Follas con ella porque yo se lo ordeno. ¿De verdad no has visto cómo te ha manipulado para que hagas lo que ella quería? La muy imbécil debe creer que cuando sea rey la convertiré en mi reina. ¡Quítate de mi vista en este instante porque me están dando ganas de matarte! —masculló mientras pensaba.

Zahir abandonó el despacho como alma que llevaba el diablo. Brahim sabía que si no permitía que exhumaran a su padre se incrementarían las sospechas de que había tenido algo que ver en su muerte y, si al final se le exhumaba y se descubría que había sido asesinado, pensarían que él era el culpable. Tendría que permitir la exhumación y entregar a Zahir y a la zorra de Sulaima ante el consejo para que les juzgaran.

Cuando llevaba unos segundos a solas pensando en las opciones que tenía, su madre entró en el despacho. Durante un instante, Brahim temió que su madre hubiera oído parte de la conversación que había mantenido con Zahir, aunque al momento lo desechó. Si así hubiera sido no le miraría en ese momento como lo hacía, sino que lo hubiera hecho con desprecio.

—Sé lo que le hiciste a Raisa —le reprochó su madre.

—¿A esa zorra? —replicó Brahim—. No sé lo que te ha dicho, pero es todo ment...

No pudo terminar la frase porque su madre, que se había acercado con rapidez, le cruzó la cara de una bofetada.

—¡No te atrevas a mentirme! —exclamó furiosa—. Llevo años haciendo oídos sordos a los comentarios. Te creí cuando me explicaste lo de Zulima, pero no pretendas hacerme creer que Raisa se te insinuó. La conozco desde niña y jamás hubiera tenido nada contigo de forma voluntaria.

—Madre...

—¡Cállate y escucha! Soy tu madre, pero ya es hora de que deje de tapar tus defectos. Vas a ser rey y no permitiré que mancilles el legado de tu padre, un hombre íntegro...

En esta ocasión fue la reina la que no pudo continuar porque Brahim prorrumpió en carcajadas:

—Lo siento, madre, pero ese hombre íntegro al que tú te refieres jamás ha existido.

—¡No te permito que hables así de tu padre! —exclamó ella indignada.

—¿De quién crees que fue la idea de que me follara a Zulima? No niego que siempre pensé que tenía un buen polvo, pero hasta yo tengo mis límites. Era la enamorada de mi primo, nunca se me hubiera ocurrido hacerle daño. Fue idea de mi padre. No solo me lo sugirió, sino que me lo exigió. Quería que Kalim dejara de suspirar por ella.

La reina Selenia palideció y retrocedió ante las palabras de su hijo.

—La violaste. No es verdad que se entregó a ti y a Zahir de forma voluntaria —jadeó al comprender la verdad.

—Por supuesto que la violé —se jactó Brahim con una sonrisa—. La muy estúpida solo suspiraba por Kalim y él por ella. Le enseñé a Kalim una foto manipulada de ella con otro hombre y aun así quería hablar con ella, casarse con ella si ella le aceptaba, y cuando lo organicé para que ella pensase que estaba follando con otra, la imbécil de Zulima tampoco quiso creérselo. Era la única manera de acabar con esa relación. Padre lo supo desde el principio. Él fue el que lo orquestó todo y tenía razón. Era la única manera de separarlos.

—No puede ser —negó su madre con la cabeza mientras retrocedía. Amaba a su marido porque era todo lo que ella no era: una buena persona. Ella era la que tenía ambiciones. A la que no le importaba manipular a quién fuera necesario para obtener lo que quería—. No te creo. Él era un hombre bueno, íntegro.

—Eso es lo que siempre quiso que creyeras. ¿Sabes por qué desterró a Sulaima y toda su familia?

—Porque fingió un embarazo. Porque te engañó —susurró su madre—. Y por mí, porque sabía que no soportaba a esa familia y yo se lo pedí.

—A mí no me ha engañado una mujer en toda mi vida —replicó Brahim, aunque en ese momento comprendió que se equivocaba si lo que Zahir le había contado era cierto. Jamás hubiera sospechado que Sulaima sería capaz de asesinar al rey—. Lamento decirte que no los desterró por ti, aunque con toda seguridad eso es lo que te hizo creer. Los desterró porque le jodió que yo me la follara y él no pudiera hacerlo.

Su madre, pálida y desencajada, negaba con la cabeza mientras él continuaba:

—Por lo que he oído, Sulaima es igual a su madre, de la que él estuvo muy enamorado. Cuando Sulaima se acercó a él con el cuento de que esperaba un hijo mío, él no solo no la creyó, sino que le ofreció que fuera su amante. Sin embargo, ella le rechazó. A pesar de ser ambiciosa no le atraía la idea de follarse a un vejestorio —afirmó con crueldad mientras reía—. Así que, en venganza, mi padre la desterró del país a ella y a toda su familia. Así mataba dos pájaros de un tiro.

—¿Te contó Sulaima esa mentira? —susurró su madre horrorizada. No podía creer que eso fuera cierto.

—Sí. La propia Sulaima me lo contó cuando volví a verla en Estados Unidos y me suplicó que la trajera conmigo como mi amante. Los años lejos de la corte le habían hecho darse cuenta de

todo a lo que había renunciado y digamos que se volvió más... maleable.

—¡Es mentira! ¡No entiendo cómo has podido creerte semejante ignominia! —exclamó su madre con desprecio.

—No lo hubiera creído si mi propio padre no me lo hubiera confirmado —afirmó Brahim, desdeñoso, mientras su madre palidecía aún más ante sus palabras—. Cuando volví al país, enfrenté a mi padre con la verdad y no solo no lo negó, sino que lo reconoció. Llegamos a un trato. Me permitiría conservarla como amante si podía acostarse con ella de vez en cuando. Al principio me costó que Sulaima aceptara, pero al final... vio las ventajas.

—Todo eso son mentiras —jadeó su madre mientras le miraba con ojos desorbitados.

—Puedes creer lo que quieras, madre. Pero tendrías que haber visto su cara cuando le permití que se follara a Sulaima.

Su madre, presa del horror, dejó escapar un grito angustiado. No se podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Le mataste? —murmuró la reina angustiada. Llegados a ese punto ya le creía capaz de cualquier cosa.

—No, madre —negó Brahim con rotundidad—. Yo quería a mi padre. Era lo que yo aspiraba a ser. Un hombre con una reputación intachable y que a su vez realizaba sus deseos más ocultos sin que nadie se enterase. Me contó que planeaba deshacerse del consejo cuando llegara el momento de que yo asumiera el trono y yo esperaba que me ayudase con la transición. No entraba en mis planes asumir la corona sin su apoyo.

—Entonces, ¿no tienes nada que ocultar?

—No —negó Brahim con voz firme—. Espero que se realice pronto la autopsia para que todo el mundo comprenda que no he tenido nada que ver con su muerte y espero que tú, como mi madre, me apoyes en la coronación.

XVIII

Dos días después se realizó la exhumación del cuerpo del rey. Como algunos miembros del consejo desconfiaban del dictamen del doctor Shafir, se encargó a un médico imparcial, aceptado por todas las partes, que realizase la autopsia. Los resultados no se hicieron esperar y fueron claros: el rey había sido envenenado. El médico encontró restos de ricina en su organismo. El consejo convocó una reunión de urgencia en la que algunas voces acusaron a Brahim de haber orquestado el asesinato de su propio padre. Él, sin embargo, se las arregló para desviar las sospechas hacia Zahir.

—Temo que sea el culpable de asesinar a mi padre —declaró con tristeza ante el consejo allí reunido. La reina Selenia tuvo que contener un gemido angustiado. No se podía creer que Zahir hubiera sido capaz de algo así.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Kalim, en cuyo rostro se adivinaba la sospecha.

—Creo que Sulaima y Zahir son amantes —declaró Brahim con voz tensa y fingiéndose apesadumbrado.

Kalim, sorprendido por su descaro, le miró asombrado. Conocía perfectamente los juegos que realizaban los tres. Era frecuente que Sulaima y Zahir se acostaran juntos auspiciados por el propio Brahim. Así que afirmar con congoja que sospechaba que eran amantes era algún tipo de maniobra retorcida para desviar las sospechas de su persona.

—Mi padre me transmitió sus sospechas de que me engañaban. Me aseguró que se había enfrentado a Zahir y este lo había negado —mintió Brahim con lo que intentó que parecieran remordimientos—. En aquel momento, he de confesar que no lo creí, pero ahora...

—¡Ahora qué! —exigió Kalim sorprendido por la pantomima que estaba presenciando—. ¿Qué te hace pensar que pueda estar implicado?

—El hecho de que la guardia real le haya detenido mientras intentaba salir de palacio con el equipaje después de que se conocieran los resultados de la autopsia. Es evidente que sabía que los resultados constatarían que el rey fue asesinado, por eso ha intentado huir. Ahora mismo está bajo arresto y, para mi propia vergüenza, he de decir que ha confesado su culpabilidad.

Kalim no se podía creer todo lo que estaba relatando Brahim. Le parecía demasiado perfecto.

—¿Y Sulaima?

—Zahir ha reconocido su implicación. La acusa de ser la instigadora y la ejecutora. Él afirma haberse limitado a entregarle el matarratas. He hecho también que la detengan, aunque ella niega su participación en el crimen.

—¿La crees? —preguntó Kalim.

—Por supuesto que no —afirmó Brahim—. Haré que ambos se presenten ante este consejo para que todos podáis escuchar su testimonio y juzgar por vosotros mismos su culpabilidad.

Zahir y Sulaima fueron llevados ante el consejo. Zahir aceptó su implicación en el crimen. Sulaima, por su parte, la negó una y otra vez:

—¡Yo no he hecho nada! ¡No he sido yo! —gritaba con desesperación mientras se la llevaban.

—El consejo los ha encontrado culpables y los ejecutarán mañana mismo —le explicó Kalim a Zulima horas más tarde cuando se reunió con ella en su cuarto. Esta le miró horrorizada. Le resultaba imposible creer que su hermana hubiera sido capaz de asesinar al rey. Siempre la había considerado una persona ambiciosa, sin embargo, le parecía imposible que hubiera llegado hasta ese punto.

El código penal de Salima era muy claro. El castigo por asesinar al rey solo tenía una pena: la muerte. Además, en este caso no era necesario juicio alguno, bastaba con el dictamen de la mayoría del consejo y este los había condenado a ambos por unanimidad. Al día siguiente a primera hora, serían ejecutados.

—¿Podré verla antes de...? —comenzó a preguntar Zulima, sin embargo, el nudo que se formó en su garganta le impidió continuar. Todo le parecía una pesadilla de la que deseaba despertar.

—No, Zulima —negó Kalim con tristeza—. Es muy arriesgado. Nos las hemos arreglado para que no te vea nadie del consejo. Si alguien descubre quién eres, no sé cómo pueda llegar a actuar Brahim. No permitiré que te arriesgues, ni siquiera para despedirte de tu hermana.

—Entonces, ¿Brahim no tuvo nada que ver con la muerte de tu tío?

—No lo sé —reconoció Kalim—. Zahir ha confesado. La única que niega su participación es tu hermana. No sé qué creer.

Al día siguiente, antes del amanecer, la guardia real informó al consejo de que Zahir había logrado escapar sin que nadie se diese cuenta. Hubo sospechas de que había contado con la ayuda de

Brahim, pero nadie pudo demostrarlo. En su huida, sin embargo, no se había llevado a Sulaima consigo, así que esta fue ejecutada con rapidez en las primeras horas del alba.

—Ya está —le anunció Kalim a Zulima al entrar en el cuarto tras la ejecución.

Ella había estado de acuerdo en que lo mejor era no presenciar aquello. Había permanecido en su cuarto rezando en silencio. Rompió a llorar con tristeza ante las palabras de Kalim. Aunque Sulaima no había sido una buena hermana, nunca hubiera deseado su muerte.

En unos días Brahim sería coronado rey y no había nada que Kalim pudiera hacer para impedirlo. La esperanza que había albergado de poder tener una vida en Salima con Zulima se había desvanecido. La única solución que se le ocurría era marcharse del país con ella para no regresar jamás. Aunque su tía Selenia había cambiado de actitud respecto a Brahim y parecía que ya no le apoyaba como futuro rey, tampoco había nada que pudiera hacer para impedir la coronación. Lo que contaba era la opinión del consejo y, si bien Ahmed había apoyado a Kalim y le había ayudado en su plan para desenmascarar a Brahim, el hecho de que hubiera sido exonerado de la muerte de su padre hacía que tuviese pocos argumentos para objetar algo en contra de su ascenso al trono.

Los rumores sobre el comportamiento de Brahim con las mujeres no eran considerados motivo suficiente como para que no se respetase su derecho de sucesión, así que, sin que pudieran hacer nada para evitarlo, tres días después de la ejecución de Sulaima, Brahim se convirtió en Brahim II, rey de Salima.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Zulima una vez terminados los festejos, abrazada a Kalim en su cuarto.

—Tendremos que irnos del país —afirmó Kalim con tristeza. Le dolía tener que abandonar Salima, aunque era su única salida si querían tener algún futuro juntos.

Zulima aceptó sus palabras con tristeza. La charada de su identidad como Jasmine no podría sostenerse mucho más, sobre todo porque en algún momento Brahim podría conocer a la verdadera Jasmine. En la coronación lo habían evitado con una pobre excusa: Zulima había alegado una indisposición para no participar en las celebraciones. Alguno de los miembros del consejo conocía a la verdadera Jasmine y se hubiera sorprendido al verla con el nicab. Ahmed, por su parte, le había pedido a su hija que no acudiera. El hecho de que aún no se hubiera hecho público el compromiso de la verdadera Jasmine y que esta apenas participara en ningún tipo de vida social fuera del campamento había hecho más fácil la charada. Tanto Kalim como Ahmed habían evitado dar notoriedad al supuesto matrimonio de Kalim, alegando ante aquellos que mostraban su extrañeza que la situación política era muy delicada y no eran el momento ni el lugar más adecuados.

—¿Qué vais a hacer ahora? —le había preguntado Ahmed a Kalim durante los festejos—. Mi hija no puede permanecer eternamente alejada.

—Lo sé. Lo he estado pensando y la única solución que he encontrado es que Zulima y yo abandonemos el país —afirmó Kalim con tristeza—. No veo otra salida. Debemos alejarnos de Brahim.

—¿A dónde iréis? —preguntó a su vez Zara con preocupación. No se había atrevido a contarle a su hermano que su hija Sulaima había sido asesinada, sin embargo, le hubiera gustado poder decirle que Zulima estaba a salvo. Lo que estaba claro era que mientras Brahim fuera rey de Salima, Kalim y ella jamás podrían vivir en el país.

—He hablado con Rashid sobre la posibilidad de irnos a vivir a Mulak. Aunque Brahim no hubiera sido coronado rey, creo que lo mejor para Zulima y para mí sería comenzar una nueva vida lejos de Salima y de todas sus intrigas.

—Lo entiendo —afirmó Zara con tristeza—. Solo espero que le digas a mi sobrina que necesito que mantengamos el contacto. Y que mi hermano necesita volver a verla.

—Lo haré —prometió Kalim—. Mulak está cerca. Siempre que queráis visitarnos, seréis bienvenidos.

Una vez acabados los festejos, Brahim se retiró a su cuarto. Estaba agotado de tener que hacer frente a todas las murmuraciones aunque esperaba que, ahora que había sido coronado rey, estas se detuvieran. Nadie se atrevía a decírselo a la cara, sin embargo, estaba seguro de que muchos de ellos pensaban que había ayudado a su amigo Zahir a huir aunque no fuera cierto. Él había sido el primer sorprendido al enterarse de su huida. Brahim era culpable de muchas cosas. Había cometido muchos actos ignominiosos a lo largo de su vida, pero esta vez era inocente de lo que se le acusaba.

Su esposa Anala entró silenciosamente en el cuarto, como siempre, y Brahim la observó con desprecio. En la mayor parte de las ocasiones ni siquiera era consciente de su presencia, y en ese instante le molestó especialmente que entrara sin decir una palabra.

—Ven aquí —le exigió con frialdad.

Ella se quedó inmóvil y le miró con ojos asustados como siempre hacía. A Brahim le molestó su sumisión y le entraron ganas de golpearla. Echaba de menos a Sulaima. Su pasión. Aunque hubiera resultado una perra traidora. Como amante le costaría mucho encontrar a alguien que la sustituyera, así que, de momento, se tendría que conformar con su esposa.

Anala, obediente, se acercó y arrodilló frente a él. Sabía lo que se esperaba de ella.

Brahim se quitó la túnica y se bajó los pantalones. No tenía la polla muy dura, tendría que trabajársela.

—Chúpamela —le ordenó.

Ella, como siempre, le obedeció. Le cogió la polla entre las manos y se la introdujo en la boca. Brahim la sujetó por la nuca y la obligó a introducísela hasta el fondo. Con satisfacción, observó que ya no le daban arcadas, como al principio de su matrimonio. Le había enseñado bien. Después de unos minutos, cuando Brahim ya notó que la tenía muy dura, apartó a Anala de un empujón, la cogió por el pelo y la arrastró hasta la cama, donde la obligó a ponerse a cuatro patas, le levantó las faldas y observó con desagrado que llevaba ropa interior. Le molestó ese pequeño gesto de rebeldía, ya que Anala sabía que lo tenía prohibido. Debía estar siempre dispuesta. Aun así, le produjo placer pensar en cómo la castigaría. Se introdujo de una sola estocada en su interior. Ella dejó escapar un grito de dolor, ya que no estaba lubricada, y eso incrementó el placer de Brahim. Disfrutaba al torturarla. Tras unos cuantos empujes violentos, se corrió en su interior. Salió de ella, se subió los pantalones y le ordenó con desprecio:

—Lárgate. Menuda mierda tener que follar contigo en vez de con Sulaima.

Anala se bajó las faldas y se incorporó en silencio.

—¿Os sirvo un poco de *jellab*, esposo mío? —preguntó con voz sumisa.

—Sí, joder. Tengo sed. Hace un calor infernal. Sírveme el *jellab* y vete.

Anala se dirigió a la jarra de *jellab* que había en el cuarto y le sirvió un vaso a su marido. Observó en silencio cómo este lo bebía mientras la miraba con condescendencia.

—No sé por qué te soporto —señaló Brahim con desprecio—. No eres especialmente guapa y apenas sabes follar. Deberías estar agradecida de que me hubiera casado contigo. Estoy seguro de que tu padre no habría encontrado otro gilipollas que te quisiera como esposa.

—Lo sé, esposo mío —aceptó ella con la sumisión a la que le tenía acostumbrado. Al principio de su matrimonio había tenido algunos momentos de rebeldía. No obstante, a fuerza de palizas había acabado por aprender cuál era su lugar—. ¿Queréis más *jellab*? —preguntó con timidez, con los ojos dirigidos al suelo.

Brahim le tendió el vaso para que se lo rellenara mientras continuaba con sus desprecios:

—Ni siquiera eres capaz de quedarte preñada. Al final, tendré que tomar una segunda esposa. Tienes suerte de que te tenga lástima, porque otro hombre menos compasivo que yo ya te habría repudiado. ¡Joder, cada vez hace más calor! —exclamó Brahim, que comenzó a sentirse sofocado. No comprendía por qué cada vez notaba más temperatura—. ¡Sírveme otro vaso!

Anala se limitó a coger el vaso de nuevo y volver a llenárselo con *jellab*. Brahim se

encontraba peor a cada momento. Ahora no solo tenía calor, sino que también comenzaba a sentirse mareado. De pronto, una idea imposible cruzó su mente embotada:

—¿No me habrás... drogado? —Notaba la boca pastosa y le costó pronunciar las palabras correctas.

—No, esposo mío —respondió Anala en voz baja—. No te he drogado. Te he envenenado.

Brahim parpadeó confuso. Le había parecido entender que Anala le había envenenado, pero era imposible que hubiera dicho eso. Gotas de sudor cubrieron su frente. Cada vez le costaba más pensar con claridad.

—¿Qué... has... dicho? —farfulló con voz pastosa.

Anala se creció frente a sus ojos. Abandonó la actitud sumisa y le devolvió una mirada cargada de furia como no había visto jamás.

—¿No lo has entendido, gilipollas? Te he envenenado como hice con tu padre.

—¿Quééé! —exclamó Brahim al tiempo que se acercaba a ella en un intento de agredirla, pero su andar era indeciso y ella se alejó con rapidez.

—¿De verdad creías que el idiota de Zahir había actuado siguiendo las indicaciones de la zorra de Sulaima? Fui yo la que le convencí. Me lo follé. —Su voz, por primera vez en su vida, denotaba satisfacción y orgullo—. Me lo follé una y otra vez hasta que lo tuve comiendo de mi mano. Le convencí para que en caso de que le descubrieran culpaba a Sulaima y, llegado el momento, le ayudé a escapar para que no me delatara.

Brahim era incapaz de creer lo que estaba escuchando. No estaba muy seguro de que no fuera todo un sueño, una pesadilla, porque era imposible que la mosquita muerta de Anala hubiera planeado todo eso. Matar a su padre, culpar a Zahir y a Sulaima y ahora... ¿envenenarle? ¿Qué esperaba conseguir? ¿De qué le serviría?

—Mi muerte... —Brahim sacudió la cabeza en un intento de despejarse—. No te servirá de nada... no gobernarás...

Anala prorrumpió en carcajadas. Ya no parecía la mujer sumisa que se había mostrado siempre ante sus ojos. Le miraba con ira y desprecio.

—¿Qué no he conseguido nada? Por lo pronto me voy a librar de ti. No te imaginas lo mucho que te odio. El asco que me das. Aunque no lo he hecho solo por eso. Estoy embarazada.

—¿Voy... voy... a ser padre? —Cada vez le costaba más hablar. Se acercó con caminar tembloroso hasta la cama y se sentó, ya que no era capaz de mantenerse en pie.

—¡No, cabrón! —exclamó Anala al tiempo que reía de nuevo—. Ni siquiera eres lo

suficiente hombre como para dejarme embarazada. Solo tuve que cambiar de macho. Este hijo es de Zahir, pero no te preocupes, nadie lo sabrá. Cuando hayas muerto anunciaré que estoy embarazada de tu hijo, que será el futuro heredero al trono.

—Eres una zorra —jadeó Brahim con esfuerzo. Notaba la garganta hinchada. Le faltaba el aire.

Hizo un esfuerzo por levantarse para golpear a Anala, pero esta se alejó de él entre carcajadas hasta que cayó derrumbado al suelo. Respiraba de forma entrecortada. Anala se sentó en cuclillas frente a él y observó con frialdad cómo agonizaba frente a sus ojos. Cuando dejó de moverse aún esperó unos minutos para asegurarse de que estaba muerto. Lo empujó con la mano y, al ver que no se movía, lo abofeteó. Brahim siguió sin moverse. Solo cuando estuvo totalmente segura de que estaba muerto, se levantó. Abrió la puerta del cuarto y comenzó a gritar angustiada:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Qué alguien me ayude!

Por segunda vez en muy poco tiempo, el pueblo de Salima presenció un funeral de Estado. Anala explicó que Brahim se había quejado a lo largo de los últimos días de repetidos dolores de cabeza y, aunque nadie más le había escuchado quejarse de nada, la creyeron. A fin de cuentas, las personas de confianza de Brahim, Sulaima y Zahir no estaban, así que nadie se sorprendió que no se lo hubiera comentado a alguien más.

También contó que justo antes de morir se había quejado de un terrible dolor de cabeza, se había recostado para dormir y que un rato después se lo había encontrado desmayado en el suelo. Entre lágrimas, anunció que estaba embarazada. El doctor Shafir determinó que Brahim debía haber sufrido algún tipo de derrame cerebral, posiblemente debido a las presiones a que se había visto sometido en los últimos días. El médico sugirió que se le realizase la autopsia para despejar cualquier duda que pudiera surgir alrededor de su muerte, pero el consejo lo desestimó. Era imprescindible nombrar un sucesor y el proceso de la autopsia podía hacer que se demorase. Se reunieron en mitad de la noche para nombrar un regente hasta que naciera el hijo de Brahim. Algunos miembros del consejo propusieron a Kalim, pero este lo rechazó, así que finalmente optaron por nombrar a Ahmed.

Kalim y Ahmed decidieron que era el momento de confesar el plan que habían urdido para hacer pasar a Zulima por Jasmine, ya que sospechaban de la implicación de Brahim en la muerte del rey. Algunos miembros del consejo se escandalizaron e incluso propusieron que tanto Zulima como Kalim sufrieran algún tipo de castigo, sin embargo, Ahmed asumió todas las culpas y alegó que el plan había sido idea suya, con lo que al final decidieron dejarlo correr.

Horas más tarde, Kalim y Zulima oyeron un gran revuelo en las puertas del palacio. Un *jeep*, del que descendieron dos miembros de la guardia real que llevaban a un hombre encadenado, los sacó de su incipiente calma. Con asombro, comprobaron que se trataba de Zahir. Estaba algo magullado y al pasar junto a ellos reconoció sorprendido a Zulima, que había sustituido el nicab por el hiyab al no necesitar ya ocultar su identidad. Los miembros de la guardia real le hicieron entrar a empujones en palacio y lo llevaron ante la presencia de Ahmed.

—Tu cómplice ya ha sido ajusticiada. Ahora te toca el turno de pagar por tu crimen — anunció Ahmed con dureza ante un Zahir que ya no parecía tan seguro de sí mismo.

—Os ruego tengáis piedad —gimió Zahir al tiempo que caía de rodillas frente a Ahmed.

—Tendré contigo la misma piedad que tú tuviste con nuestro rey. ¡Lleváoslo! —ordenó a los miembros de la guardia que lo habían apresado en el desierto.

En el preciso instante en el que se lo llevaban, hizo su aparición Anala. Al ver que llevaban detenido a Zahir, palideció y trató de retroceder sin que la vieran, aunque no fue lo bastante rápida. El reo la vio y comenzó a revolverse contra sus captores.

—¡Anala! ¡Anala! —la llamó a gritos—. ¡Ayúdame, no quiero morir!

Ella retrocedió horrorizada e hizo oídos sordos a las súplicas de Zahir; sin embargo, a Kalim, sin saber por qué, le resultó extraña su actitud, así que decidió seguirla para interpellarla:

—¡Anala, espera! —la llamó antes de que desapareciera por un pasillo como alma que lleva el diablo.

Anala se detuvo y le miró con altivez. Kalim se sorprendió ante su actitud. Durante todos estos años siempre la había considerado como una mujer sumisa, incapaz de hacerse valer o de dar una voz más alta que otra. Sin embargo, en ese momento, le miraba con desprecio mal disimulado.

—¿Por qué Zahir te pide ayuda? —le preguntó Kalim con extrañeza—. Nunca os habéis llevado bien.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Quién sabe qué será capaz de inventar con tal de escapar de su castigo.

—Has cambiado.

—¿Por qué? —replicó Anala altanera—. ¿Por qué ya no miro al suelo como si fuera inferior a ti?

—Entre otras cosas. Supongo que la muerte de mi primo te ha afectado.

Anala tuvo que contener las ganas de decirle lo feliz que era desde que aquel cerdo había

muerto; cómo había disfrutado contemplando los últimos estertores saliendo de su cuerpo y su mirada de asombro al comprender que ella lo había matado; que había sido más lista que ninguno y que su hijo bastardo sería rey. Todo eso hubiera deseado poder decirle. En su lugar, trató de parecer compungida. Miró al suelo y comentó con tristeza:

—Sí. Me ha afectado mucho, sobre todo ahora que por fin iba a darle un hijo.

Kalim se dio cuenta de que no estaba siendo sincera. Por primera vez en todos los años que la conocía, la estaba viendo tal y como era realmente. Siempre le había parecido una mujer insulsa y anodina; sin embargo, ahora percibió cómo cerraba las manos en un puño y, aunque trataba de parecer tranquila, hacía solo un momento le había contestado con rabia mal contenida. Durante un instante, una sospecha cruzó su mente, sin embargo, la desechó en el acto. No podía ser.

—Lamento el trato que te dispensa mi tía, aunque imagino que ahora que vas a dar a luz a su nieto, te tratará con más consideración.

—Sí —respondió Anala, que no pudo evitar sonreír al recordar la alegría con la que su suegra se había tomado su embarazo, sin imaginarse que en realidad era el hijo bastardo de otro hombre.

—Voy a interrogar a Zahir. Aún no sabemos cómo se las arregló para administrarle la ricina a mi tío; si fue él mismo o fue Sulaima quien lo hizo. Ella nunca confesó el crimen.

—¿Qué importancia tiene? —preguntó Anala nerviosa ante la idea de que Kalim interrogase a Zahir y lo que este le pudiera contar—. ¿Qué más da quién de los dos se lo administró?

—Puede ser que no tenga mayor importancia —afirmó Kalim pensativo—. Aunque tantas muertes seguidas...

—¡No pensarás...! —exclamó Anala fingiendo indignación.

—No, por supuesto que no —se apresuró en añadir Kalim—. Nadie piensa que hayas tenido algo que ver en la muerte de Brahim, sin embargo, no me negarás que podría resultar sospechoso. Quiero averiguar con exactitud cómo lo hicieron Zahir y Sulaima. Le daré a Zahir esta noche para que reflexione sobre sus actos y mañana a primera hora le interrogaré.

—Me parece bien —afirmó Anala fingiendo seguridad—. Estoy segura de que mañana te lo contará todo. Me despido entonces. Hasta mañana, Kalim.

—Hasta mañana, Anala.

XIX

Anala se deslizó por el pasillo como una sombra. Estaba acostumbrada. Llevaba años procurando pasar desapercibida para que su marido no la viera y, en los últimos tiempos, para llevar a cabo sus planes.

En la cocina estaban acostumbrados a verla, ya que pasaba allí muchas horas escondida de su marido. Le gustaba cocinar y ese era el último lugar al que Brahim iría a buscarla, así que, para ella, envenenar la comida del rey Mounir había sido pan comido al igual que el *jellab*, que elaboraba ella misma y había ofrecido a Brahim.

En esta ocasión, había puesto un narcótico en la bebida de los guardias que custodiaban a Zahir. Era lo que había hecho la primera vez para facilitar su huida, y era lo que había vuelto a hacer para poder dirigirse a los calabozos sin ser vista. Sabía que no encontraría a nadie a su paso. Los guardias debían estar ya dormidos.

Descendió por las escaleras que conducían a las mazmorras y, tal y como preveía, se encontró a los guardias desmayados. Cuando despertaran, no recordarían nada. Se dirigió a la única celda ocupada y allí encontró a Zahir, magullado y con la ropa rota.

—¿Anala? —susurró este en cuanto la vio. Se acercó a las rejas y pudo observar su aspecto. Estaba pálido, con los ojos enrojecidos y barba de varios días.

—¿Por qué no huiste como habíamos quedado? —le recriminó Anala furiosa.

Había tenido en cuenta hasta el mínimo detalle. Aunque Zahir no lo sabía, la primera parte de su plan consistía en que descubrieran que Zahir y Sulaima habían asesinado al rey, aunque la implicación de esta última fuera una vulgar mentira. Había sido pan comido realizar un par de insinuaciones al doctor Shafir sobre la muerte del rey para que, cuando este hablara con Kalim, no pudiera evitar que se le notara su nerviosismo. Eso solo había bastado para sembrar en Kalim la sospecha de que Brahim había tenido algo que ver con la muerte de su padre, y había obligado al propio Brahim a permitir que ejecutaran a Sulaima al hacerle creer Zahir que ella había sido su cómplice, cuando lo cierto era que no había tenido nada que ver.

Anala había disfrutado presenciando su ejecución. Había sido algo memorable, solo comparable al momento en el que Brahim había muerto ante sus ojos. Había utilizado al idiota de Zahir para convencer a Brahim de la implicación de Sulaima en la muerte del rey y luego había preparado su huida para evitar que la acusara. El imbécil se creía que estaba enamorada de él y

ella le había jurado que, en cuanto pudiera, le buscaría y tendrían a su hijo. Sin embargo, el muy idiota se había dejado atrapar y bajo ningún concepto podía permitir que Kalim le interrogara y creyera algo de lo que Zahir le contara. Trató de calmarse ante la mirada dolida que él le lanzó desde el interior de la celda al oír el tono duro con el que le había hablado:

—Zahir, amor mío —musitó con fingida dulzura—. Nos íbamos a encontrar en cuanto pudiera escapar. ¿Qué haremos ahora? ¿Cómo puedo convencer a Kalim y a Ahmed para que te dejen libre?

—Tienes que conseguirlo, Anala. Si no, les contaré tu implicación en la muerte del rey—le recriminó Zahir, que veía cómo su vida tenía los días contados. No estaba dispuesto a morir por ella.

No recordaba cómo se había dejado envolver de esa manera. Le había vuelto loco. Las cosas que le hacía... ninguna otra mujer se las había hecho. Ni siquiera Sulaima. Durante los días que había pasado en el desierto, se convenció incluso de que le había embrujado. Era la única explicación posible para haberse dejado manejar de esa manera por una mujer. Había conseguido convencerle de que contaría con el apoyo de Brahim y de que nada malo podría sucederles.

Aun así, cuando Brahim mostró su desacuerdo con la muerte de su padre, Zahir hizo lo que Anala le había pedido. Había culpado a Sulaima, a sabiendas de que era inocente, y dejado convencer de que lo mejor para los dos era huir. Al principio le había parecido una buena idea. Abandonaría el país y, cuando fuese seguro, ella le seguiría. Lo que ninguno podía prever era que se fuese a estropear el motor del coche en el que había huido y que se iba a quedar tirado en medio del desierto; ni que la persona que le recogió lo fuera a reconocer, lo llevara a su propia casa con el engaño de ofrecerle refugio y luego lo denunciara ante los hombres de Ahmed.

—Si yo caigo, tú caerás conmigo —la amenazó con rabia—. No olvides que estás embarazada de mi hijo.

—Ya me lo suponía —aseguró Anala con una sonrisa. Sacó una bolsa de tela que llevaba entre sus ropas, la abrió y sopló un polvo que fue a parar directamente sobre Zahir.

—¡Qué has hecho! —exclamó él entre toses. Mientras se sacudía el polvo que le había caído sobre los ojos, el pelo, la nariz... empezó a escupir para expulsar el que le había caído en la boca y a lanzar maldiciones contra ella, que le miraba en silencio con la misma sonrisa imperturbable.

Zahir notó que le empezaba a costar respirar y un líquido se deslizaba desde su nariz. Pasó la mano por la misma y con asombro observó que la tenía cubierta de sangre. La visión se le volvió borrosa y sintió cómo se ahogaba. Lo último que vio antes de desmayarse fue a Anala con la misma sonrisa complaciente.

Anala presenci6 la ca3da de Zahir frente a sus ojos y no sintió nada. Ni alegr3a, ni tristeza. Eso la decepcion6 un poco, ya que tanto la muerte del rey Mounir como la de Sulaima y la de Brahim le hab3an producido una honda satisfacci3n. Sin embargo, en el caso de Zahir... nada. Supuso que quiz3s se debiera a que no le odiaba como a los dem3s. Solo hab3a sido un instrumento en sus manos para obtener su ansiada venganza. Sab3a que m3s tarde o m3s temprano habr3a tenido que matarle, solo que no contaba con tener que hacerlo tan pronto. Ser3a un esc3ndalo cuando al d3a siguiente descubrieran su cad3ver, sin embargo, los guardias no ser3an capaces de explicar qu3 hab3a sucedido realmente.

Se apresur6 a guardar en el bolsito los restos de la sustancia con la que se hab3a librado de Zahir y se dio la vuelta para salir de las mazmorras. De repente, el sonido de lo que parec3an unos aplausos la sobresalt6 y se detuvo.

—¡Bravo! Lo has hecho muy bien. Nos has engañado a todos.

Anala se gir6 para encontrarse a Kalim, que estaba apoyado indolente en la pared junto a la entrada y continuaba con sus aplausos de forma pausada. Anala contuvo una exclamaci3n y decidi6 continuar con la farsa.

—¡Menos mal que has venido, Kalim! —exclam6 consternada—. Algo le ha pasado a Zahir. Hab3a bajado para exigirle una explicaci3n del motivo por el que hab3a matado al rey, pero antes de que pudiera hablar con 3l, ha empezado a encontrarse mal y a sangrar de forma extraña hasta que se ha desmayado. ¡Creo que est3 muerto! —termin6 con un gemido mientras se cubr3a el rostro con las manos y derramaba unas l3grimas.

—Jam3s hubiera pensado que se te dar3a tan bien la actuaci3n —afirm6 Kalim mientras la miraba con dureza—. Si no hubiera o3do toda la conversaci3n, creo que me habr3as convencido de que mis sospechas no eran ciertas.

—¿Qu3 conversaci3n? —pregunt6 Anala en un intento de averiguar hasta qu3 punto hab3a o3do. Si a3n pod3a volver lo escuchado a su favor.

—¿No te preguntas por qu3 te he seguido? —le pregunt6 Kalim con dureza.

—¿Me has seguido? —replic6 a su vez Anala con voz tensa. Nada estaba saliendo como lo hab3a planeado.

—S3. Habl3 con el doctor Shafir. Quise que me explicara por qu3 el d3a que llegu3, tras informarme de la muerte de mi t3o, estaba tan nervioso. Qu3 le hab3a hecho sospechar que hab3a algo extraño en su muerte. ¿Y quieres saber lo que me dijo? —le pregunt6 al tiempo que se acercaba hacia Anala y se cern3a sobre ella amenazante.

—Cla... claro —tartamude6 Anala nerviosa al darse cuenta de que no iba a ser f3cil

convencer a Kalim de su inocencia.

—Me contó que fuiste tú quien le hizo sospechar. Y eso me dio qué pensar, además de tu actitud altanera esta misma mañana tras la llegada de Zahir. Estabas nerviosa y te enfrentaste a mí como jamás lo habías hecho. En cuanto a la muerte de Brahim, ahora tengo mis dudas de que en realidad muriese por un derrame. Todos confiamos en tus palabras; en tus afirmaciones de que llevaba días quejándose de un terrible dolor de cabeza. Pero ahora no estoy seguro de que eso sea cierto. Creo que todos te hemos subestimado. Creo que le mataste al igual que hiciste con mi tío.

Anala, al saberse descubierta, abandonó la pretensión de fingirse inocente y se irguió, altiva, frente a Kalim. Estaba harta de disimular. En cierta medida, supuso un alivio.

—Es verdad —reconoció con altanería—. Le maté. Al igual que maté a tu tío y a Zahir —confesó con una sonrisa de satisfacción—. En ningún momento desconfiaron de mí. Ninguno pensó que sería capaz. No me arrepiento de mis actos. Todos ellos merecían morir —afirmó, tras lo cual escupió con rabia en el suelo.

—Brahim y Zahir lo comprendo, e incluso Sulaima. Debías odiarla mucho, sin embargo, ¿mi tío?, ¿qué mal te causó? —preguntó Kalim con tristeza.

—¿Y tú me lo preguntas? —replicó ella con rabia—. Deberías estarme agradecido por lo que he hecho. Tanto Zulima como tú deberíais darme las gracias.

—¿De qué hablas? —inquirió Kalim que no entendía a qué se refería.

—¡No lo sabes! —exclamó Anala con sorpresa al tiempo que reía.

—¿Qué es lo que no sé?

—Que la idea de violar a Zulima... —se calló unos segundos para crear expectación al tiempo que se acercaba hasta él con una fría sonrisa—... fue de tu tío.

Kalim palideció al tiempo que negaba mientras daba un paso atrás en un intento de apartarse de sus palabras. No podía ser verdad. No era cierto.

—¡Mientes! —exclamó con cierto temblor en la voz. Sabía que su tío le había ocultado lo ocurrido y que incluso había creído las mentiras de Brahim, pero de ahí a haberlo orquestado todo... No podía creerlo. Su tío siempre había sido un hombre íntegro. Era imposible que hubiera sido capaz de orquestar semejante ignominia.

—Brahim me lo contó todo. Cómo había sido idea de su padre para que dejaras de pensar en Zulima. Incluso al principio no quiso hacerlo —explicó ella con satisfacción al ver cómo la imagen del rey Mounir se resquebrajaba frente a los ojos de Kalim—. Sin embargo, tu tío le obligó. Era un cerdo. La primera vez que Brahim me maltrató le amenacé con decírselo a su padre. ¿Y sabes lo que hizo? —le preguntó de forma retórica ya que al segundo ella misma

contestó—. Se rio en mi cara. Me contó lo de Zulima para que yo supiera exactamente quién era el rey y lo que podía esperar de él. Así que deberías agradecerme haberme deshecho de él. Ambos deberíais agradecermelo. Y también deberíais agradecerme haber matado a Brahim. Si no lo hubiera hecho, tu amada Zulima aún seguiría haciéndose pasar por Jasmine con ese ridículo nicab. ¿Cuánto tiempo crees que hubierais podido mantener el engaño?

Kalim contemplaba a Anala horrorizado. ¿Con qué clase de personas había compartido su vida todos estos años? Su tío Mounir, su primo Brahim, Anala, Zahir, incluso la propia Sulaima, la más inocente de todos ellos y aun así tan egoísta e interesada como el resto. En ese momento, comprendió que Zulima y él jamás podrían vivir en Salima. Demasiados recuerdos. Demasiados horrores. Hizo un gesto a los guardias que le habían acompañado y que aguardaban fuera una señal para que apresaran a Anala.

Había sospechado de ella por primera vez horas antes, tras la detención de Zahir. Había decidido tenderle una trampa pero con el firme deseo de equivocarse. Si estaba implicada en la muerte del rey, estaba seguro de que querría hablar con Zahir antes de que él mismo le interrogara.

Cuando comprobó lo que estaba ocurriendo frente a sus ojos, pudo haber impedido la muerte de Zahir, o por lo menos intentar ayudarle, sin embargo, no actuó y se limitó a observar cómo moría envenenado. En realidad, si en algo tenía razón Anala era en que le había hecho un favor, ya que en ningún momento tenía pensado permitirle continuar con vida. De no haberlo matado Anala, habría tenido que hacerlo él mismo.

Los guardias apresaron a la mujer, que se resistió entre fuertes gritos. Sería condenada y ejecutada. No creía que el hecho de estar embarazada la salvara de su destino. No obstante, Kalim no lo presenciaría.

Zulima se encontraba en su habitación terminando de guardar su equipaje cuando una llamada a la puerta la sorprendió. Al abrir se encontró frente a ella a la reina Selenia que la miraba con gesto contrito. Cuando su identidad como Zulima había quedado al descubierto, había esperado en vano algo, una palabra... ya que ella siempre había apreciado a la reina Selenia; sin embargo, con el paso de los días había comprendido que ese momento no llegaría, por eso le sorprendió tanto encontrarla frente a su puerta.

—Majestad —saludó con cortesía.

—Kalim me ha contado que os iréis a vivir a Mulak.

—Así es. Salima guarda demasiados malos recuerdos —reconoció Zulima sin tener muy claro lo que la reina quería de ella.

—Creo que te debo una disculpa —confesó la reina entre lágrimas—, por no creer que Brahim hubiera sido capaz de hacerte... lo que te hizo. Solo puedo decir que era algo tan terrible que yo... me negaba a creerlo. Y ahora... está muerto.

—No puedo deciros que lamente su muerte —afirmó Zulima con voz queda. Todo era demasiado doloroso—. Solo lamento la muerte de mi hermana que, dentro de todo lo ocurrido, no fue más que un peón en los planes de Anala.

—Lo entiendo —afirmó la reina apesadumbrada—. Yo solo quería... pedirte perdón. Quiero a Kalim como un hijo y no desearía perder el contacto con él. No me queda nadie más.

—No lo perderéis —afirmó Zulima, que, antes de darse tiempo a arrepentirse, se acercó a la reina y la abrazó—. De niña... yo os apreciaba.

Al principio la reina se quedó inmóvil y azorada, hasta que al cabo de unos segundos respondió a su abrazo y así fue como las encontró Kalim.

—Tía —llamó para que fueran conscientes de su presencia. Ambas se separaron con cierto embarazo.

—Quería despedirme de los dos —afirmó la reina Selenia—. Espero que me permitáis que vaya de visita y que vosotros también vengáis.

—Siempre seréis bienvenida a nuestra casa —afirmó Kalim—. Sin embargo, Zulima y yo tardaremos en volver a Salima. Debe pasar el tiempo para poder olvidar. Ahora mismo, hay demasiados recuerdos.

—Lo entiendo —aceptó la reina con tristeza. Se acercó a él y le abrazó para despedirse.

—Debemos irnos, Zulima —la llamó Kalim con dulzura al tiempo que extendía su mano para que la tomara.

Zulima le devolvió la sonrisa. Le hizo un gesto para que esperara mientras cogía la maleta que había preparado con las pocas pertenencias que se llevaba. Kalim se la quitó de las manos y se la dio a la criada que esperaba. Salieron de palacio y se subieron al coche que les esperaba, conducido por Abdul, y que les llevaría a Mulak.

—Vámonos a nuestro nuevo hogar, dueña de mi corazón —le susurró Kalim con una sonrisa.

EPÍLOGO

Cinco meses después. Mulak.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Kalim al ver cómo Zulima colgaba el teléfono con una sonrisa.

—Muy bien. Acaba de aterrizar. Creo que al final mi tía Zara le ha convencido para que vuelva a vivir en Salima.

—Me alegro, así os veréis más a menudo.

—Quiero agradecerte que le hayas permitido quedarse con nosotros durante estos meses —susurró Zulima con una sonrisa al tiempo que se acercaba a Kalim, le abrazaba y descansaba la cabeza en su pecho.

—Si tú eres feliz, yo también lo soy —afirmó él, que a su vez la sujetó por la cintura y suspiró con placer. Estos últimos meses habían sido los más felices de su vida, a pesar de haber tenido a su suegro conviviendo con ellos.

—¿Así que le ha convencido tu tía para que se vaya a vivir con ella y Ahmed a Salima?

—Creo que sí. Al principio... no quería, demasiados malos recuerdos.

—Lo sé, dueña de mi corazón. Sabes que si deseas que viva con nosotros...

—No —le interrumpió Zulima—. No quiero imponerte su presencia. Si vive en Salima podrá visitarnos con mucha frecuencia.

En ese momento, un mensaje de wasap en el móvil de Kalim interrumpió la conversación e hizo que se separaran.

—¡No te lo vas a creer! —exclamó Kalim mientras miraba su móvil y se reía.

—¿Qué ocurre? —preguntó Zulima con curiosidad al tiempo que se acercaba a él, que intercambiaba mensajes.

—Es Rashid. Dice que se ha casado y me pregunta si puede traer mañana a su mujer para que nos conozca.

—¡Quééé! —exclamó Zulima con asombro—. ¿Cómo que se ha casado? ¿Cuándo? ¿Con quién? ¿Por qué no nos ha invitado a la boda?

—Calma, calma —le pidió Kalim entre risas—. Dice que nos lo explicará todo cuando nos veamos. Solo me ha contado que es ciega y que fue ella quien se lo propuso.

—¿Ciega? ¿Y Rashid aceptó así, sin más? Me muero por conocerla —reconoció Zulima mientras reía—. Tiene que ser una mujer muy especial para que Rashid haya aceptado algo así. Ambos sabemos lo que él piensa sobre el amor.

—Evidentemente, este no es un matrimonio por amor. Hace cuatro días estuve con él y te puedo asegurar que no entraba entre sus planes el casarse. No creo que desde entonces se haya enamorado —aseguró Kalim de forma jocosa.

—¿Qué le ha contado sobre nosotros? —preguntó Zulima con tirantez. Su historia era demasiado sórdida y aún estaba todo demasiado reciente como para que quisiera que nadie lo supiera. Ni siquiera la supuesta mujer de Rashid.

—Espera, se lo preguntaré.

Kalim se apresuró a teclear mientras Zulima esperaba ansiosa una respuesta durante unos segundos que se le hicieron eternos.

—Bueno... —carraspeó Kalim—. Creo que le ha contado una versión edulcorada; algo así como que nuestras familias se detestaban y conspiraron para separarnos. Supongo que se imaginó que no querríamos hablar sobre ello.

Acercó a su pecho a Zulima y la besó con ternura, lo que hizo que esta soltara un suspiro de placer. Ella le pasó los brazos por el cuello y Kalim la levantó para situarla a su altura.

—Algún día, cuando hayamos olvidado todo lo ocurrido...

Zulima le interrumpió al posar su mano en sus labios.

—Calla y bésame, dueño de mi corazón.

Y él la besó.

Otros títulos publicados de Romantica's Sandra

Te ofrecí mi corazón

Almas rotas

No te olvidé

Vuelve a mí

El precio de tu amor

Orgullo y dolor

Títulos publicados de Juvenil's Sandra

La mansión encantada

Si te ha gustado este libro, agradecería me dejases un comentario en Amazon. Servirá para que se vendan más libros y así pueda seguir escribiendo más historias como esta.

Gracias